Ni que fueras un Highlander

AIGANTAIGH III



LAURA NUÑO

La importancia de ver más allá de las incoherencias

Derechos de autor © 2024 JOSE A. MARTINEZ FIGUEREDO

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Título original: Ni que fueras un highlander
© Jose A. Martinez Figueredo/Laura Nuño
Nº Registro: 2410169824658
Primera edición: Octubre del 2024
Diseño de portada y maquetación: ©Laura Nuño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier me-dio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

A mi Mando particular.
Gracias por estar siempre ahí.
Gracias por salvarme.

La importancia de ver más allá de las incoherencias

Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
EPÍLOGO
Acerca del autor
Libros en esta serie
Libros de este autor

Ni que fueras un Highlander

AIGANTAIGH III



LAURA NUÑO



PRÓLOGO

FAST CAR
You got a fast car.
Is it fast enough so we can fly away?
(Tienes un auto rápido.
¿Pero es lo suficientemente rápido para que podamos volar?)
Jonas Blue ft. Dakota version

Canal de Youtube Chaileag bhò[1]
Aigantaigh
1 de julio del 2019
19:30 h.

«Guid nicht, lassies. Hoy, mientras me maquillo para ir a ver a mi novio, toca storytime de cómo casi nos matan en la carretera.

No esperéis un maquillaje muy elaborado, y no porque sea lunes sino porque, mirad, todavía estoy temblando y no atino. Por cierto, estoy probando esta base que tanto me habéis recomendado, la Natural Radiant longwear foundation de Nars y tengo que decir que se ve ligera pero, ¡caray!, supercubriente… Vamos, que estoy encantadísima de que una base no se vea cargada pero que, al mismo tiempo, tape estas pecas que Dios me ha dado.

Bueno, empiezo; como os conté en vídeos anteriores, Ro y yo habíamos quedado en ir a buscar a Laura al aeropuerto. El caso es que entre el retraso del vuelo y que no aparecían sus maletas, se nos ha hecho tarde, y ya sabéis lo poco que me gusta conducir de noche. ¿Que lo hago? Sí, pero no me gusta. Yo no sé si es porque veo halos, y tal vez voy a tener que hacer caso a Ro y concertar una cita con el oftalmólogo por si necesito gafas, aunque vaya la gracia que me hace. Porque, y ahora que no nos escucha nadie, ya lo que me faltaba: pelirroja, pecosa y con gafas. Vamos, una nerd en toda regla.

Y además, que no; que no pienso tapar ni esconder detrás de unos cristales de esos

gordacos lo único que me gusta de mí.

Y hablando de ojos; esta máscara de pestañas de Loreal es la caña. Fijaros qué natural se ve. Os la recomiendo a muerte. Y conste que no me pagan por ello, ¿eh?

En fin… Sigo. Como os decía, se nos hizo tarde y ya estaba oscureciendo, así que me he empezado a poner nerviosilla, aunque nada que no pudiese controlar. Pero de pronto miro por el retrovisor y veo venir un coche a toda velocidad. Ojo, que no exagero, que cuando me he querido dar cuenta ya estaba casi encima de nosotras. Si no es porque he dado un volantazo para apartarme, estoy convencida de que el muy criminal nos hubiera embestido, porque dudo mucho que le hubiera dado tiempo a frenar, fijaos si iba deprisa. Y, para más inri, cuando le he pitado para advertirle de su falta… ¡me ha hecho una peineta!

Ufff, me pongo roja de solo recordarlo, tan cabreada estoy, así que mejor prescindo del contorno y me pongo solo un poco de brush. Voy a usar estos de Sheglam, que dentro de los lowcost son los más resistentes y los más naturales.

Continúo, porque la cosa no se ha quedado ahí, pues entre el susto y que bastante tenía con hacerme con el control del coche, no he podido anotar la matrícula y denunciarlo, aunque tampoco lo hubiera hecho. ¿Por qué, os preguntaréis?

Bueno, pues aquí viene lo fuerte. Resulta que cuando hemos llegado a Aigantaigh, en las cocheras estaba ese mismo coche aparcado: un Tucson negro de una empresa de alquiler. Buah, me he puesto en plan crabbit [2]y si no es por Ro hubiera ardido Troya, fijaros hasta qué punto llegaba mi cabreo. Pero lo peor es que me he tenido que contener, porque, y aquí viene lo bueno, resultó ser el hermano de Ro.

Aye[3].

Como os lo estoy contando. Claro, que tampoco me iba a quedar callada y le he sermoneado a base de bien. O esa era mi intención, porque el muy glaikit[4] no ha hecho más que tergiversar mis preguntas para no reconocer que fue él quien casi nos echó de la carretera. Pero al final ha dado su brazo a torcer, aunque no creáis que ha admitido su responsabilidad, sino que le ha dado la vuelta a la tortilla, como diría Ro, y me ha echado la culpa a mí.

¡A mí, que conduciendo soy la persona más prudente del mundo!

¿Cómo fue lo que dijo? Ah, sí, ya recuerdo: que yo iba pisando huevos, que al parecer viene a decir que iba muy despacio.

Al final he tenido que dejar la discusión en tablas, porque me he dado cuenta de que Colin estaba gruñendo y no era plan de crear un conflicto entre ellos antes de la boda, aunque salta a la vista que esos dos no se van a llevar bien.

No me extraña, porque a mí, de entrada, me ha caído fatal. Y ojo, no solo por el incidente del coche, sino porque antes de la discusión ha tratado de ligar conmigo… ¡después de hacerlo con Laura, ahí, con descaro y delante de todo el mundo!

Vamos, que es un ligón de cuidado.

Y no, no han sido imaginaciones mías, porque incluso su hermana, Ro, le ha regañado y le ha advertido de que soy prohibida.

Espero que se le haya metido bien en la mollera, aunque vamos, conmigo lo lleva claro; ¡no cambio a mi Manu por nada del mundo!

Por cierto, en breve vamos a hacer cinco años y no tengo ni idea de qué regalarle. Si se os ocurre algo original, dejádmelo en los comentarios.

Y bueno, hasta aquí mi storytime y el maquillaje de hoy. Los próximos días estaré intermitente, porque tengo que ayudar a Ro con los preparativos para la boda. Ah, y también tenemos que organizar su despedida de soltera y…

¡Uf, ya me estoy agobiando con todas las cosas que tengo que hacer!

Mejor no pensar en ello. Mejor terminar de vestirme para pasar una noche mágica, aunque eso, claro, no os lo voy a contar.

Beannachd leat[5]*!*».

No, Gina no iba a contar nada ni remotamente parecido.

Como tampoco iba a confesar que esa noche fueron los brazos de Manu los que la rodearon mientras dormía, pero que no fue él quien ocupó sus sueños.

No, nunca contaría, ni reconocería, que su corazón se desbocó al recordar en mitad de la noche unos ojos de una extraña tonalidad violeta.

Y aunque lo achacó a que ella no estaba acostumbrada a enojarse y el incidente de la carretera le había alterado, no llegó a comprender por qué horas antes, sus ojos, traidores como ellos solos, se habían empeñado en buscarlo a cada momento en el *pub*. Ni tampoco por qué su corazón se saltó un latido cada vez que sus miradas se encontraban.

Ni por qué muchas muchas horas después de que chocaran de forma accidental, ella siguiera sintiendo ese hormigueo allí donde le había tocado.

Pero, lo que nunca comprendería, por mucho que buscase una justificación, fue que sintiera una furia descomunal cada vez que hablaba con Laura.

O con cualquiera que no fuera ella.

«G*laikit!*».

Pub Aigantaich
20:00 h.

—Anda que pierdes el tiempo —medio amonestó Bermudo.

Miguel se sentó frente a su abuelo en la mesa del *pub* y le dedicó una sonrisa traviesa.

—Te juro que yo no he sido quien le ha echado los tejos, *güelu*[6]. Ha sido ella —protestó, señalando con la barbilla a la chica que había tras la barra, la misma que se lo comía con los ojos.

El *güelu* se rio por lo bajo mientras recolocaba el servilletero.

—*Yes* como yo. A que sí, ¿Rosa?

—Igualito, sí —admitió, mirándolo de una manera tan enigmática que Miguel se preguntó si se refería a algo más que solo ella sabía—. Aquí donde lo ves, se las ligaba a todas.

«A todas no», se dijo mientras dejaba vagar la vista hacia la otra punta del *pub*, donde la cuñada de su hermana hablaba con Laura y con Rob.

Y por mucho que él intentara arreglar el incidente de la carretera dedicándole una sonrisa apaciguadora cada vez que sus miradas se cruzaban, la pecosa no daba su brazo a torcer y lo miraba como si fuera estiércol.

Él se sentía tal cual.

El *Colega* decidió hacer acto de presencia en ese momento, como siempre que se sentía inseguro y frustrado, así que se llevó la mano al pantalón y tanteó las llaves del coche de alquiler.

Y aunque luchó, y mucho, contra la pulsión, al final claudicó.

—Ahora vuelvo —avisó a sus abuelos poniéndose en pie.

Necesitó tres viajes al coche antes de sentirse seguro de nuevo.

Claro, que también ayudó algo que al fin la pecosa se retirase y no tuvo que volver a soportar sus bufidos y sus miradas altaneras.



CAPÍTULO 1

SAVAGE DAUGHTER
I am my mother's savage daughter.
The one who runs barefoot cursing sharp stones.
(Yo soy la hija salvaje de mi madre.
La que corre descalza maldiciendo piedras filosas).
Ekaterina Shelehova

Instastories @Chaileagbhò
Castillo Aigantaigh
2 de julio
20:00 h.

«Guid nicht, lassies. Necesito desahogarme con vosotros. ¡Menos mal que mis hermanos no ven mis redes! Porque no me apetece nada tener que decirles que Manu me ha dejado en la estacada y que no va a venir a la boda. Y lo peor es que me siento como un gusano por haberme enfadado con él, ya que tiene una razón de peso para no venir pero… No sé.

Que me ha sentado fatal, vaya, sobre todo porque pensaba que me había invitado a comer para otra cosa.

En fin, que mejor busco a Laura para planear la despedida de soltera de Ro.

Beannachd leat».

Gina cerró la aplicación de Instagram y miró al frente. Lo hizo parpadeando para detener las lágrimas de frustración que amenazaban con brotar.

¡Qué tonta se sentía! ¡Y qué egoísta al mismo tiempo!

Ese mismo día Manu le había escrito a primera hora para invitarla a comer. Tenía algo muy importante que decirle, le había dicho, y como ese día hacía años que se habían conocido, Gina

se había montado su propia película romántica, así que se había puesto sus mejores galas, se había maquillado a conciencia y había acudido a la cita pensando que al fin él iba a cumplir sus sueños realidad, hincada de rodilla mediante.

No hubo hincada, ni pedida de mano.

Con semblante sombrío, y agarrándola de la mano mientras le pedía mil disculpas, Manu le confesó que no podía asistir a la boda porque algo grave había sucedido en su entorno familiar.

Su novio era muy reservado en cuanto a su familia se refería, pero ¡caramba!, que ya llevaban cinco años, tiempo suficiente como para que confiara un poco en ella y le diera algún detalle adicional. Sin embargo, no hizo nada ni remotamente parecido, sino que siguió con su hermetismo en cuanto a su familia se refería.

De modo que ahí estaba ella, compuesta y casi sin novio.

—No exageres… No estoy cortando contigo —le había regañado Manu cuando ella se vino abajo.

—Estás diciendo que tienes que volver a España y que no sabes cuánto tiempo estarás allí. Yo eso lo entiendo como un «no sé si volveré» velado.

—Volveré, eso te lo prometo —expresó con fervor y agarrándole la mano con fuerza—. Te quiero, *honey*. Eso no lo dudes nunca. Solo que… —Le soltó la mano y se acarició la nuca al tiempo que la miraba con tristeza—. Entenderé que no me esperes. Deseo que este problema se solucione pronto, pero es que no está en mis manos. No sé cuánto me llevará que las cosas vuelvan a su cauce.

—Pero ¿qué ha pasado, Manu? —insistió.

Manu negó con la cabeza.

—Cosas… Ya te contaré, te lo prometo. ¿Confías en mí?

Gina asintió, aunque una parte de ella, tal vez la que estaba escocida en su amor propio, la que le llamaba tonta por haber imaginado que él le iba a pedir matrimonio, no estaba tan segura de su novio.

A esa parte mejor ignorarla, de modo que volvió a asentir y así se despidieron, porque esa misma tarde Manu volvía a España.

A saber hasta cuándo…

Gina necesitaba pensar y calmarse antes de enfrentarse a su familia, que disfrutaban de las últimas horas del día en el *pub*, así que se subió a lo alto del castillo, a la torre de homenaje original, desde la cual se veía todo el valle: los prados donde pastaban las vacas, el bosque de pinos frente al gran sauce, las montañas y los riscos al fondo y el pequeño lago bajo ellos.

Estaba atardeciendo, por lo que el lago parecía un volcán de lava por los tonos rojizos que arrojaba el cielo, un espectáculo tan maravilloso que le arrancó un suspiro por la paz que transmitía.

Por este motivo era su lugar favorito, un sitio de acceso restringido salvo por las visitas guiadas de Rob a los turistas, un sitio donde perderse y donde poder dar rienda suelta a su malestar sin interrupci…

—Menudas vistas.

Asustada, y avergonzada al saberse pillada en pleno momento de debilidad, justo cuando parar el torrente de lágrimas le parecía imposible, se giró hacia el intruso.

Era Miguel.

¡Menuda sorpresa!

—¿Por qué lloras? —preguntó este con preocupación.

Tanta, que un millón de mariposas revolotearon en la boca de su estómago.

—¿Y a ti que te importa? —cortó de malas maneras y mientras se limpiaba las lágrimas con disimulo.

—No me gusta ver a ninguna mujer llorar. Si te puedo ayudar en algo… —se ofreció.

—No es asunto tuyo. Además, ¿qué haces aquí? —regañó.

Miguel, que no miraba en absoluto al frente, sino que tenía la vista clavada en ella, se encogió de hombros.

—Me ha parecido que desde aquí se veía todo mejor.

—Vete. No puedes estar aquí —dijo dándole la espalda para ocultar sus ojos hinchados y rojos por el llanto.

—¿Por qué no?

—Las visitas no pueden subir aquí sin el guía.

Miguel chasqueó la lengua y se puso a su lado para contemplar, ahora al fin sí, el paisaje.

—Yo no soy una visita. Soy el hermano de la futura dueña de todo esto.

Gina titubeó, porque no supo qué decir a eso. Sin embargo, se cuadró y lo encaró.

—Y yo soy la hermana del *actual* dueño de todo esto —recalcó—. Así que si no te importa, márchate.

—Ha sido ese mismo dueño el que me ha hablado de este sitio, de modo que tengo su permiso.

Gina apretó los labios con fuerza, y ante la imposibilidad de rebatirle, soltó sin más:

—Vete.

—No, a menos que me des una explicación convincente —contraatacó el español.

Gina lo miró de reojo, y al ver que había vuelto a fijar la vista en ella, parpadeó y fijó la vista al frente.

—Yo estoy aquí —fue su absurda explicación.

Miguel miró en derredor e hizo una barrida con las manos.

—Cabemos los dos perfectamente.

—Ya, pero yo no quiero estar en la misma estancia que tú.

—¿Por qué?

Como lo dijo en un tono tan lastimero y con un aire de fingida inocencia, Gina ahogó un grito indignado.

—¿Por qué? ¡Porque casi me matas! —recordó apuntándolo con un dedo en el pecho.

—Mira que eres rencorosa… Vale, venga, te pido disculpas. ¿Contenta? —concluyó en un tono zalamero y acercándose peligrosamente a Gina.

Desplegando todo su carisma para que ella cayera en sus redes.

¡Lo llevaba claro!

—Contenta estaré cuando te pierda de vista. —Se puso en jarras y lo miró de arriba abajo —. Mira, te lo voy a dejar bien clarito: me caes mal. Yo soy una chica de las *highlands* que tiene su orgullo, descendiente de mujeres guerreras que saben cuál es su lugar y que ponen en su sitio a quienes quieran sacarlas de él. No voy a caer en tus redes, así que, por favor, déjate de jueguitos de seducción, de miraditas y de tratar de ligar conmigo. Ya te lo dejó bien claro tu hermana: para ti, soy prohibida.

Miguel echó la cabeza hacia atrás y soltó una ofensiva carcajada.

—Anda, que la película que te estás montando es chica. ¿Quién te ha dicho que quiero algo contigo?

—Tu actitud —dijo con poca convicción.

Miguel se encogió de hombros.

—Vale, tal vez tengas razón, pero es que las chicas bonitas son mi debilidad. Y si son puro fuego disfrazadas de ángeles, mucho más.

—¿Quieres hablar de fuego? Porque la cara te va a arder de la bofetada que te voy a soltar como sigas con esas —advirtió, enojada porque no le gustaba que se rieran de ella así, en su propia cara.

—Tranquila. Prefiero que me pongas la mano en otras partes, *pecosa* —dijo subiendo y bajando las cejas, picarón.

Gina pegó un respingo al reconocer el insulto en español.

—Serás… ¡descarado! ¡Y no vuelvas a insultarme si no quieres ver hasta dónde llega la furia de una *highlander*!—advirtió.

Miguel compuso un gesto confuso.

—No te he insultado.

—¡Me has llamado *pecosa*! ¡Hablo español y sé lo que eso significa!

—Joder, pues eso; que tienes pecas —replicó como si fuera boba—. Se te notan, por mucho que intentes enmascararlas bajo capas y capas de maquillaje.

—¡No voy tan maquillada!

—Vaya que no. Te pasan una espátula por la cara y sacan un frasco entero de maquillaje.

Gina alzó el mentón, pero aun así se sintió ofendida.

Jo, tampoco llevaba tanto maquillaje.

—Eres un faltón. ¿Ese es tu entretenimiento favorito, meterte con la apariencia de la gente?

Miguel sonrió cual canalla.

—Pues mira, sí. Si consigo despertar ese fuego que llevas dentro, meterme con tu apariencia se está convirtiendo en mi *hobby*.

—No voy a permitirte ni un insulto más —advirtió.

Miguel negó con la cabeza, resignado.

—Eres tú la que le está dando un cariz denigrante al tachar de insulto a una preciosa y atrayente peculiaridad física.

Durante varios segundos Gina lo miró sin parpadear y con la boca abierta, sin saber qué decir y sintiendo que sus piernas se convertían en gelatina.

¿Acababa de decir que le gustaban sus pecas? ¿Que eran preciosas y atrayentes?

¿Y por qué Manu nunca le había dicho algo tan bonito?

«Porque odia tus pecas. Por eso quiere que te maquilles siempre», le dijo una voz, la que seguía dolida por lo sucedido horas atrás.

—No voy a caer —le advirtió cuando se recuperó.

—¿Dónde?

—En tus redes, Miguel.

El español, de cabello de un rojo tan intenso como el atardecer que los envolvía, sonrió de medio lado y se inclinó un poco hacia ella.

—¿A quién se lo estás diciendo, a ti o a mí? Porque hace apenas un segundo me has mirado como si desearas besarme —concluyó en un susurro.

Gina quiso gritar de frustración. Pero lo cierto era que quizás tuviera razón.

¡Joder! ¡Sí que estaba necesitada de halagos, hasta el punto de ablandarse ante uno!

—Pones a cualquiera de los nervios —dijo apartándose de él y dirigiéndose hacia la escalera.

—Tú sí que me pones nervioso —le escuchó decir, en un tono tan erótico, como en un ronroneo, que le provocó un sofoco.

«Es un imbécil, Gina. Y un mujeriego. Y un cretino engreído», se recordó mientras bajaba los escalones a toda prisa para poner toda la distancia posible entre ellos.

«Eso, y que tienes novio», le recordó otra voz cuando llegó abajo.

Eso, tenía novio. No debía olvidarlo.

Entonces, ¿por qué durante unos minutos sí lo había hecho?

Torre del castillo Aigantaigh
20:20 h.

Miguel bajó tras Gina prácticamente al segundo. Las vistas eran impresionantes, sí, pero sin ella recortando el paisaje, le parecieron insulsas.

Con un bufido, descendió de la torre con la intención de ir al *pub*, a ver con qué podía matar el aburrimiento.

Y, de paso, encontrar un entretenimiento que le hiciera olvidar a la pecosa.

Esa era su idea, pero nada más pisar el último escalón, uno de los hermanos de Gina, el que se parecía al de la serie *Outlander*, le salió al paso.

—¿Qué le has hecho? —preguntó a bocajarro, los brazos amenazadoramente cruzados sobre un pecho musculoso y el entrecejo marcado.

—¡¿Yo?! —preguntó con incredulidad—. Yo no he sido quien le ha hecho llorar. Cuando he subido, ya estaba llorando.

Bruce, recordó que se llamaba, frunció (más) el ceño y compuso un gesto de confusión.

—¿Llorar? —repitió—. No estaba llorando. Estaba…

—¿Cómo? —animó Miguel a que continuase.

Bruce pareció dudar, pero luego se puso rígido y lo miró de frente.

—Para ti, es prohibida. Que no se te olvide —advirtió antes de girar sobre sus talones.

Miguel se quedó allí, entre enojado por la amenaza, y divertido por las connotaciones.

Porque saber que la había turbado hasta el punto de que su hermano se diera cuenta, le hacía muy feliz. O lo estaría, si no fuera porque el *Colega* apareció y le obligó a ir al coche.

Una vez.

Y dos.

Y tres.



CAPÍTULO 2

CRIMINAL
He lies, he bluffs, he's unreliable.
He is a sucker with a gun-gun-gun-gun.
(Él miente, él engaña, no es confiable.
Él es un tonto con una pistola, pistola, pistola)
Britney Spears

Instastories @Chaileagbhò
Castillo Aigantaigh
4 de julio
12:00 h.

«Madre mía, lassies, estoy reventada. Ayer tuvimos la despedida de soltera de Ro y acabamos cerca de las cuatro de la mañana, pero como soy de poco dormir, me he levantado pronto para ver cómo van mis vacas.

Ya he terminado con ellas, y como falta un poco todavía para almorzar, he decidido tomarme unos minutos de descanso y a ver si así se me pasa esta maldita resaca.

Como veis he cambiado de emplazamiento y estoy grabando desde el árbol del Ahorcado, porque mi lugar favorito, mi torre, mi refugio, ha sido ocupado por un indeseable… Mejor no pienso en ello, que me da dolor de cabeza, aunque yo no sé si es por eso o por todo lo que ayer bebimos.

¡Ufff, es que no estoy acostumbrada! Pero Laura se empeñó y cualquiera le decía que no. ¡Venga chupito para arriba, venga chupito para abajo…! Liamos la de Dios, sobre todo Laura cuando se subió a la barra a bailar.

En realidad a todas se nos fue un poco de las manos, y la única que se mantuvo en sus trece y no bebió ni una gota de alcohol fue Ro, y eso que era la protagonista de la fiesta. Cuando esté

un poco más lúcida pensaré sobre ello, porque nos resultó muy raro, pero ahora mismo la cabeza me va a reventar.

Por lo menos ayer me lo pasé en grande y hasta me olvidé de mis penas.

Mira, algo bueno tiene que tener el alcohol, porque, curiosamente, no pensé en Manu en toda la noche».

Más que bueno, era desconcertante, porque debería de estar destrozada por su marcha, pero lo cierto era que apenas sí le había dedicado un par de pensamientos durante la noche.

La culpa la tenía el hermano de Ro, que se había colado en su mente como un maldito *okupa*, así como se había agenciado la torre de homenaje para él.

Gina desconocía los motivos de que pasara tantas horas allí, porque se había dicho a sí misma que cualquier cosa que hiciera el muy patán le traía sin cuidado.

En todo momento trataba de mantenerse indiferente a él, pero lo cierto era que le sacaba de sus casillas sin apenas proponérselo.

Más adelante, cuando se acostumbrase a su presencia, o cuando esta no fuera tan inquietante, pensaría sobre la verdadera causa de sus alterados sentimientos, porque Gina era simpática por naturaleza.

Con Miguel no podía decir lo mismo.

Era verlo y le nacía una antipatía que no era normal, unas ganas de acariciarle la cara con toda la mano abierta y de borrarle esa risa de victoria que dedicaba a tooodas y cada una de las féminas de *Aigantaigh*.

Sí, incluso a Gina le dedicaba alguna cuando ella no tenía control sobre sus ojos y estos buscaban los de Miguel hasta encontrarlos.

Y hablando de ojos, ¿por qué tenía los tenía que tener tan bonitos, de la misma tonalidad de las aguas embravecidas de la isla de Skay? ¿Por qué eran tan atrayentes, tan vivaces y tan imposibles de ignorar?

Lo peor de todo era que el muy truhan era muy consciente de su atractivo y lo potenciaba sonriendo de esa forma tan pícara y tan sexy y tan…

«Tan nada, Gina», se dijo, enojada porque, de nuevo, y como venía siendo habitual durante los últimos días, se encontró a sí misma dedicándole más tiempo del que se merecía.

Desde luego, mucho más tiempo del que le estaba dedicando a su ¿todavía? novio.

Gina lo achacó a que no estaba acostumbrada a sentirse enojada a cada minuto, alerta y preparada para saltar a la mínima.

Sí, la causa de que pensase tanto en él debía de radicar en lo mal que le caía, así que, aceptada esa explicación, decidió echarle de su mente y pensar en otra cosa.

Y lo hubiera hecho, de verdad, de no ser porque el culpable de esos pensamientos apareció en su campo de visión saliendo del bosque, vestido con ropas de campo y portando un…

El grito debió de escucharse en todas las *Highlands*.

Tan fuerte fue, que los pájaros que había en el árbol bajo el que estaba sentada salieron volando en estampida y Miguel se detuvo de golpe.

O, al menos, hasta que detectó de dónde procedía el grito, momento en el que echó a correr hacia ella.

—¿Estás bi…? —comenzó a preguntar cuando al fin llegó a su lado, con auténtica preocupación, pero entonces ella lo empujó con todas sus fuerzas y lo derribó—. ¿Pero qué cojones…?

Gina, roja de indignación y temblando, los puños apretados dispuesta a seguir golpeándolo, tenía el rostro contraído en una mueca de desprecio y odio.

Ella, que era de temperamento dulce, casi sumiso. Ella, que por norma general solía ser bondadosa y sonriente. Ella, que transmitía calma y cordura.

Ella, que huía de las confrontaciones, y ahí estaba, dispuesta a todo, incluso a matar al español que amenazaba con trastocar su mundo.

Y justo por eso lo odió (más); porque sacaba lo peor de ella.

—¡Asesino! —gritó, asestándole una patada en el estómago.

Miguel se encogió por el golpe, pero luego rodó sobre sí mismo para librarse de su ataque, consternado como nunca. Como pudo, al fin se levantó y detuvo a Gina cuando esta se abalanzó de nuevo sobre él para seguir golpeándole.

—¡Quieta ya, joder! —gritó, exasperado y haciéndole una llave para inmovilizarla—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —repitió Gina sin resuello por la lucha y por la rabia—. ¡Tú, eso es lo que me pasa!

—¿Qué he hecho ahora, mujer? —preguntó, visiblemente perdido.

—¡Que eres un asesino!

Miguel la había reducido de tal forma que la espalda de Gina estaba pegada al pecho del español y sus brazos la abrazaban para impedir que ella pudiera mover los suyos.

—Y a esa conclusión has llegado por… —animó a que siguiera explicándose.

—¡Por tu escopeta!

Incluso teniéndole a su espalda, Gina pudo sentir el respingo del hombre.

—¿Mi escopeta?

—¡Tu jodida escopeta! —confirmó, ya los modales perdidos por la indignación.

Como Miguel la soltó, Gina se dio rápidamente la vuelta para volver a golpearle. En esta ocasión, el puñetazo fue a parar a la nariz.

Miguel, que se llevó una mano allí donde le había golpeado, gruñó mientras se doblaba sobre sí mismo.

—¡Me has partido la nariz!

—Te fastidias —dijo Gina, los brazos cruzados sobre el pecho y mirándolo con desprecio —. Así aprendes la lección.

—¿Qué lección? —rugió Miguel, que se enderezó y la miró enojado por primera vez.

—Que nadie viene a *mis* tierras a matar a *mis* animales.

Miguel se taponó la nariz y la miró con las cejas alzadas.

—Yo no he venido a matar…

—Ya —cortó ella—. Por eso llevas un arma.

Miguel frunció el ceño y miró allí donde había dejado caer su equipo.

—Eso no es un arma. Es mi equipo de fotografía… que, por cierto, como se haya roto, me lo vas a pagar.

Gina parpadeó y retrocedió un paso.

—Es una escopeta —insistió.

Miguel la ignoró y se agachó allí donde había dejado caer el equipo cuando Gina lo derribó y se dispuso a abrir la funda.

Al hacerlo, Gina pudo comprobar que, en efecto, se trataba de un equipo de fotografía, con un trípode (de ahí que la forma de la funda prestase a confusión), un telescopio y una cámara fotográfica.

Asombrada, retrocedió un paso y se restregó las manos.

—Yo… Creí que…

—Yo, yo, yo… —se burló Miguel en falsete, pero enojado mientras revisaba que no se hubiera roto nada—. Tienes la fea costumbre de pensar lo peor de mí. Asesino… —bufó con desprecio—. ¡A mí, que amo a los animales más que a las personas!

Contrita, Gina avanzó un paso y volvió a restregarse las manos.

—Lo siento, de verdad. —Tragó saliva porque él ignoró sus disculpas y se acercó un paso más a él—. ¿Se ha roto algo?

—Por tu bien espero que no —masculló él mirando el equipo. Luego, desvió la vista hasta ella. Y no, no era su típica mirada de seductor. Estaba en verdad enojado—. Está todo correcto. Te has librado de una buena.

Gina ignoró la amenaza y arrugó la frente con contrición.

—Y lo lamento. ¿Me perdonas?

Miguel guardó bien el equipo y se lo colgó en el hombro mientras se ponía de nuevo en pie. La miró de arriba abajo muy serio y respondió:

—Cuando me perdones tú y dejes de lanzarme puñales con la mirada, lo haré yo contigo.

Gina gruñó y miró al suelo.

—Casi nos matas —se excusó.

—No. Solo calculé mal las distancias y como iba tan deprisa te alcancé antes de lo que pensaba, pero aunque no te hubieses cambiado de carril, me hubiera dado tiempo a frenar.

Gina no quiso empeorar las cosas diciendo que lo dudaba, así que suspiró y asintió.

—Vale. Te perdono y… ¡oh! —exclamó cuando, al mirarle a la cara, vio sangre, que le corría por la nariz y le descendía por el bigote y la barba—. ¡Estás sangrando!

Miguel se encogió de hombros, pero cuando Gina sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su pantalón para detener la hemorragia, gruñó de dolor.

—Joder, me la has partido de verdad.

—Estate quieto y echa la cabeza un poco para atrás —pidió presionándole el pañuelo contra las fosas nasales e ignorando sus protestas.

—¡Duele!

—Lo siento.

Durante varios segundos ninguno dijo nada y Miguel se dejó hacer, hasta que la risa subió a sus ojos violetas.

—No, no lo sientes.

Gina titubeó, porque no supo si el hombre bromeaba o no.

—Siento haber pensado lo peor de ti —dijo.

—Ya —atacó Miguel—. Pero no sientes haberme golpeado.

Gina se mordió los carrillos por dentro para no sonreír, pero, como le pasó a Miguel, la sonrisa se manifestó en sus ojos cerúleos.

—No mucho —confesó.

Miguel resopló y la miró confundido.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho? Porque tiene que haber algo más que un simple encontronazo en la carretera para que me tengas tanta manía. ¿Qué es, Gina?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre, así que no supo qué pensar del hecho de que le gustara tantísimo cómo sonaba en sus labios.

Y entonces, obtuvo la respuesta a la pregunta de Miguel.

Pero vamos, que ni en un millón de años lo iba a admitir ante él.

Ni ante sí misma.

Salón principal del castillo de Aigantaigh
12:30 h.

—Por la Santina, cómo vienes… ¿Acaso te has encontrado con un jabalí? —preguntó Bermudo al ver llegar a su nieto con sangre en la nariz, el labio y la barba.

—Con una jabata, sí —se guaseó Miguel.

El *güelu* rio por lo bajo y le palmeó el hombro. En ese instante la mirada de Miguel se perdió en un punto preciso. En una persona en concreto.

Bermudo siguió su mirada y chasqueó la lengua al ver quién había captado la atención de su nieto.

—Esta *ye* brava.

—Mucho —confirmó Miguel.

—Y eso a ti te gusta.

Como no era una pregunta, Miguel se encogió de hombros.

Aunque, de haberlo sido, tampoco necesitó responder; de eso ya se encargaba su sonrisa.

Bermudo ya estaba más que acostumbrado a los amoríos de su nieto, el preferido porque era igual que él y porque era con quien más había convivido, y probablemente lo hubiera dejado ahí si no hubiera sido por el extraño (y delator) brillo de sus ojos.

Con un gruñido, se metió las manos en los bolsillos y miró al suelo.

—Quizás lo mejor sea que te olvides de ella.

—Y con *ella* te refieres a ¿quién?

—Lo sabes. A Gina.

—¿Por qué?

Bermudo alzó la cabeza y buscó su mirada violeta.

—Porque no quieres nada serio.

Miguel se puso rígido, la sonrisa ya borrada del todo.

—Cierto. Paso de esas cosas. Además, si casi ni la conozco. Es imposible que me plantee tener nada serio con ella. En cualquier caso, ya sabes —concluyó con un chasquido picarón y cómplice.

El abuelo, lejos de solidarizarse con él, frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—Pues si no quieres salir herido, mejor deja a la *guaja* tranquila.

Miguel resopló.

—Ni que fuera a enamorarme de ella, *güelu*.

—No lo digo por eso, que también —apuntó el abuelo, ahora sonriente—. Lo digo porque sus hermanos tienen pinta de repartir hostias como panes. Por eso, y porque tiene novio, y eso se debe de respetar. Siempre. *Ye* lo que nos hace *homes*[7] de honor.

—Se debe respetar, sí, pero siempre y cuando él la respete a ella también. Si la descuida, si la hace desdichada, entonces no hay honor que valga.

Bermudo alzó las cejas, sorprendido.

—Vaya, ¿tan fuerte te ha dado?

Miguel lo miró con desdén, pero como tenía mucho respeto a sus mayores no discutió con

él y se fue a su habitación a revisar el equipo antes de bajar al *pub* a almorzar, con una sensación de desasosiego.

Y sí, tenía mucho que ver con la noticia de que ella no estaba libre.

Tan disgustado se sintió, que el *Colega* hizo acto de presencia y tuvo que hacerle callar.

Aunque para ello sucumbiera a sus *demandas*.

Hasta tres veces.



CAPÍTULO 3

TIROTEO
Se me congela el mundo siempre que nos vemos.
Discutir contigo es como un tiroteo.
Marc Segui feat Pol Granch

Instastories @Chaileagbhò
5 de julio del 2019

«Morning, lassies.

Ya sabéis que cuando me equivoco, lo reconozco, así que ahí va mi confesión: Miguel no es tan malo como había creído.

No os confundáis, me sigue cayendo mal, pero el hecho de que le gusten tanto los animales le ha hecho ganar puntos. Por lo menos, ya no me voy a sentir tan incómoda en su presencia.

Y, desde luego, no le perdono que casi nos echara de la carretera.

¿Rencorosa? Sí, soy.

Pero bueno, al menos podré tolerarle el resto de su estancia, que espero que sea breve... como breve espero que sea también el viaje de Manu a España.

¡Le echo tanto de menos!».

Esa misma mañana…

La señora Mary estaba de los nervios, tanto, que los tenía a todos un poco hartos.

Su hija no era la excepción.

Era el día previo a la boda, y aunque el evento era privado y ese día se marchaban todos los huéspedes, también era el día en el que llegaba el resto de la familia de Rocío y Mary quería tenerlo todo a punto.

En el castillo era todo un ir y venir con los preparativos, una interminable lista de tareas que parecía aumentar conforme iba tachando otras y todo un rosario de imprevistos que solventar sobre la marcha.

No, ese día Mary no estaba nada amigable, y Gina había perdido la cuenta de las veces que su madre le había gritado, así que pese a todo lo que tenía que hacer, y dado que las vacas también necesitaban su minutito de atención, Gina decidió esconderse de ella en la vaquería.

Fue al prado de las que estaban preñadas, pues eran las que debían de tener más cuidados.

Por ello, y dado que su móvil no paraba de sonar, decidió ponerlo en modo avión para que las vacas no se sobresaltaran. Podría haberse limitado a quitarle el sonido, pero al sentir la vibración sería ella la que se alterara y las vacas lo percibirían.

Eran muy empáticas, y más con ella, con quien tenían una relación especial.

Gina pasó entre ellas como si no tuvieran cuernos tan largos y afilados que te podrían atravesar si se sentían en peligro. Palmeó el lomo de una y se agachó para palpar la barriga de otra, que no hacía mucho había tenido un sangrado que le había preocupado mucho.

Sonrió tras comprobar que la cría se movía y se levantó para ver al resto.

O lo hubiera hecho, si no hubiera sido porque sintió un leve empujón.

Era demasiado tiempo con las vacas como para saber quién lo hizo, así que se giró y sonrió a la vaca más celosa del mundo.

—Ya, ya, no me he olvidado de ti —la apaciguó acariciándole tras la oreja con una mano. Con la otra peinó el flequillo que le caía sobre los ojos—. ¡Como para no hacerlo, con lo que te gusta demandar atención! ¿Qué, cómo va ese bebé? —preguntó agachándose para acariciar con cuidado la tripa de la vaca.

Esta se dejó hacer, pero entonces Gina sintió que se ponía rígida. Alzó el rostro para mirarla y vio que la vaca había ladeado la cabeza y que tenía las orejas alzadas. Sin embargo, no hizo amago de retirarse. Solo se mantuvo expectante.

Intrigada, Gina se levantó y miró allí donde lo hacía la vaca.

Se trataba de Miguel.

¡Maldición! ¿Por qué siempre parecía detenerse el mundo y congelarse el tiempo cuando lo veía? ¿Por qué su corazón latía desbocado, preparado para la lucha, la mar de contento porque eso le hacía sentirse… vivo?

Con un bufido, la escocesa se preparó para ignorarle, pero entonces recordó que las vacas preñadas podían ser muy agresivas si se sentían atacadas, así que fue hasta él para advertirle que no se acercara.

Tardó demasiado, porque cuando quiso darse cuenta él ya había saltado la cerca y acariciaba a una, que se dejaba mimar la mar de gustosa.

—Apártate —advirtió casi en un susurro.

Miguel la miró sin levantar la cabeza, pero luego sonrió y continuó acariciando a la vaca.

—Tranquila, no les voy a hacer nada.

Gina gruñó por lo bajo.

—Ya, pero ella puede ser peligrosa si te percibe como una amenaza.

—Uy, sí. Mira qué peligrosa se la ve… ¡Qué miedo, uhhh!

—*Glaikit*, hablo en serio y… ¡ups! —exclamó cuando vio que tres vacas más se acercaban al español, amigables y dispuestas a recibir el mismo cariño y mimo que su compañera.

Miguel, al ver su cara de desconcierto, sonrió de oreja a oreja.

—¿Ves? Me adoran.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro y maravillada al ver el efecto relajante y demandante de caricias de las vacas.

No solían ser peligrosas, pero desde luego no tan perceptivas como se mostraban con el español.

—¿Por qué? No sé. Tal vez porque se sienten seguras. O porque presienten mi energía, que, desde luego, ni de lejos es la de un asesino.

Gina resopló y se puso en jarras.

—Tenías que tirármelo en cara, ¿eh?

—Pues claro. Para una ocasión que tengo, no la voy a desperdiciar.

Gina entrecerró los ojos, pero al ver que las vacas no se ponían nerviosas con su presencia, trato de relajarse.

Un esfuerzo titánico, pues la sola presencia de Miguel a ella sí la ponía en guardia, así que mejor dejarle hacer y mantener las distancias.

—Eh, vaquera —oyó que la llamaba cuando le dio la espalda—, ¿no quieres saber para qué he venido?

Gina se detuvo y se pellizcó el puente de la nariz, exasperada.

Sin embargo, cuando se giró hacia él de nuevo era todo un despliegue de cortesía.

—¿Para qué has venido? —preguntó con fingido interés.

Miguel la miró y sonrió de medio lado.

—Para matar dos pájaros de un tiro. ¡Ups! ¿He dicho matar?

—No me cabrees, español, que no es bueno para las vacas.

Él asintió y dejó de sonreír de esa forma tan canalla. Pese a ello, su actitud no tenía nada de belicosa, así que Gina bajó la guardia.

—Tu madre me ha mandado aquí para que me ayudes con algo.

Gina parpadeó.

—¿Con qué?

—Con el traje de ceremonia tradicional escocés.

—¿Qué pasa con él? —preguntó ladeando la cabeza y mirándole con desconfianza.

—Pues que no tengo ni puñetera idea de cómo va, y tengo miedo de hacer algo inapropiado, como ponerme la falda del revés o algo peor.

A Gina se le escapó una risa descreída.

—¿Y para qué vas a ponerte tú un traje de ceremonia tradicional? Ni que fueras un *highlander*.

—No, soy asturiano, que es mucho mejor —presumió.

—Eres madrileño —contradijo ella al recordar los orígenes de Ro.

Miguel negó con la cabeza.

—No. Yo nací en Asturias, por lo tanto soy asturiano. De hecho, he vivido más tiempo con mis abuelos que con mis padres en Madrid, así que ya ves; astur de pura cepa.

—Pues vístete de asturiano si tan orgulloso te sientes de ello —regañó Gina.

Miguel ladeó la cabeza.

—Ya, pero es que resulta que no estoy en Asturias, que estoy en Escocia. En España hay un refrán que dice: «Allá donde fueres, compórtate como vieres».

—Muy bien por vuestro refranero, pero es de sabiduría popular que usar vestimenta ajena al lugar de origen tiene un nombre: apropiación cultural.

—De eso nada. En cualquier boda escocesa es tradición que tanto el novio como los invitados lleven *kilt*, así que… Ya ves. No es capricho ni apropiación; sigo unas costumbres que tú pareces ignorar pese a ser escocesa.

—Que te ayude Bruce. O George. O cualquier escocés con el que te encuentres.

Miguel se encogió de hombros.

—Al parecer están todos liadísimos, entre los preparativos y la fiesta de despedida de Colin esta noche, así que tu madre me ha dicho que te busque y que te pida ayuda a ti, «la única que parece que tiene tanto tiempo libre como para irse a ver a las vacas en vez de estar aquí ayudando.» Esto último lo dijo literal —pinchó.

Gina apretó los labios con fuerza, pero luego alzó el mentón.

—Pues tendrás que apañártelas, porque mira, sí, tengo muchas cosas que hacer, pues tengo que trabajar en el maquillaje de las damas de honor para mañana y un sinfín de cosas más.

—Mira que tiene mala leche —masculló Miguel en español.

Gina, que ya le había dado la espalda concluyendo así la conversación, se giró a mirarlo.

—Para tu información, sé español.

Miguel sonrió de oreja a oreja.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes decir guarradas? Ufff, eso me pone burro. —Gina iba a protestar cuando de súbito él entrecerró los ojos y alzó la mano para detener su ataque verbal—. Esa vaca tiene diarrea.

Gina se giró a mirar para comprobar que, efectivamente, una de las vacas se había apartado del resto y estaba defecando líquido.

—Mierda —susurró preocupada.

—Precisamente —se guaseó Miguel, pero luego se puso serio. Tal vez la advertencia silenciosa de Gina contribuyó a ello—. Yo la apartaría del resto. Si es diarrea viral, puede contagiar a las demás y no es nada bueno en su estado.

Gina asintió, pero luego se giró a mirarlo.

Por primera vez había admiración en sus ojos cerúleos.

—¿Cómo sabes eso?

—Recuerda que mi abuelo tiene vacas. No tantas, y de otra raza, pero no deja de ser el mismo problema. ¿Necesitas ayuda para apartarla de las demás?

Gina negó con la cabeza y fue hacia la vaca. No había dado ni dos pasos cuando se giró a mirar a Miguel.

—Muchas gracias por avisarme. No me había dado cuenta.

—No hay de qué. Bueno, mejor te dejo, que tienes mucho trabajo.

Gina parpadeó, porque Miguel lo dijo como si su labor fuera sumamente importante, tanto como para olvidar la petición que le había llevado hasta allí.

—¿Y tu traje de ceremonia?

Miguel se encogió de hombros.

—Miraré un tutorial en *Youtube*. Tranquila, le diré a tu madre que me has dado las pautas, pero ahora lo importante son las vacas.

Mientras Gina lo veía marcharse, no supo qué pensar de ello. Porque la preocupación de Miguel por las vacas parecía genuina.

No supo por qué de pronto se acordó de una anécdota parecida, en la que tuvo que cancelar un plan con Manu porque una de las vacas tuvo fiebre y tenía que descubrir el origen, por si era una infección vírica o un hecho aislado.

A su novio aquel plantón no le sentó nada bien, hasta el punto de estar un par de días sin

hablarse.

El que un imbécil como Miguel se hubiera preocupado tanto, la confundió, y mucho.

Y que su corazón sintiera por él un calorcito desconocido y alarmante, también.

Pub de Aigantaigh
2:00 h.

Menuda panda de borrachos.

Incluso Jeremy, el camarero, se había sumado a la despedida de soltero de Colin y estaba borracho como una cuba, hasta el punto de que los chicos lo habían llevado a rastras hasta una mesa donde le dejaron caer de malas maneras a dormir la mona.

La barra había quedado libre, así que cada cual se servía lo que le apetecía.

¡Y de qué manera!

—Toma —dijo alguien poniéndole una cerveza en la mano.

Miguel la aceptó con una sonrisa, pero disimuladamente la dejó a un lado y bebió de su botellín de agua.

La música era malísima, tipo *folck rock*, una música que él odiaba, al contrario que a su hermana, que le encantaba. Si al menos hubieran puesto algo de la música que él solía escuchar, hubiera tolerado aquella fiesta de bárbaros, pero cada vez le costaba más no bostezar.

—Qué poco aguante tenéis los españoles —se guaseó Bruce dejándose caer a su lado. Miró a su alrededor y chasqueó la lengua—. Una pena que no haya mujeres para coronar la fiesta, ¿eh, Miguel?

El aludido se encogió de hombros, pero lo cierto era que hasta lo agradeció.

Era uno de esos hombres que tenían algo especial y por el que las mujeres se sentían atraídas de forma natural, sin que él tuviese que hacer nada. Como seguramente le sucedía a Bruce, eran ellas las que solían acercarse, y él quien decidía quién sí, y quién no.

Gruñó, porque había una con la que no había podido elegir.

Bueno, a lo largo de su vida amorosa, habían sido dos las mujeres que no habían caído rendidas a sus pies; una era Laura. Otra, la pecosa.

Algo revoloteó en su estómago al pensar en ella, en la forma en la que le había mirado en el prado; con admiración, respeto y algo más que no se atrevió a analizar.

No, mejor no adentrarse en ese jardín. Total, ¿para qué? No podía tener nada con ella.

Aunque no tuviera novio…

—Por cierto, ¿quién es el novio de Gina? —le preguntó al *highlander*.

Bruce se asombró y lo miró de hito en hito durante un par de segundos, pero luego frunció el ceño y miró a su alrededor, buscándolo.

—Pues no está. Qué raro… Creía que Colin le había invitado. Voy a preguntar.

A Miguel no le dio tiempo de decirle que no estaba Colin para preguntarle nada, algo que descubrió Bruce de inmediato.

Bruce tampoco estaba muy allá, porque olvidó rápidamente el tema y se puso a berrear una canción mientras alzaba una jarra de cerveza.

Miguel miró el reloj, y como nadie parecía percatarse de su presencia, decidió retirarse a descansar, pero tan pronto como puso la cabeza en la almohada comenzó a pensar en el traje de ceremonia, en toda la parafernalia que llevaba vestirlo y se agobió.

Tanto, que sucumbió a la pulsión y se levantó.

Ya no pudo dormir en toda la noche.



CAPÍTULO 4

YOU ROCK MY WORLD
My life will never be the same,
'Cause, girl, you came and changed
the way I walk…
(Mi vida nunca será la misma,
porque, chica, tú viniste y cambiaste
la forma en que camino…)
Michael Jackson

Instastories @Chaileagbhò
5 de julio del 2019
20:00 h.

«Lassies, estoy que ardo de pura rabia. Cuando yo creía que la cosa empezaba a estar bien entre nosotros, va el muy patán y… y…

No, mejor no lo cuento que no quiero buscarme problemas.
Qué leches buscarme yo; ¡lo que no quiero es que le partan la cara a él!
Bastantes remordimientos tengo ya como para sentirme más culpable.
Bastante tengo ya».

Gina no podía determinar cuál había sido la causa de que volvieran a ser enemigos.

Bueno, sí había un motivo claro, pero ya desde primera hora del día ella se había sentido irritada. ¿Por qué, si ella de normal era una chica con una paciencia y una templanza a fuerza de bombas?

Tal vez fue el trajín de los preparativos. O el llevar levantada desde tan temprano maquillando y retocando a todas las mujeres de la familia, Laura incluida. Tal vez fue que su madre estaba más protestona que nunca, o que hacía un calor inusitado y no paraba de sudar. O quizás que llevaba días sin saber de Manu, pese a que él ya le había advertido que los primeros días estaría muy liado y no iba a poder llamarla.

Ella lo entendía, y por eso no presionaba, pero, ¡joder!, ni siquiera respondía a sus wasaps. Ni tampoco una triste reacción a ellos.

Ni un condenado *visto*.

Entre eso, y que se sentía sumamente avergonzada por no tener una explicación convincente de su ausencia frente a sus familiares, el día no había podido empezar peor.

Por suerte no preguntaron mucho. Solo algún que otro «¿Y tu novio?», al que ella respondía con un cortante «No ha podido venir». Laura, la única con la que había hablado sobre ello, la ayudó un montón, porque fue quien cortaba el tema cuando alguien insistía.

Gracias a Dios que luego ya empezó la ceremonia y todo el mundo pareció olvidarse de que Manu no estaba presente.

Incluida ella misma.

No, cuando Gina vio a Miguel al frente mientras ella esparcía pétalos sobre la alfombra roja, ya no pudo pensar en nada que no fuera en él; en lo bien que le sentaba el *kilt*, en lo guapo que estaba con la chaqueta, en si había seguido la tradición y bajo la falda no llevaba nada…

Sí, en ese momento, el español poco tenía de tal, porque en verdad parecía un *highlander*. No tanto por el traje, que también, sino por la soltura con la que tocaba la gaita.

Según supo después, la gaita era típica del norte de España, sobre todo en Galicia y Asturias, así que Miguel había querido darle esa sorpresa a su hermana, que se emocionó (más) al verlo.

Gina también se alteró, sobre todo cuando sus miradas se encontraron y sintió que, más para que su hermana, tocaba para ella.

Y, además, ¡se había afeitado! Miguel se había desprendido de su barba *hipster* y lucía un aspecto más aseado, mucho más atractivo y, al contrario de lo que se esperaba, mucho mucho más viril.

Y como ni durante la ceremonia ni durante el convite le quitó los ojos de encima, Gina se sintió cada vez más alterada, por eso decidió ignorarlo a toda costa para poder disfrutar de la boda.

No lo logró.

Y no porque sintiera su magnetismo aunque estuviera en la otra punta del jardín, sino porque él no se lo permitió.

Y para mal.

Estaba disfrutando de un delicioso canapé de *mousse* de salmón cuando sintió su presencia tras ella.

—Oye, vaquera, ¿dónde te has dejado al Miura?

Sorprendida, se giró a mirarlo a los ojos.

—¿Qué es un Miura?

—Un toro semental—dijo entre risas—. Vamos, lo que viene siendo tu novio, vaquera.

—¿Cómo sabes que tengo novio? —indagó no exenta de asombro.

—Desde luego, no por ti. Bien que te has encargado de ocultármelo. ¿Por algún motivo en especial? —preguntó en tono insinuante.

Gina bufó y lo miró de arriba abajo.

—Claro que hay un motivo especial: no te importa.

Miguel rio por lo bajo y dio un paso hacia ella.

—Claro que me importa. No debería, pero me importa. Así que repito: ¿por qué no ha venido tu novio?

—Insisto: no es asunto tuyo.

Miguel se cruzó de brazos y compuso una pose relajada.

—Ya veo. Es mentira. Te lo has inventado.

Gina quiso gritar de pura indignación.

—¡Pues claro que no es un invento! Llevo cinco años con él.

Miguel silbó.

—Cinco años… Qué barbaridad. Eso es mucho, ¿no? —Gina no contestó, así que él sonrió de medio lado—. ¿Y qué, *habemus* o no *habemus* boda? Porque a este paso te vas a quedar a vestir Santos. —Como Gina lo miró sin comprender, Miguel arrugó la frente—. No, creo que lo he traducido directamente del español y en inglés no se dice así. ¿Cómo era? Ah, sí: te van a dejar en el estante[8].

Gina resopló para infundirse paciencia y miró al frente.

—Seguro que es un inglés estirado…—continuó Miguel con su ataque—. O no. Con lo separatistas que sois, tiene que ser escocés a la fuerza.

En ese punto Gina se giró y le apuntó en el pecho con el dedo.

—Pues te equivocas, listillo. Es español.

—¡No jodas! —se rio—. ¿De dónde?

—De Sevilla —respondió sin querer. No quería dar tantas explicaciones a ese individuo, porque de seguro lo usaría en su contra.

No se equivocó.

—Ufff, un sevillano. Esos sí que tienen labia para hacer con una chica lo que quieran. Yo que tú no me fiaría mucho de él. Son muy mujeriegos.

—Habló el Santo —contraatacó ella—. Para tu información, tenemos una relación muy formal y muy sana.

—Ya, tan sana como para que no venga a la boda de tu hermano.

—Tenía sus motivos.

—Que son… —animó a que confesase.

Pero Gina lejos de hacerlo, se mordió el labio y miró con furia al frente.

Miguel cambió radicalmente de actitud y se puso serio. La tomó por la barbilla y la obligó a mirarle.

—No los sabes…

Gina le golpeó la mano para apartársela y lo miró con el ceño fruncido.

—Claro que los sé. Solo que no te importan.

La escocesa no supo qué vio entonces el español en sus ojos, porque la miró con preocupación.

—Un consejo, vaquera: el amor no tiene por qué doler.

Y se marchó, dejándola confusa, perdida e irritada.

Suerte que llegó Laura hasta ella. O no tanta, porque la forma que tuvo de mirarla la descuadró.

—¿Todo bien, peque? —preguntó su amiga con preocupación.

Como si necesitase excusarse por lo que fuera que mostrase su rostro, Gina señaló a Miguel.

—Te juro que me entran ganas de matarlo, Laura. Con lo adorable que es Rocío y lo…

patán que es el hermano. —Como Laura sonreía de oreja a oreja, la miró ceñuda—. ¿Y tú qué opinas?

—Mejor no te lo digo.

—¿Por qué?

—Porque no te va a gustar la respuesta.

Gina se puso en jarras y la encaró.

—¿Y por qué no me iba a gustar?

—Pues porque hay momentos para aceptar la verdad, y momentos para esquivarla. Tú estás en esta última fase.

—Y tú, Laura, ¿en qué fase estás? —se sumó su primo Rob a la conversación, que salió de la nada.

Entre su amiga española de la época de estudiante en Londres y su primo debía de suceder algo, así que Gina agradeció la interrupción porque así evitaba tener que responder a algo para lo que no tenía respuesta.

Y como a su parecer, Laura tenía una conversación pendiente con Rob, los dejó solos y fue a ver si su madre necesitaba su ayuda.

Como no la encontró, y dado que de pronto todo el mundo pareció darse cuenta de la ausencia de Manu, para no tener que responder se subió a lo alto del castillo y caminó sin rumbo por el camino de ronda de las murallas.

Así, como diría Miguel, mataba dos pájaros de un tiro: evitaba preguntas indeseadas y reflexionaba sobre las palabras de Laura.

¿En qué fase estaba ella? ¿Qué había presentido Laura? ¿Tal vez que la verdadera razón de que detestara a Miguel era porque en realidad le estaba empezando a gustar?

Menuda gilipollez… Miguel era todo lo contrario a lo que ella buscaba en un chico. Miguel no era dulce, ni tímido, ni gentil. Miguel no era calma; era tempestad. Y ella odiaba las tormentas.

«Qué patrañas te estás contando», le dijo una voz. Y como ella no quería tener conflictos, y menos internos, justo el día de la boda de su hermano, la acalló y deambuló hasta llegar a la torre.

Qué puñetera casualidad que Miguel se encontrara también allí, agachado haciendo vete tú a saber qué.

Debió intuir su presencia, porque se tensó y se puso rápidamente en pie.

—¿Me estás siguiendo, vaquera? —dijo sin mirarla, en tono enojado y avergonzado a partes iguales, como si hubiera sido pillado haciendo algo muy malo.

Gina resopló y lo miró con desdén. Iba a decir que justo lo contrario, que estaba huyendo de él, pero sería admitir que el español ocupaba sus pensamientos.

Y eso, jamás.

—No. Solo he venido al que hasta ahora era mi refugio.

Miguel se dio la vuelta muy lentamente hasta quedar frente a ella.

Jesús Santo… Mira que estaba guapo con ese traje, sin barba y con esos ojos que parecían querer comérsela.

Cruda. Entera. Sin escupir ni los huesos.

Miguel iba a decir algo, Gina nunca supo qué, porque apretó los labios con fuerza, así como los puños y, enojado, le dio la espalda y volvió a agacharse.

Gina cambió de postura para ver qué era lo que estaba haciendo.

Se estaba atando los cordones de sus zapatos.

Cuando concluyó la tarea, se levantó y miró sus pies con suma concentración.

Totalmente descolocada, e hirientemente ignorada, Gina carraspeó para llamar su atención.

Miguel en ese instante alzó la cabeza y la miró. Había rabia y angustia a partes iguales en sus ojos violetas.

—¿Qué? —escupió.

Gina se sobresaltó por su estampida, pero luego cuadró los hombros.

—Que si has terminado de hacer lo que fuera que estuvieras haciendo, márchate.

Miguel titubeó y dio un paso hacia adelante para obedecer, pero entonces se miró el pie y gruñó, al tiempo que se agachaba para reatarse los cordones.

Gina dio una patada al suelo, exasperada.

—Deja de hacerte el remolón y vete. Ahora soy yo la que necesita estar sola y esta es mi torre. Insisto: *mi* torre, no *tu* torre.

Miguel se levantó y miró de nuevo sus pies, como si comprobase que todo estuviera en su sitio.

—Ahora no es buen momento para peleas, Gina, así que te advierto que mejor seas tú la que se marche.

Gina se cruzó de brazos y alzó el mentón.

—No. Te vas tú.

Miguel, que había roto a sudar, comenzó a abrir y a cerrar las manos con frustración.

—Vete, por favor —insistió. Como habló entre dientes, de forma amenazante y los ojos entornados, Gina quiso dar un paso hacia atrás, pero se detuvo a tiempo y dio un paso hacia él.

Vamos, ni loca iba a permitir que la amedrentara.

—No —insistió a una pulgada de distancia de él.

Miguel miró su boca durante un segundo y luego buscó sus ojos. En su mirada violeta había una advertencia que la mujer ignoró.

Tal vez porque no quería ignorarla.

Tal vez porque quería ver hasta dónde llegaba él.

Tal vez porque, curiosa, quería descubrir qué era lo que le había enfadado.

Segundos después comprendió que debía de haber hecho caso al hombre y haberse marchado de la torre, porque tras un rugido animal, la tomó por la cintura, la atrajo hacia él hasta estamparla contra su pecho y apresar su boca, iniciando un beso tan salvaje como necesitado.

Sí, Gina, y probablemente Miguel también, comprendieron que habían necesitado ese momento, que era algo que, consciente o no, habían deseado desde que se vieron por primera vez. Que entonces sus almas habían hablado, pero ellos se habían negado a escucharlas y habían decidido poner freno.

Ahora, libres de barreras, Miguel devoró su boca con furia, con rabia, con desesperación, la misma que se apoderó de Gina, que, repuesta de la sorpresa y aceptando la realidad, le devolvió el beso, imponiéndose a él, que gimió y adelantó las caderas para buscar su calor, para que Gina viera cuán grande era su necesidad.

Su deseo.

Gina gimió, momento que Miguel, tras un rugido mitad victoria mitad derrota y con los ojos colmados de asombro, la empotró contra el muro y buscó con la mano su pecho, que apretó mientras se restregaba contra ella.

Gina no se amilanó y rodeó su cintura con una pierna para que el contacto fuera mayor.

Y fue justo en ese momento que Miguel se detuvo de golpe y, tras mirarla con mucho desconcierto, se apartó como si quemase.

Quizás lo hiciera. Ella se sentía tan caliente, tan atrapada en el fuego del deseo, que quizás se había convertido en una llama viviente.

Sin resuello, y asombrados por lo que acababan de sentir, estuvieron varios segundos mirándose a los ojos, buscando una calma que no llegaba y ahogándose en un deseo que empezaba a ser doloroso.

Fue Miguel quien cortó el contacto visual al cerrar los ojos para tragar saliva con fuerza.

Cuando los abrió, había furia y un poquito de odio en ellos.

—Te dije que te fueras. Te advertí que no era buen momento, Gina.

Gina no estaba dispuesta a aceptar la culpa, y en condiciones normales le habría rebatido, pero estaba tan perdida, tan envuelta en esa neblina de deseo no satisfecho, que solo pudo gimotear.

—Yo no quería que esto pasara. Mira lo que me has obligado a hacer —le escuchó decir, con tanta rabia, como si en verdad la culpable fuese ella.

Ofendida, Gina abrió la boca para decir algo, pero ante la imposibilidad de las palabras se acercó a él y le abofeteó.

—Pues para no querer que pasara, has puesto mucho ímpetu en el beso.

Miguel se recolocó la mandíbula y sonrió con engreimiento y tristeza al mismo tiempo.

—Perfecto. Ahora me odiarás… más.

Lo dijo con tanto dolor, mostraban sus ojos violetas tanta desolación, que Gina se ablandó.

Quiso decirle que no le odiaba. Que ni ella ni él habían sido culpables de lo sucedido. Si acaso, habían sido víctimas. Que no le podía odiar por haberle dado el mejor beso de su vida. Que tal vez un poquito sí, por haberle enseñado lo que era arder en deseo. Que tal vez un poco también por tener la certeza de que con nadie más volvería a sentirse tan… libre.

Tan viva.

Y quiso decirle muchas cosas más, probablemente tonterías acerca del amor a primera vista y sobre la atracción de los polos opuestos.

Pero no pudo decirle nada, porque él se marchó a la carrera y no volvió a verle, provocándole una furia descomunal al comprender que él se sintió tan culpable como para evitarla el resto del día.

Y del día siguiente.

Y de otro día más… hasta que se enteró de que había regresado a España.

En un avión de camino a España.

—¿Y esa cara, *fíu*?

Miguel dejó de mirar por la ventanilla del avión y fijó la vista en su abuelo.

—*Na, güelu*. Que estoy cansado, nada más.

Bermudo asintió y miró al frente mientras se ponía a hacer puñetas. Miguel le miró agradecido y volvió la vista a la ventanilla.

—Me gusta Escocia. Me recuerda a Asturias.

El abuelo no era un hombre que hablaba por hablar, y cuando lo hacía era porque tenía algo

importante que decir.

Siempre.

Por ese motivo, Miguel se puso en guardia y giró la cabeza para prestarle atención.

Bermudo ni lo miró, pero sonreía de oreja a oreja.

—Y el castillo me recuerda al Castillo de San Martin. ¿A que sí, Rosa?

La anciana rio por lo bajo y tomó la mano de su marido.

—El castillo de Colin *ye* más grande, pero sí, se parece.

—Sobre todo, la torre de homenaje —continuó el abuelo, provocando un respingo en Miguel, que entrecerró los ojos—. ¿Te acuerdas de la torre, Rosa?

—¿Cómo no me voy a acordar? —dijo la mujer con una sonrisa ensoñadora. Recostó la cabeza en el hombro de su marido y le acarició el pecho—. Fue allí donde *besasteme* por primera vez.

Miguel gruñó, al tiempo que se preguntaba si su abuelo le había estado espiando.

—Y cuando supe que eras la mujer de mi vida. —Le hizo una carantoña a su mujer y se volvió a mirar a su nieto—. ¿Quieres saber cómo lo supe? Porque la tierra tembló bajo mis pies.

—No aburras al muchacho, que le hemos contado esta historia un millón de veces.

¡Pues claro que se sabía la historia!

Era por ello, por su culpa, que Miguel había descartado a una chica tras otra, porque nunca había sentido nada como lo que había descrito su abuelo.

Hasta ahora.

Porque sí; todo su mundo se tambaleó tan pronto como apresó su boca.

Y aunque debería de estar contento por haber encontrado a la mujer de su vida, Miguel no lo estaba en absoluto, porque ella no era para él.

Ni él para ella.

Ni para nadie.



CAPÍTULO 5

¿CÓMO PASÓ?
¿Y dónde estás?, si habías prometido estar.
¿Dónde fue que dejaste esas ganas de intentar?
Y no logro entender si esto para ti es amar.
Dejarme con todo a la mitad.
Ela Taubert

Canal de Youtube Chaileag bhò
Aigantaigh
25 de julio del 2020
19:30 h.

«Morning, lassies.

¡Tengo una gran noticia que daros!

Acabo de llegar a Aigantaigh después de casi una semana ingresada en el hospital y me encuentro con esto.

¡Tachán! La plaquita de plata de Youtube.

¿A que es preciosa? Para preciosas vosotras, porque sin mis seguidoras no habría podido conseguirlo. ¿Os acordáis cuando empecé con el canal, animada por Ro? Jo, es que había días que no tenía ni una visita, pero de pronto ¡boom!, empezasteis a darme vuestro apoyo y mirad… Ya hemos sobrepasado los doscientos mil seguidores.

Esta placa se la da Youtube a los canales que alcanzan cien mil suscriptores, pero han tardado un montón en dármela, de ahí que ya hayamos duplicado la familia.

La verdad es que fue un acierto haberle hecho caso a Ro y presentarme a los Face Awards[9] de NYX, porque aunque no haya ganado, quedé finalista y conseguí un montón de nuevos seguidores.

¡Y saber que hace tan solo seis años no tenía ni idea de para qué servía el bronzer! Y si no es por Rocío, jamás me hubiera interesado por el maquillaje y así descubrir una pasión oculta.

Pero miradme, la aprendiz superó a la maestra y ahora soy yo la que la maquilla.

Claro está que Rocío tenía la sección de maquillaje para darle más versatilidad al blog, y ahora al fin lo ha dejado exclusivamente para las reseñas…

—Y ya, ni eso.

Esa que habla es Ro, que no sabe llamar a la puerta. ¡Di hola!

—Hiya.

¡Mírenla, si sabe hablar en gaélico!

—Es eso, o que tu hermano me pida el divorcio.

Pues no sé yo qué sería mejor… ¡Auch! Y este pequeñajo lleno de babas es mi sobrino. ¿A que es lo más bonito del mundo? ¡Ay, que al fin lo voy a tener todito para mí!

¿Egoísta? Sí, soy.

Lassies, los últimos días apenas le he visto porque como os dije al principio he estado ingresada, así que ahora tengo que recuperar el tiempo perdido. ¡Mirad cómo ha crecido!¡Ups! Pero no sé si es bueno que lo tenga en brazos…

—Anda y no exageres, que tampoco ha crecido tanto. Y por lo demás, pierde cuidado, que ya dijo el doctor que no tenías covid. Además, has estado en aislamiento.

Ay, sí. Lassies, qué susto. Resultó que la semana pasada me levanté con fiebre, y por miedo a contagiar a los demás, sobre todo a mi sobrino, que es el más vulnerable de todos, fui al médico y decidieron ingresarme por si era covid. Al final resultó ser una otitis, pero hasta que no han estado seguros, no han querido arriesgarse y me han mantenido aislada.

Que yo estaba totalmente de acuerdo, porque, vamos, si por mi culpa le pasa algo a mi sobrino, me tiro por un puente, os lo juro. Y no, Rocío, no exagero. Está más gordito, más sonrosado y más de todo. ¡Es que me lo como enterito!

Bueno, lassies, os dejo para darle todos los besos que me he perdido en este tiempo.

Beannachd leat!».

—¡Ay, el pequeñín de la tía! ¿Quién te quiere más que yo, eh? Nadie, ¿verdad? —Comenzó a hacerle carantoñas al niño tan pronto como apagó la cámara, entusiasmada por volver a tener al pequeño en brazos—. Podrás decir lo que quieras, Ro, pero lo cierto es que lo veo más grande.

Su cuñada sonrió con afecto.

—Eso son los aires de España que ha traído mi familia. Le han dado sobredosis de amor.

—Como para no hacerlo… —dijo apretujando al bebé contra sí. Este, lejos de molestarse, le dedicó una sonrisa que provocó que fuese Gina la que babease—. ¿Y qué tal están todos?

—Muy bien. Mis padres como siempre. Fueron muy precavidos y se cuidaron mucho, porque como estaban como locos por venir a conocer al bebé, no quisieron arriesgarse. Los *güelos* también están bastante bien, que eran quienes más me preocupaban, gracias a mi hermano, que se trasladó a Asturias para que ellos no tuvieran que salir de Piñera y así evitar que se expusieran.

Ante la mención del español, Gina se sonrojó levemente. Como fue consciente del rubor, y para que su cuñada no se percatara de él, apagó el aro de luz.

Gina quiso preguntarle a Rocío si Miguel también había venido con sus padres y sus abuelos.

O si, de haberlo hecho, había preguntado por ella.

Sin embargo, no dijo nada al respecto.

—Me hubiera gustado verlos —confesó con afecto—. Sobre todo a los *güelus*. Les tengo mucho cariño.

—Sí, ellos también a ti. No dejaban de preguntar si estabas mejor y si te daría tiempo a volver antes de que se marcharan. Una pena que el médico te haya dado el alta justo después de dejarles a ellos en el aeropuerto. Aunque, bueno, supongo que ahora que podemos viajar, y gracias al pequeño Bruce, tendrán más ocasiones de venir. O, si me apuras, te vienes con nosotros si vamos a España. ¿Te parece?

Gina sonrió a modo de respuesta y al tiempo que se levantaba.

—Bueno, ya he acabado aquí. ¿Vamos al gran Salón? —pidió.

Rocío, lejos de levantarse, negó con la cabeza.

—Tenemos que esperar.

Confundida, Gina volvió a ocupar la silla.

—Esperar ¿a qué?

—A Laura.

Gina parpadeó y miró a la puerta, como si esperase verla aparecer de un momento a otro.

—¿Por qué?

Rocío se puso muy seria.

Gina, en guardia.

—Porque tenemos que hablar contigo.

—¿De qué?

En ese momento Laura entró a la carrera y cerró la puerta tras ella.

—Ya estoy aquí. Siento la tardanza, pero me ha costado Dios y un triunfo escapar de Rob. ¡Qué ímpetu tiene ese hombre!

Rocío rio, pero Gina solo pudo sonreír al tiempo que se sonrojaba.

Todavía le desconcertaba la facilidad con la que sus amigas hablaban de sexo, sin tapujos y sin medias tintas.

¡Con lo discreta que era ella!

—Espera a quedarte embarazada. Ahí sí que se ponen en plan salidos.

Como Laura sonrió con malicia, Gina comenzó a dar saltos de alegría.

—¡¿Estás embarazada?!

Laura agrandó mucho los ojos, pero luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Ni de coña!

Perpleja, Gina miró a sus amigas alternativamente.

—¿No es esa la noticia que queréis darme? Y entonces, ¿de qué queréis hablar conmigo?

Laura y Rocío compartieron una mirada cómplice, la risa abandonada para afrontar una conversación que, según intuyó Gina, no tenía buena pinta.

—De Manu —soltó Rocío sin más.

No, en efecto; no tenía buena pinta.

Roja de indignación, se puso tensa y se miró las manos, enlazadas sobre su regazo.

—¿Qué pasa con Manu?

Se escuchó un suspiro y un carraspeo.

—Pues que debes de hacer algo, Gina —fue Laura la que habló.

Gina se atrevió a mirarla y luego a Rocío. Esta se mostraba enojada. Laura, en cambio, triste.

No supo determinar cuál de las dos la cabreó más. No necesitaba ni que la tratasen como

una niña a la que proteger, ni la lástima de nadie.

—No sé a lo que os referís —mintió.

Laura y Rocío compartieron una mirada. Fue esta última la que habló. No fue nada amable.

—Pues que ya es hora de que tome una decisión. Lleva un año yendo y viniendo y mientras a ti se te va la vida. No se puede llevar una relación intermitente, Gina.

—Es que tuvo un problema familiar —lo excusó Gina con fervor—. Y luego le pilló la pandemia en España y hasta ahora no se ha podido viajar.

—Exacto, hasta ahora —confirmó Rocío—. Pero ¿dónde está? Porque no le veo por ningún lado.

—No seas sarcástica —amonestó a su cuñada, ahora enfadada del todo—. Supongo que esperará un tiempo a que sea menos peligroso viajar.

Rocío pegó un respingo.

—¿Me estás llamando irresponsable?

Gina se encogió por su estallido y la miró sin comprender.

—No he hecho nada ni remotamente parecido.

—Al defender a tu novio, has insinuado que yo he expuesto a mi hijo al permitir que mis padres vengan a conocer a su nieto.

—Lo siento, no quise decir eso. Es solo que…las cosas llevan su tiempo.

Rocío negó con la cabeza.

—Mira lo que han hecho mis familiares: les ha faltado tiempo para venir a ver a sus seres queridos en cuanto han quitado las restricciones.

—Lo que Rocío quiso preguntarte —intervino rápidamente Laura, en un tono paternalista que trataba de templar los ánimos—, es sobre los planes que tiene Manu de futuro, al margen de la prisa que se dé en volver para verte.

Gina la miró y parpadeó un par de veces.

—Supongo que… No sé. Cuando las cosas vuelvan a su cauce, retomaremos el punto exacto en el que estábamos.

—¿Cuándo, Gina? ¿Cuánto tiempo más tendrás que esperar?

Gina se encogió de hombros.

—Lo que haga falta. No puedo ser egoísta tal y como están las cosas. No puedo presionarle.

—Pero tampoco debes vivir una relación intermitente.

—A distancia, Rocío. No es una relación intermitente, sino a distancia.

Rocío y Laura volvieron a compartir una mirada mientras suspiraban con pesar y cansancio.

Rocío le tomó la mano y se inclinó un poco hacia ella.

—Mira, cuando supe que Manu era músico me sentí muy alarmada por mi experiencia personal, pero luego vi que no era de esas personas que quieren hacerse un sitio en ese mundillo, sino que era alguien muy maduro, muy cabal, con los pies en la tierra y las cosas muy claras.

—Era, no. *Es* —precisó Gina—. Sigue siendo así.

Laura negó con la cabeza.

—No está actuando así. Está siendo muy egoísta, Gina. Queremos que, al menos, veas la realidad. Y si luego decides seguir defendiéndolo, pues ya es cosa tuya. Pero nosotras somos tus amigas y vemos las cosas desde fuera.

—Y es nuestra obligación abrirte los ojos.

Asustada y acorralada, Gina se encogió en el asiento y, por primera vez, dejó hablar a sus amigas.

Porque lo cierto era que ya habían sido unas cuantas veces en las que estas, con mucho

tacto, habían tratado de sacar el tema, pero ella, terca, lo había evitado.

Tal vez por miedo a escuchar algo para lo que no estaba preparada.

Tal vez para impedir que la realidad le diera un guantazo.

Las españolas, al ver que Gina por primera vez estaba receptiva, comenzaron a hablar. En esta ocasión, no tuvieron tacto, ni fueron comedidas.

Fueron directas, tanto que asustaba. Y dolía, vaya. Dolía mucho.

—Rocío ha usado bien el tiempo verbal, Gina —comenzó a hablar Laura—. Manu era el novio perfecto. Pero hubo un punto en el que la cosa cambió, exactamente desde que volvió a España la primera vez, hace un año.

—Desde mi boda —concretó Rocío—. A partir de entonces, ha sido un ir y venir sin motivo alguno, hasta que al final tal parece que se va a quedar allí.

—Sí tenía motivo —confesó Gina, aunque lo hizo sonrojada, porque la explicación que al fin le dio Manu no había sido muy convincente. Al menos, para ella—. Sus padres… Bueno, sus padres se separaron y… Vaya, que su madre tuvo una crisis nerviosa y…

Laura y Rocío se echaron hacia atrás y la miraron de hito en hito.

—Espera, ¿estás diciéndome que Manu te ha dejado un poquito de lado porque sus padres, adultos, tuvieron un problema marital y su madre, adulta, no ha sabido gestionarlo? —preguntó Rocío con escepticismo.

—Mujer, fue más que un problema marital. La madre se enteró de que tenía más cuernos que mis vaquitas. Es normal que entrara en depresión. Y por supuesto, es completamente loable por parte de Manu que haya querido darle apoyo moral.

Laura agitó la cabeza.

—Vale, se acepta que durante los primeros meses de «duelo», Manu quiera ayudar a su madre, ser su pilar. Pero ya ha pasado un año, Gina. Es tiempo suficiente para que se haya hecho a la idea. Como dice Rocío, son personas adultas que tendrían que gestionar esos problemas.

Gina bufó, porque no podía rebatir eso.

—Ya, pero como echó al marido de casa cuando se enteró, este se vengó no pasándole ni un euro. Por eso Manu tuvo que volver a España, no solo para cuidar a su madre, sino para ayudarla económicamente hasta que tengan la sentencia de divorcio y ella obtenga una paga. Ahora Manu tiene dos trabajos; como informático y como camarero. A veces incluso más, si le sale alguna actuación.

Rocío y Laura gruñeron por lo bajo. A Gina no le gustó la mirada que compartieron, esa que delataba a la conclusión que habían llegado; la mismita a la que había llegado ella tiempo atrás, pero que se negaba a creer: que la madre se estaba aprovechando de Manu.

Gina no la conocía en persona, ni siquiera cuando el pasado febrero viajó a Sevilla de forma exprés para pasar juntos el día de los enamorados.

Ya entonces le extrañó que Manu, lejos de invitarla a la casa familiar, reservara una pensión (ni siquiera un hotel), alegando que su madre no estaba aún preparada para recibir visitas.

«Pero no soy una visita cualquiera, Manu. Soy tu novia», le puntualizó ella.

Manu no dio su brazo a torcer y fue cuando, un poco obligado por las circunstancias, le contó el problema que estaba atravesando su familia.

Fue justo en ese momento cuando Gina comenzó a plantearse que tal vez Manu no iba tan en serio en su relación como ella. Que quizás no es que Manu fuese reservado en lo referente a su familia; es que no quería que Gina se involucrase, que no quería que la conociesen. Como si no existiera. O como si no fueran nada… Y dado que esa explicación no le gustó, se inventó que en realidad su madre era una arpía que estaba aprovechando su separación para que su hijo, su

único y adorado hijo, volviera a casa.

Esto tampoco le hacía tener la conciencia tranquila, así que, cual avestruz, Gina había escondido la cabeza para no ver el verdadero problema: su relación no iba del todo bien.

Para eso estaban ahí Rocío y Laura, para obligarle a sacar la cabeza del suelo.

—Vale, tiene justificación —aceptó Laura—. Y luego vino la pandemia y los encerraron. Hasta aquí, todo correcto. Pero ¿y ahora? ¿Qué planes de futuro tiene Manu?

—Eso es justo lo que nos preocupa, Gina —continuó Rocío—. Que os quedéis estancados en una relación a distancia, que ni avanza ni retrocede. Y los años pasan, peque. Y muy deprisa. —Miró al suelo con tristeza—. Lo sé por experiencia. Desperdicié diez años de mi vida solo por dejarme llevar, por esperar que las cosas cambiaran y que él pusiera algo de su parte. Diez años, Gina. Para nada.

Gina sintió que se ahogaba, porque vio la raíz de su problema en los ojos tristes de su cuñada.

No, ella no quería eso. Ella no debía permitir que eso sucediera.

No, Gina no iba a desperdiciar ni un solo día más de su vida. Y aunque tuviera que hacer una locura, iba a poner toda la carne en el asador.

Y que fuera lo que Dios quisiera.

Madrid
Piso familia Alonso
20:30 h.

—Ay, qué bien me ha venido este viaje —dijo su madre dejándose caer en el sofá con un largo suspiro de satisfacción y los ojos colmados de amor—. Ya tengo ganas de volver.

—Y yo —coincidió su padre con una enorme sonrisa de afecto. Miró al *güelu* y le guiñó un ojo—. Qué razón tenías, padre, al decir que a los nietos se les quiere mucho más que a los hijos.

—Oye… —protestó Miguel cruzándose de brazos.

—*Ye* mentira, *fíu* —se acercó rápidamente la *güela* para darle mimos a su nieto favorito—. El cariño *ye* infinito. Hay sitio para todos.

—Sí, pero con algunos se tiene más afinidad que con otros —intervino el *güelu* mientras recolocaba un cuadro torcido—. Bah, a quien quiero engañar… A ti te quiero más que a tu padre.

—Oye —protestó este, de forma tan similar a la de su hijo que todos rieron.

—Y hablando de cariños, qué buena gente es la familia de Colin, ¿a que sí? —dijo su madre —. Rocío ha tenido mucha suerte. Se ve que la quieren mucho.

—Es que nuestra Ro es un amor —habló el padre con orgullo.

—La que también es un amor es Gina —señaló el *güelu*. Como lo miró de reojo, Miguel se puso en tensión—. *Ye* una pena no haberla visto.

Todos asintieron ante las palabras del patriarca.

Todos menos Miguel, porque no, no había sido una pena.

Había sido una bendición.

Aunque su corazón dijera lo contrario.



CAPÍTULO 6

NO MIRES ATRÁS
Ella se fue en silencio.
No se atrevió a decir adiós.
Un tren de media noche,
a cualquier parte la llevó.
Sangre Azul

Instastories @Chaileagbhò
Urb. Santa Clara, Sevilla.
Miércoles, 29 de julio 2020
19:00 h.

«Vale, lassies, lo confieso: me ha salido el tiro por la culata.

Corría este riesgo, lo sé. Era muy consciente de que algo pudiese salir mal, ¡y vaya si ha salido!

No sé qué ha sido peor; descubrir una mentira, o confirmar una verdad.

Así que aquí ando, con cuarenta grados a la sombra, en una ciudad desconocida y más sola que la una…

Sin saber qué hacer. Ni por dónde tirar ahora.

Ay, Dios. No sé qué hacer… De verdad que no sé qué hacer…»

Gina estaba agotada, física y mentalmente.

En su descabellado plan de encontrar respuestas, así, a lo loco y sin paracaídas, no había

previsto todas las trabas con las que se encontraría, y cada minuto que pasaba se arrepentía de haber tomado una decisión tan loca.

Sí, había sido una locura presentarse en España como pollo sin cabeza, sin un itinerario. Sin un plan. Solo tomar un avión, plantarse en Sevilla y exigir a su novio una respuesta.

Así, a bote pronto, parecía lo más sencillo del mundo.

No lo fue en absoluto, porque tal parecía que el destino se empeñaba en ponerle la zancadilla a cada paso que daba.

Tal vez debería de haber hecho caso a Rocío y haber esperado unos días para planearlo todo bien, pero como Gina quería acabar cuanto antes, decidió ir un poco a la aventura.

Craso error.

Uno no puede presentarse en un país extranjero sin prever los contratiempos, que fueron muchos y muy malos.

El primero fue que el avión llegó con retraso a Madrid, por lo que no pudo coger el tren a Sevilla de las 12:30 h. Para los dos siguientes no encontró billete porque estaban agotados, así que no le quedó más remedio que comprar el de las 15:00 h.

Gina aprovechó la espera para cambiarse de ropa, porque había salido de casa cerca de las cinco de la mañana y a esa hora en Escocia la temperatura era muy baja.

Y sí, era cierto; había mucho contraste con España, como pudo comprobar cuando fue al baño y descubrió que estaba empapada en sudor. Y eso que en Atocha había aire acondicionado… No quería saber el calor que haría fuera.

Debido a la demora no llegó a la estación de Santa Justa en Sevilla hasta cerca de las seis de la tarde.

El día anterior, mientras preparaba el equipaje de mano, Rocío le recomendó que metiera prendas ligeras, porque en Sevilla hacía mucho calor.

Eso era falso. En Sevilla, a las seis de la tarde en pleno verano, no hacía calor: era el puto infierno. Tantísimo calor hacía, que sintió que los pulmones le ardían y que, de nuevo, rompía a sudar.

Pensó en meterse en un bar para refrescarse y cambiarse nuevamente, pero estaba tan ansiosa por ver a Manu que descartó la idea y fue directa a su casa.

Encontrar un taxi a esa hora fue toda una Odisea, porque las calles parecían estar desiertas. Alguien le dijo muy amablemente dónde quedaba la parada de taxis, así que fue hasta allí.

Por desgracia, fue a un extremo de la cola, y un taxista le indicó que debía ir justo al otro lado para llevar un orden.

A Gina se le quitaron las ganas de tomar un taxi, pero esa opción, ya que estaba allí, era mucho mejor que ir en transporte público. Ya no tanto por el calor, que sí, sino porque tenía miedo a equivocarse de autobús y aparecer quién sabía dónde.

Gina sabía dónde vivía Manu porque una vez ella le pidió la dirección, alegando que si sucedía algo ella tendría donde encontrarle. Su novio se mostró un tanto reticente, y Gina lo achacó a que se sentía avergonzado, pues, según él, provenía de una familia muy humilde y puestos a hacer comparaciones él salía perdiendo, porque la familia de Gina tenía cierto estatus económico, castillo incluido.

Ella nunca le había dado importancia a ese hecho. El castillo y todo el patrimonio pertenecía a Colin, y ella se sentía agradecida por tener un techo donde dormir y un trabajo que le apasionaba. No necesitaba nada más, como se empeñaba en decirle a Manu, que aseguraba que a su lado se sentía inferior.

Menuda mentira…

Gina lo descubrió mientras el taxista conducía por una calle amplia, limpia y lujosa.

«Muy lujosa», se dijo, perpleja al ver las villas.

Sí, sí; villas, no casas. Ni siquiera modestos adosados. No, ahí olía a dinero que apestaba.

—Hemos llegado —anunció el taxista.

Alarmada, Gina miró la casa frente a la que se había detenido y luego al espejo retrovisor, donde se encontró con la mirada del taxista.

—¿Seguro? ¿No se ha equivocado?

—Seguro. Ha dicho calle Don Juan en Santa Clara, ¿no? —Gina asintió y el hombre pulsó el taxímetro—. Son ocho con cincuenta.

Gina le dio un billete de diez euros, pero no esperó a que le diera las vueltas, sino que se bajó y miró el portón de la casa.

—¡Gracias! —escuchó gritar al taxista antes de marcharse.

Gina no se despidió de él. Estaba tan impactada, que temió por un segundo que Manu le hubiera dado una dirección falsa.

Antes de tocar el timbre, sacó el móvil y decidió llamarle para asegurarse y no hacer el ridículo. Para eso, y para avisarle de que estaba allí por si se le ocurría volver a mentir, pero tenía el teléfono apagado.

Cada vez más furiosa, se dispuso a mandarle un wasap. Aguardó diez segundos, veinte, treinta… y hasta dos minutos, los más largos de su vida, para comprobar que no le llegaba el mensaje.

Gina había contratado antes de salir datos para el extranjero, así que el problema residía, a lo mejor, en que allí la cobertura no era buena.

No se tragó su propia mentira, porque una zona como esa era impensable que tuviera problemas de conexión.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pidió una chica joven.

Tenía rasgos latinos, probablemente de origen peruano, una sonrisa muy bonita y una bata ligera de color azul que delataba su profesión: era chica de servicio doméstico.

Llevaba una bolsa con verduras en una mano y una ristra de llaves en la otra.

Gina la miró y luego al frente.

—Busco a… Manuel —dijo en español.

La joven pegó un respingo.

—¡Ah, al señorito! Venga, venga, pase —pidió abriendo la puerta de acceso a la villa—. Llamaré a su madre.

Gina la siguió con el ceño fruncido conforme atravesaba el jardín, cuidado con mimo. Ese jardín no se cuidaba solo, y el coste de mantenerlo debía de ser desorbitado, como también debía serlo el servicio de limpieza, a juzgar por los grandes y lustrosos ventanales de la mansión.

—¿Él no está? —preguntó a la chica solo para no escuchar a esa voz que le decía que había sido engañada.

—No —respondió la chica conduciéndola hasta la puerta principal. De pronto, pareció titubear—. Espere aquí. Llamaré a su madre.

Gina la vio desaparecer tras la puerta y se quedó allí, de pie, incómoda y un tanto perdida en el porche.

Se sintió muy estúpida mientras esperaba, porque no sabía qué pensar. Al menos Manu no la había engañado en cuanto a la dirección. En cuanto a sus orígenes era otro cantar. Pero ¿por qué? ¿Tal vez porque le había dado miedo que ella estuviera con él solo por su dinero?

Pero, caramba, llevaban seis años juntos, tiempo suficiente para comprobar que ella lo

quería por encima de todas las cosas. Entonces, ¿por qué no le había dicho la verdad? ¿Qué ocultaba su novio?

Gina pegó un respingo cuando cayó en la cuenta de otra cosa más importante.

¿¡Por qué le había dicho que tenían problemas de dinero!? ¿Tal vez para justificar su estancia en España? Pero, si era así, ¿quería decir que había otro motivo para no volver a Escocia?

No pudo seguir divagando, porque entonces la puerta se abrió para dar paso a la mujer más espectacular que habían visto sus ojos.

Pasaba de los cincuenta, pero muy bien llevados, como todo el que tiene dinero y lo invierte en sí mismo. Era morena de pelo rizado, como el de Manu, y ojos brujos negros que la miraron con desdén. Incluso con desafío.

A su lado, Gina se sintió como un molesto insecto, con su vestido de flores arrugado y sudado, sus zapatillas deportivas con las que se le estaban cociendo los pies, el pelo encrespado y el maquillaje echado a perder desde que se bajó del tren.

La mujer, en cambio, iba impecablemente vestida con un traje de lino blanco, probablemente de afamado diseñador, unas sandalias doradas a juego con todas las joyas que llevaba encima, desde la gargantilla hasta el brazalete.

Y olía… ¡Qué bien olía! A algo dulce y… caro. Muy caro.

Sí, apestaba a dinero.

Y a maldad.

Gina lo supo cuando, después de mirarla de arriba abajo con desprecio, enarcó una ceja.

—¿Qué desea?

Lo dijo con tanta frialdad, que Gina sintió flaquear. De pronto tuvo muchas ganas de llorar, de echar a correr y no detenerse hasta llegar a las h*ighlands*.

Laura había tenido razón: tenía que haber estado preparada para lo peor.

Sí, echar a correr habría sido lo más sensato, pero Gina tenía algo que muy pocas personas sabían que tenía, ella incluida: orgullo.

Mucho orgullo.

Y cabezonería.

Muuucha cabezonería.

Había ido allí por un motivo, y hasta que no lograse su objetivo no se iba a dar por vencida.

—Buenas tardes. Estoy buscando a Manu.

—Sí, ya me ha dicho la panchita. —Gina intuyó que se refería a la chica de servicio, pero lo dijo de una forma tan despectiva que supo que era un insulto más que un apodo—. ¿Para qué lo busca? ¿Quién es usted?

Gina titubeó por la forma arrogante con la que hablaba, como si ella fuera una reina y los demás simples sirvientes.

Lo llevaba claro…

«Recuerda que es la madre de tu novio», se recordó para aplacarse.

—Soy Gina —se presentó, pero como ese nombre no le dijo nada a la mujer, que ni se inmutó, sintió flaquear. Al final sus sospechas eran ciertas y Manu no había hablado de ella a su familia—. Y tengo que verle con urgencia.

La mujer volvió a mirarla de arriba abajo y entrecerró los ojos.

—¿Eres… amiga suya?

Como la escocesa sabía que el español era muy difícil y que una misma palabra podía tener muchos significados, deseó que *amiga* fuera lo mismo que *novia* en este contexto.

—Sí.

La mujer suspiró y se cruzó de brazos.

—¿Inglesa?

Gina parpadeó. Sí, la mujer era única para insultar… Pero como ese detalle no tenía por qué saberlo, decidió no tomarlo a mal. Eso sí, la sacaría de su error.

—Escocesa —precisó.

—Y pecosa —dijo en tono de burla y por lo bajo.

Y no, esto no era una apreciación de una atractiva y atrayente peculiaridad física, como le había dicho Miguel.

Esto era un insulto.

Con un bufido, Gina se obligó a guardar la compostura.

—¿Puedo hablar con él? —solicitó.

La mujer negó con la cabeza. Gina no supo qué pensar del hecho de que esbozara una sonrisa victoriosa.

—Estarán fuera durante todo el fin de semana. Creo que no volverán hasta el martes, tal vez el jueves… A saber.

Gina parpadeó, porque se percató de que había hablado en plural. Más que hablar, había incidido en ello.

No se atrevió a preguntar, así que se cuadró y la miró a los ojos.

—¿Podría decirme dónde? Necesito hablar con él. —La mujer volvió a negar. No, no se lo estaba poniendo nada fácil—. ¿Y un teléfono? Le he llamado al suyo pero tiene problemas de conexión.

En esta ocasión, la mujer asintió.

—Eso es porque en la finca no hay cobertura. Ni teléfono —advirtió.

Gina ignoró la mentira y suspiró.

—Esperaré. —Los ojos de la mujer refulgieron de puro odio, pero sonrió. Sonrisa falsa donde las hubiera, pero por lo menos no echó fuego por la boca ni rayos por los ojos, como cabría esperar de un demonio como ella—. Si es tan amable, cuando vuelva, ¿podría decirle que me llame? Soy Gina. Su… novia —dijo la palabra exacta en español.

La odiosa mujer sonrió con maldad antes de cerrarle la puerta en las narices.

Gina se quedó un momento más allí, parada como una imbécil frente a la puerta cerrada, dudando entre gritarle cuatro frescas, derribar la puerta y saltarle a golpes o darse media vuelta y esperar a que su novio tuviera cobertura y leyera sus mensajes, porque de su *suegra* no se fiaba ni un pelo.

Ahora bien; hasta ese momento, ¿qué haría ella? ¿Debía regresar a su hogar? ¿O debía quedarse?

Decidió quedarse en España y esperar, pero ¿dónde?

Sintiéndose muy tonta, pero sabiendo que era necesario, se vio obligada a hacer una llamada.

Porque cuando hay tanto ruido en tu cabeza que te impide pensar, lo mejor es escuchar a una voz que se alce sobre todo lo demás.

Y esa voz era la de Rocío.

Casa Alonso.
Piñera, Asturias.
19:30 h.

—¿Quién *ye*? —preguntó Bermudo.

Rosa colgó la llamada y miró a su esposo.

—*Ye* Rocío. Quiere que le hagamos un favor.

Asustado, Bermudo corrió hacia su mujer.

—¿Ha pasado algo?

La mujer asintió y procedió a contarle a su esposo lo que había hablado con su nieta.

Cuando concluyó, se extrañó cuando Bermudo comenzó a reír por lo bajo.

—Bien, bien —estaba diciendo frotándose las manos.

Rosa puso los brazos en jarras.

—Ya me dirás por qué estás tan contento.

Bermudo no contestó. Fue hasta la mesa y alineó los cubiertos. Luego, sonrió cuando escuchó pasos en el recibidor.

—Ya te contaré, *muyer*. Ya te contaré…



CAPÍTULO 7

SOMEWHERE OVER THE RAINBOW
Somewhere over the rainbow, skies are blue
And the dreams that you dare to dream really do come true.
(En algún lugar sobre el arco iris, los cielos son azules
y los sueños que te atreves a soñar realmente se hacen realidad).
Pink cover

Instastories @Chaileagbhò
Piñera Riba (Asturias)
Jueves, 30 de julio 2020
12:40 h.

«¡¡¡Adivina dónde estoy!!!!

Aquí vendría de perlas ese meme, porque, ufff, esto es la gloria. Por algo dicen que Asturias es el paraíso, y no me extraña, con tanto verde, tantas montañas, el olor a tierra mojada…

Lassies, no es la primera vez que vengo a Asturias, porque cuando Colin se empeñó en venir para recuperar a Ro yo le acompañé, pero, jo, el paisaje es tan impactante como la primera vez que lo vi.

Pero lo mejor de todo es que siento que he regresado al hogar.

Yo no sé si es por el parecido con mi tierra, o porque sé que los güelus me acogerán como si fuera su nieta de verdad. Ellos siempre me han querido mucho. Después de todo, ahora somos familia.

¡Y qué gran familia!

Mirad, ya se ve desde el taxi la casa, esa de piedra con parte de la fachada de color rojo teja, que será durante los próximos días mi hogar.

Y esa que está esperando en la puerta, la persona encargada de mimarme…»

Asturias la recibió con sol y una ligera llovizna, como si pretendiera limpiar lo malo e iluminar el camino.

El arcoíris que coronaba el cielo fue para Gina un presagio de buena suerte.

A eso se aferró para no pensar en el infernal trayecto hasta llegar al Edén.

El trayecto de Sevilla a Mieres, en Asturias, fue de siete horas en tren, con intercambio en la estación de Atocha, en Madrid.

Rocío, después de que Gina le contara todo lo que había sucedido, estimó que lo mejor era que saliera de Sevilla cuanto antes, así que ella se encargó de todo: desde pedirle un úber que la recogiera en Santa Clara para llevarla a la estación de Santa Justa, comprarle los billetes de tren y reservarle una habitación en Madrid donde pasar la noche, porque Gina no llegaría a tiempo a Atocha para tomar el último tren a Mieres.

Podría haber pernoctado en Sevilla, pero Laura, más lista que el hambre, dijo que allí lo pasaría peor, porque no dormiría en toda la noche y la falta de sueño, la desesperación, la incertidumbre y el dolor le podían llevar a hacer una tontería.

Como, por ejemplo, presentarse de nuevo en casa de Manu y obligar a esa arpía a que le diera la dirección de la finca donde estaba Manu y tener con este una conversación muy seria.

Sí, Laura y Rocío la conocían muy bien, por eso decidieron alejarla lo máximo posible de la tentación.

Ya en un hotel cercano a la estación de Atocha, Gina se dispuso a pasar la peor noche de su vida, entre tantas vueltas como dio por estar en cama ajena, sola y con la cabeza a punto de estallarle de tanto pensar. No fue hasta cerca de las cinco de la mañana que no agarró el sueño, y solo porque pesó demasiado el cansancio físico y mental. Claro que la pastilla que al final se tomó para dormir también contribuyó a que por fin Morfeo hiciera acto de presencia.

Tan reventada estaba, tanto le afectó el somnífero, que si no hubiera sido porque Rocío al contratar la habitación había solicitado servicio de despertador, Gina habría perdido el tren.

¿Se podía tener una mejor cuñada?

No. Ni en un millón de años.

Y no solo por eso; la llamaba a cada rato y hablaban de tonterías, o le hacía una videollamada para que viera al pequeño Bruce, en ese momento la única alegría de Gina, lo único que le arrancaba una sonrisa y lograba que olvidase sus problemas y sus ganas de llorar.

Porque sí; quería llorar. De rabia, de dolor, de impotencia... de todo.

A Gina no le daba miedo la ruptura. Casi que, visto lo visto, estaba preparada para ella. Lo que no llevaba bien, lo que la mantenía en vilo, era no saber en qué punto estaba su relación; la puñetera incertidumbre, que dolía como mil demonios.

«El amor no tiene por qué doler», recordó, inapropiadamente, las palabras de Miguel.

¿No? Tal vez.

Quizás lo que dolía era el desamor, la falta de él.

El acabose.

¿En ese estado estaba su relación? ¿Por qué tenía que depender su felicidad de lo que Manu decidiera hacer con su vida? ¿Tan apegada estaba a él que era incapaz de vivir la suya al margen de él?

¿Y por qué sentía que, conforme el tren avanzaba, le quería un poquito menos?

Agradeció que el megáfono anunciara la llegada a Mieres, porque presintió que iba a entrar de nuevo en bucle e iba a atormentarse con un millón de interrogantes para los que no tenía

respuesta inmediata.

Lo mejor era enfrentarlos a su debido tiempo.

Ahora no. Ahora era momento de esperar y de dejarse mimar mientras lo hacía.

¡Y vaya si la mimaron!

Gina tenía su carácter, pero por norma general si no se sentía atacada o furiosa (algo que solo le había pasado con un indeseable de cuyo nombre no quería acordarse), era humilde y muy tímida, tanto que a veces podía llegar a parecer fría y distante cuando saludaba a la gente.

No fue el caso aquel mediodía, cuando al apearse del taxi vio bajar por la cuesta empedrada a Rosa, las manos extendidas para recibirla y una sonrisa calcada a la de Rocío; sonrisa sincera y cálida donde las hubiera.

—¡No corra! —advirtió Gina, apremiándose a ir a su lado.

—¡Ay, ay, mi *guaja*! ¡Qué alegría verte! —dijo Rosa cuando Gina llegó a su lado, olvidando todo formalismo porque entre familiares no eran necesarios, y abrazándola con fuerza por la cintura.

Gina, con un nudo en la garganta por la emoción y haciendo esfuerzos titánicos para no echarse a llorar, al principio se dejó abrazar, pero luego se contagió de la efusividad de la mujer y la abrazó a su vez, dejando que su contacto entibiara su corazón y que sus besos húmedos curasen las heridas del alma.

—Aquí le dejo la maleta —les interrumpió el conductor del úber que la trajo al paraíso.

Gina se deshizo del abrazo de la *güela* y se volvió a mirar al hombre.

—Gracias. ¿Le debo algo?

El hombre negó.

—Se gestionó por la aplicación. ¡Que disfrute de la tierrina! —se despidió.

Gina movió la mano, pero tan pronto como el hombre se montó en el coche se volvió hacia la *güela*.

—¿Y Bermudo?

—*Ta riba*, en el *prau* con *les vaques*. Ya lo verás luego, que ahora *tes* que descansar.

Como Gina no entendió nada, siguió a la anciana, que había empezado a subir la cuesta y hablaba… ¡cuánto hablaba esa mujer!

«Mejor», se dijo. «Así no pregunta…»

—¿*Tas meyor*? —preguntó tan pronto como traspasaron la puerta principal.

Gina la miró sin comprender y alzó las manos a modo de disculpa y negando con la cabeza.

La buena mujer se dio un golpe en la frente con la mano.

—Ay, olvídeme que no hablas *asturianu*. Como hablas tan bien el español… Te preguntaba si estás mejor —repitió, despacito y vocalizando. Y un poco a gritos también.

En esta ocasión, Gina si la entendió a la perfección, pero hubiera preferido no haberlo hecho, porque ¿qué responder?

No, no estaba preparada aun para el tercer grado, así que se encogió de hombros.

La mujer le quitó la maleta y, como si no pesara, atravesó la cocina y subió unas escaleras mientras seguía hablando.

—Yo una vez tuve una infección de oídos —estaba diciendo, por lo que Gina suspiró aliviada mientras la seguía—. Qué noche pasé. Qué dolor. Pero mejor que haya sido eso y no *covid*.

—Mucho mejor —coincidió Gina—. No sabemos las… las… ¿secu… secu…?

—Secuelas —ayudó la anciana entrando en el dormitorio al final del pasillo.

—Eso, secuelas… ¡Oh, qué bonito tapiz! —dijo admirando la obra de arte que había

colgada en un lateral.

—¿*Prestote*…? Digo, ¿te gusta?

—¡Mucho!

La *güela* compuso un gesto engreído y dejó la maleta en el suelo al lado de un pequeño armario.

—Lo hice yo. Es macramé. Si quieres, te enseño.

—Me gustaría mucho, *donia* Rosa.

—Nada de *donia* Rosa —corrigió la anciana—. Llámame *güela*.

—*Güela* —repitió Gina con una tímida sonrisa.

La anciana suspiró y, tomando su mano, la obligó a sentarse en la cama.

—Hablemos. Y ahora, en serio, ¿cómo estás?

En otras circunstancias, en otro momento y en otro lugar, Gina habría respondido con una evasiva. Pero entendía que, como invitada, debía una explicación a la mujer, al margen de lo que le hubiera contado Rocío.

Además, y para su asombro, descubrió que tenía muchas ganas de hablar, de sacar todo lo que tenía en su interior; de abrirse a alguien que no conociera a Manu, ni siquiera a ella en el fondo, y que pudiera darle una visión objetiva.

—He hecho una tontería, *güela*.

La anciana asintió para animarla a que continuara y le tomó la mano, que acarició con mimo. La joven suspiró por la calidez del contacto.

Y así, de pronto, le contó todo. Lo bueno, lo malo, las dudas… Cosas que no sabía ni que guardaba dentro, como la rabia de que no reconociera su trabajo, o que nunca sacase el tema del futuro.

Habló tanto, y lloró tanto en sus brazos, que al cabo de un tiempo se sintió derrotada.

La anciana lo presintió, porque la besó en la frente y se levantó.

—Mejor descansa. Ahí tienes el cuarto de baño por si quieres asearte. Yo voy a terminar de hacer la comida. Cuando estés lista, te esperamos abajo. Pero solo cuando estés lista, ¿eh?

Gina le regaló una sonrisa triste, pero abrió grandes los ojos cuando la anciana se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza.

—Verás cómo mis guisos te quitan el mal de amores —susurró antes de marcharse.

Gina, ya a solas, resopló y se dejó caer en la cama.

Al segundo, dormía plácidamente.

Casa Alonso
13:30 h.

Bermudo subió las escaleras, despacio para no hacer ruido.

Esquivó el último escalón, a riesgo de partirse la coronilla, porque era el que más crujía.

Se felicitó por la agilidad pese a sus ochenta años, y caminó de puntillas hacia la habitación del fondo.

La puerta estaba abierta y el cuarto apenas iluminado por la luz que se colaba por la rendija

de la ventana a medio cerrar. Tan solo se escuchaba el leve y relajante sonido de una respiración, procedente del bulto que, encogido sobre sí mismo, estaba sobre la cama.

Pero no fue a ese bulto al que Bermudo miró.

No, el buen anciano no escudriñó ese rostro, sino el perteneciente a otro bulto, que, sentado al borde de la cama, contemplaba ensimismado al primer bulto.

Un rostro serio, con rictus perplejo y mirada anhelante.

Un rostro engalanado con el pelo rojo de su esposa y unos ojos tan violetas como los suyos.

Bermudo no se atrevió ni a respirar por miedo a romper la magia, así que retrocedió con la misma cautela con la que se había acercado y esperó hasta estar en la cocina para soltar el aire retenido.

—¿Sigue durmiendo? —preguntó su mujer moviendo el guiso.

—Sí.

—Pobre. Mejor no despertarla.

—Mejor no. Esperaremos hasta las tres para comer—dijo mirando el reloj.

—¿Y el otro?

—Ese ya se está dando un buen atracón —respondió Bermudo entre risas.

Confusa, Rosa se giró y miró a su anciano esposo.

—¿Qué dices de atracón?

—Na, na. Cosas mías —dijo palmeándole el trasero—. Cosas mías…



CAPÍTULO 8

POCO
Me hace falta muy poco,
y de tanto decirlo ya casi me creo mi propia mentira.
Tengo que confesarte que para olvidarte y cerrar esta herida
no hace falta muy poco;
me hace falta una vida.
Christian Nodal feat Reik

Instastories @Chaileagbhò
Casa Alonso
14:30 h.

«¡Qué acierto haber venido aquí!

Me siento mucho más tranquila, más centrada y más dispuesta a ver el lado positivo de las cosas.

Supongo que las montañas de Asturias tienen el mismo efecto que las Highlands; es como si te destaponaran la cabeza y todo fluyera, como si aquí los problemas fueran menos. Sí, ya no me siento perdida, ni atontada, sino dispuesta a afrontar la verdad y a analizar los hechos de forma objetiva.

Claro, que en eso ha influido mucho el cariño que estoy recibiendo. Mirad, esta que está cocinando algo que huele a gloria es Rosa, la abuela de Rocío. Es tan pequeñita como ella, y tiene el mismo rostro de duende.

Güela, salude.

—Ay, ay, no me grabes, que mira qué pintas traigo.

Lassies, está diciendo que no la grabe porque no está arreglada. Es muy coqueta. De mayor me gustaría mucho tener su piel. ¡Y eso que no ha usado cremas en su vida!

El güelu es ese que no me deja poner la mesa, así que aquí ando, sin poder hacer nada. Menos mal que me ha prometido llevarme al prado para enseñarme las vaquitas. ¡Tengo unas

ganas! Ya sabéis que no hay nada que me relaje más que estar entre animales…

Bueno, eso no es del todo cierto, porque hay un animal en concreto que me saca de mis casillas, el único que ahora perturba mi paz. Es enorme, de pelaje rojo y siempre está gruñendo.

Es un carcayú, pero responde a otro nombre.

No, ese animal no me gusta ni un pelo».

Momentos antes…

Era maravilloso despertarse en una cama blandita, con el sonido de la lluvia golpeando los cristales, la habitación en penumbra y con una temperatura agradable.

Gina gimió mientras sus sentidos se despertaban, feliz en su ignorancia, ajena al entorno y a su realidad.

Demasiado pronto esta se hizo presente, rompiendo la plenitud del despertar y arrojándola a los brazos del desconcierto.

¿Cuánto llevaba durmiendo? ¿Y por qué Manu estaba durmiendo a su lado…?

El grito debió escucharse en todas las *Highlands*…

Espera, espera… No estaba en *Aigantaigh*. Ni siquiera en su país. Y ese no era su novio.

Era…

—¡Tú! —gritó cuando él se incorporó por su grito, tan perdido en el sueño como segundos antes lo había estado ella.

—¿Qué cojones? ¿Por qué gritas y…? ¡Joder! —masculló cuando encendió la luz y vio a quien tenía a su lado—. ¿Qué haces en mi cama?¿Qué haces en mis sueños? —regañó medio dormido aún.

—¿Tu cama? ¿Tu cama? —tartamudeó.

De pronto, Gina recordó todo y miró a su alrededor: el viaje, la mentira y el consuelo entre los brazos de una anciana. Reconoció el tapiz que minutos antes (tal vez horas, o incluso días o años, vaya usted a saber) había admirado, y ahí estaba su maleta sin abrir junto al armario. Incluso sus zapatillas deportivas tiradas en el suelo… unas zapatillas que no recordaba haberse quitado.

Aterrada, miró a Miguel y luego bajo la cobija que la cubría (que a saber cómo había llegado allí), temiendo lo que se podía —o no— encontrar.

Aliviada al comprobar que no estaba desnuda, soltó un suspiro, pero luego gruñó al comprobar que Miguel sí lo estaba.

Al menos, de cintura para arriba.

De pronto tuvo mucho calor, y los dedos le picaron por la necesidad de acariciar su pecho. Eso le llevó a pensar en otra cosa, como en lo fascinante que sería que él la cubriese con su cuerpo y estampase la boca contra la suya y luego…

—¿Qué haces en mi cama? —lo encaró, sonrojada por sus inapropiados (y lascivos) pensamientos.

—Eres tú la que está en mi cama —precisó él, enojado.

Gina iba a protestar, porque recordaba perfectamente que doña Rosa le había asignado ese dormitorio, pero justo en ese instante entraron los abuelos corriendo a la habitación.

—¡*Fía, fía*! ¿Qué te ha pasado? —comenzó a preguntar la *güela*, pero entonces sus ojos se

toparon con Miguel y fue ella la que gritó escandalizada—. ¡Tú! ¡*Gallu*[10], que *yes* un *gallu*! —comenzó a regañar dándole golpes en la cabeza a Miguel, que se encogió—. ¿Cómo te atreves a aprovecharte de la criatura!

—¡Yo qué me voy a aprovechar de la vaquera! ¡Solo me quedé dormido sin querer!

—Ya, sin querer —masculló con sarcasmo la anciana—. Uno no se mete en cama ajena sin querer. ¡Y tú no te rías, Bermudo! —regañó cuando vio que este estaba doblado de la risa.

—No estoy en cama ajena —replico Miguel cuando se vio libre de los golpes de su abuela, que esperaba una explicación—. Hasta hoy, este era mi cuarto.

—Lo has dicho bien —coincidió Rosa cruzándose de brazos—; hasta hoy. Mientras ella esté aquí, tú dormirás en el cuarto de abajo.

Miguel gruñó. Mucho. Tanto, que Gina se encogió.

—Me niego. Huele a humedad y está lleno de polvo.

—De eso nada. Cuando Rocío me llamó para avisarme de su llegada —dijo señalando a Gina—, adecenté el dormitorio.

—Pero este es mi cuarto… —continuó protestando Miguel, ahora en un tono infantil.

Bermudo, que hasta ahora había permanecido en el umbral, se adentró y miró a su nieto.

—¿Qué, tenías calor? —apreció al ver que estaba sin camiseta.

Miguel gruñó y se levantó de un salto a buscar la prenda, que procedió a ponerse rápidamente.

Pero no tan rápido como para que Gina no apreciase los tatuajes, muchos y muy diversos, así como los músculos, muchos y muy marcados.

Sonrojada, también se levantó y buscó sus zapatillas. Por el rabillo del ojo se percató de la sonrisa pícara de Bermudo y, en contraposición, el ceño fruncido de doña Rosa, que además, para recalcar su mal humor, se había cruzado de brazos.

Temerosa por la impresión que la mujer se hubiera podido llevar, se cuadró y la miró aterrada.

—*Donia* Rosa, le juro que no hemos hecho nada…

La mujer se giró a mirarla y alzó la mano para detener su disculpa.

—*Güela* —corrigió—. Y ya sé que tú no has hecho nada malo, criatura. Ahora, este…

«*Este*» elevó las manos proclamando su inocencia.

—Eh, eh, que yo no he hecho nada. Solo quería descansar un rato antes de comer en, insisto, mi cama.

—Y no te habías dado cuenta de que estaba ocupada —dijo Bermudo.

—Pues no. Solo me he tumbado a echar una cabezada. No pretendía quedarme dormido.

—Y claro, como no pretendías dormir, te has quitado la camiseta —recordó el abuelo.

—¡Porque tenía calor!

—Ya, calor. *Entós*, ¿por qué estabais tapados con la cobija? —pinchó Bermudo.

Miguel gruñó y lo asesinó con la mirada.

—Debí tener frío luego, mientras dormía —se excusó. Luego, señaló a Gina, como si fuera la culpable—. O a lo mejor fue ella.

Gina gritó de indignación.

—¡Serás… cretino! Yo estaba durmiendo.

—Ya, durmiendo —pinchó el abuelo.

—¡Sí, durmiendo! —gritaron Gina y Miguel al mismo tiempo.

—Exacto, durmiendo —incidió Rosa sin rastro de humor y en tono de advertencia, que iba dirigida solo a Miguel—. Porque *ye* lo único que se hará en esta cama. ¿He hablado claro, o

tengo que tirar de chancleta?

Gina parpadeó y miró a Miguel.

—¿Qué es tirar de chancleta? —le preguntó.

—Significa que se va a quitar la zapatilla y nos la va a estampar en la cabeza…

—A ella no, a ti. —Se acercó a Miguel y lo miró con los ojos entornados—. A la *neña* ni tocarla. *Ye* como tu hermana, que no se te olvide. Y aunque no lo fuera, esta casa se respeta.

Con el rostro alzado, la mujer abandonó la habitación llevándose casi a rastras a Bermudo, que sonreía con maldad.

Gina se calzó de prisa para seguirle los pasos. Miguel se quedó en la habitación para terminar de vestirse, pues, como ella, también se había descalzado. Por un momento se preguntó si había sido él quien, en un momento de compasión, le había quitado las zapatillas para que estuviera más cómoda, pero no quiso preguntar al respecto.

Como tampoco preguntó por qué diablos tenía el pantalón desabrochado, algo en lo que acababa de reparar (vaya usted a saber por qué se le fueron los ojos ahí), y que agradeció que la abuela no lo hubiera visto.

¡Ya lo que le faltaba, darle más motivos para enojarla!

Miguel también debió pensar lo mismo, porque se sonrojó mientras se abrochaba.

Iba a marcharse de la habitación cuando Gina lo detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Por qué te has metido en mi cama?

—Mi cama —insistió con terquedad—. Y ya lo has oído; me quedé dormido sin querer. Estaba tan cansado, que no me di cuenta de que había alguien en ella.

Gina se cruzó de brazos. Al hacerlo, su pecho subió y Miguel, goloso, detuvo la mirada ahí durante más tiempo del convenido.

—Ya, no te diste cuenta. Y supongo que también me descalzaste sin querer. ¿De eso tampoco te diste cuenta? ¿Acaso eres sonámbulo, Miguel?

El hombre pegó un respingo, pero luego, tras agitar la cabeza como para quitarse un pensamiento, emuló su pose defensiva.

—No, no lo soy. Lo mismo tú sí. Igual te quitaste las zapatillas estando dormida. O tal vez fue la *güela* quien lo hizo.

Gina asintió.

—Se lo preguntaré.

—¡Ni hablar! —gritó Miguel con espanto.

La escocesa rio por lo bajo porque, sin pretenderlo, Miguel se había delatado.

Dio un paso hacia él y lo apuntó con el dedo.

—Si vuelvo a encontrarte en mi cama, te corto las bolitas —advirtió—. Soy veterinaria, sé cómo hacerlo, y lo mismo lo hago con un toro, que con un gato o con… —lo olisqueó y arrugó la nariz—… un carcayú[11].

Miguel retrocedió un paso, pero luego la miró con desdén. Se peinó con las manos y la miró de arriba abajo.

—Insisto: es *mi* cama —replicó antes de salir de la habitación para encerrarse en el baño.

Gina sonrió, porque aunque había sido él quien había dicho la última palabra, sentía que era ella la que había ganado la batalla.

Mientras bajaba para reunirse con los abuelos, sonrió, porque presentía que este sería el primero de muchos encontronazos, que antes de que se marchara, le tocaba lidiar con ese animal.

Y la perspectiva le hizo sentirse muy animada y muy expectante.

¿Por qué?

Porque se sentía viva a su lado.

Su corazón galopando con fuerza era la prueba de ello.

No tuvo ocasión de pensar al respecto, pues su bolso comenzó a emitir el sonido típico de la vibración de un móvil.

Era Rocío.

—¡Peque! —fue su saludo tan pronto como Gina descolgó—. ¿Te he despertado?

Gina arrugó el ceño.

—¿Cómo sabes que estaba durmiendo?

—Porque me lo ha dicho la *güela*. Como sabía que se te iba a olvidar llamarme cuando llegaras, le pedí que me avisara. Me llamó hace como una hora y dijo que te habías quedado dormidita en el acto.

—Estaba reventada —se excusó.

—Imagino. ¿Y qué tal el viaje?

Gina sabía perfectamente lo que en realidad Rocío estaba preguntando, así que no se anduvo con rodeos.

—Sigue sin dar señales de vida.

Rocío gruñó por lo bajo, pero no dijo nada al respecto.

—Tú ahora céntrate en ti. Diviértete y disfruta de los guisos y los mimos de los *güelus*.

Gina sonrió de oreja a oreja.

—Lo haré… Por cierto, ¿sabías que Miguel estaba aquí?

—Claro. Está con un proyecto en la zona.

Gina bufó.

—Ya, pues podías haberme dicho algo.

—¿Por qué? —preguntó Rocío, en un tono del todo inocente.

Gina entonces pensó que su cuñada era ajena a la trifulca que se traía con su hermano. Una parte de ella quiso contarle todo, pero temía lo que pudiera confesar.

Estaba tan confundida, tan vulnerable se sentía, que mejor no enfrentarse a ese problema.

Bastantes tenía ya…

—¿Gina?

—Sí, sí, aquí sigo —contestó.

—No tienes que temer de mi hermano —quiso tranquilizarla Rocío—. No es tan capullo como aparenta.

—Vaya que no —replicó entre risas.

—Bueno, un poco sí. Pero ya le advertí que eras prohibida. Y te respetará, por la cuenta que le trae.

Gina sonrió, pero entonces cerró por un segundo los ojos y evocó la imagen de Miguel desnudo de cintura para arriba; sus tatuajes, sus músculos, el pecho amplio y lampiño… los pequeños pezones que deseó mordisquear…

Y esa imagen le llevó a otra; al recuerdo de una torre, de un beso ardiente que la dejó necesitada y ahogándose en deseo. Y ese deseo se manifestó de nuevo cuando sintió un vacío en sus partes íntimas que clamaba por ser colmadas.

Jesús…

«Jesús no, Gina. Miguel».

Bufó, acalorada.

Esperaba que Miguel, en efecto, la respetara, porque de no hacerlo, ella no sabría cómo impedirlo.

Porque no podría hacerlo. O porque no querría hacerlo… igual daba.

No, Gina debía de estar preparada y protegerse de él.

Por la cuenta que le traía…

Baño casa Alonso
14:45 h.

Carcayú…

Le iba a dar él carcayú a la vaquera.

¿Cómo se atrevía? Ocupar su cuarto, meterse en su cama, ponerle en contra de los abuelos, llamarle apestoso…

Mientras se frotaba con la esponja hasta dejarse la piel enrojecida, Miguel gruñó.

Pecosa de los cojones…

¿Con qué descaro volvía a colarse en su vida? ¿Con qué propósito aparecía para poner su mundo patas arriba?

Con lo que le había costado echarla de su mente en los últimos meses…

Con lo que le había costado tragarse la mentira de que era inmune a ella…

Irritado, salió de la ducha, limpió el vaho del espejo con la mano y se miró.

No se vio a sí mismo, sino al *Colega*, así que le sacó los dientes.

Tal vez en otras circunstancias hubiera podido hacerle frente e incluso ganarle, pero la vaquera había debilitado sus barreras y no tenía fuerzas para luchar contra su pulsión, así que cedió a él.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.



CAPÍTULO 9

THE SEED
When the last tree has fallen
and the rivers are poisoned,
you cannot eat money, oh, no.
(Cuando el último árbol haya caído
y los ríos están envenenados,
no puedes comer dinero, oh, no.)
Aurora

Instastories @Chaileagbhò
Prau casa Alonso
17:00 h.

«Mirad, lassies. ¡Las vaquitas!

Son totalmente diferentes a las nuestras, pues estas son de otra raza, la Frisona. Son lecheras y su característica principal es su cuerpo blanco y negro. Están estupendas, como he podido comprobar con un rápido vistazo.

Mañana les haré un examen más exhaustivo, pero por hoy ya lo vamos a dejar porque está lloviendo.

Mirad, estas son las vistas de las montañas… Qué maravilla… Qué paz, qué tranquilidad.

Bueno, a ratos, porque menuda comida me ha dado el carcayú.

A ver de qué humor aparece el señorito, porque como me siga pinchando, voy a tener que decirle cuatro cosas…»

Horas antes…

—¿Qué hago, *güela*? Porque el *güelu* no me deja ayudarle a poner la mesa.

La abuela rio por lo bajo, como si supiera un secreto que le hacía gracia, y que desde luego no compartió con ella, porque le ofreció un cuchillo.

—Ten y corta lechuga para la ensalada —le pidió.

Gina miró la encimera de la cocina, donde estaban distribuidos diferentes guisos.

—¿No es demasiada comida ya?

La mujer la miró como si estuviera loca.

—¿Demasiada? Muchacha, esto se nos queda a nosotros en un diente.

Gina entrecerró los ojos y tradujo lo que había dicho. Lo hizo de forma literal, por lo que trató de darle sentido.

—Significa que estamos acostumbrados a comer mucho y esto es poco para nosotros —se adelantó Miguel a explicarle entrando en la cocina.

Lo hizo sin mirarla, el cabello húmedo por la ducha y oliendo… ¡Cómo olía de bien ese hombre! Olía a algo muy rico, algo que te obligaba a cerrar los ojos y llenarte las fosas nasales para empacharte de su aroma.

A casa. A refugio. A felicidad…

Una felicidad que se le escapó de las manos cuando él la miró de reojo y comprobó que seguía enojado con ella.

Tal mejor así. Mientras él la rechazase de forma tan visible, ella estaría a salvo de él.

—*Güela*, ¿dónde está el mantel de cuadros rojos? —estaba preguntando ahora Miguel, abriendo un cajón y rebuscando en él.

—Pon otro, que ese está en la cuerda y no sé si estará seco aún.

—Voy a ver —dijo cerrando el cajón y saliendo de la cocina.

Gina frunció el ceño.

—¿Por qué el *güelu* si le deja a él que lo ayude y a mí no? —preguntó un tanto lastimera y sintiéndose muy inútil.

No quería ser un estorbo.

—Ay, *fía*, porque ellos son así. —Rosa estuvo unos segundos callada, pero luego Gina la vio apretar los labios—. Mira, Gina, aquí cada uno tenemos un papel. Yo cocino, y ellos ponen y quitan la mesa. Pero *ye* mucho más que una norma no escrita. Para ellos, *ye* como un… ritual, algo muy íntimo entre abuelo y nieto.

—Comprendo —aceptó Gina terminando de arreglar la ensalada—. Pero me gustaría ayudar en todo lo que pueda. No he venido aquí de invitada.

—¡Y lo harás! —se carcajeó la anciana—. Y más siendo veterinaria. El *güelu* te va a hacer que revises a todas y cada una de *les vaques*.

—Oh, pero ya contaba con eso. ¡Me encantan los animales!

La mujer sonrió y apagó el fuego. Se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—Cómo me gusta que sonrías, *fía*… ¡Si supieras lo bonita que se te ve, sonreirías más a menudo!

Gina suspiró y dejó caer los hombros.

—Ahora no tengo muchos motivos, *güela*.

Esta asintió y le agarró las manos.

—Los tendrás. Verás cómo entre todos haremos que recuperes la alegría.

Sin querer, los ojos de Gina fueron a parar a la puerta de la cocina, desde donde se veía a dos hombres poniendo la mesa mientras hablaban.

La anciana debió de seguir su mirada, porque rio por lo bajo.

—No, él no sabe nada. Ese *ye* nuestro secreto, *fía*. Tú decides si quieres contárselo a Miguel.

—Gracias —dijo en un susurro agradecido.

Doña Rosa sonrió de oreja a oreja y le pellizcó la mejilla.

—Ahora, a comer. Ya verás cómo mis guisos y el aire de la tierrina van a hacer que las sombras desaparezcan de tu rostro. Te vas a poner tan bonita, que ese *babayu*[12] va a caer rendido a tus pies.

Gina pegó un respingo. ¿Cómo sabía que ella llamaba así a su nieto? ¿Acaso los había estado espiando?

Y además:

—¿Por qué querría yo que Miguel cayera rendido a mis pies?

La mujer la miró sin comprender.

—¿Miguel? No, no. Me refiero a tu novio, el de Sevilla.

Gina parpadeó.

—Pero ha dicho carcayú…

Doña Rosa echó a reír después de unos segundos de confusión.

—*Babayu*. He dicho *babayu*, que es tonto en asturiano. ¿Qué es carcayú? —quiso saber.

Gina iba a responder, pero entonces se dio cuenta de que Miguel acababa de aparecer en la cocina y no parecía nada amigable.

Tal vez las había escuchado. Sí, por eso había enrojecido.

Sin dejar de retarla con la mirada, anunció:

—La mesa ya está puesta.

—Pues venga, a comer —pidió Rosa.

Gina fue la última en salir de la cocina cargando la ensalada, pero antes de ocupar el asiento que le ofreció el *güelu*, se detuvo a contemplar la mesa. Aquella gente se tomaba muy en serio eso de vestir la mesa, porque ni los mejores hoteles ponían tanto mimo y tanto cuidado.

Intrigada, observó que era algo mucho más que mimo y cuidado; había tal precisión en la colocación de los cubiertos, de los platos y los vasos, que Gina no supo qué pensar mientras ocupaba el asiento libre, frente a Miguel.

¿Tal vez tanto el abuelo como Miguel habían trabajado en un restaurante y de ahí que fueran tan profesionales? Iba a decir algo cuando Bermudo comenzó a hablar mientras Rosa servía un guiso de carne con patatas que olía a maravilla.

—¿Qué tal la mañana, Miguel?

—Cojonuda. Ya he puesto todas las cámaras.

Doña Rosa pareció desinflarse y lo miró con tristeza.

—Pero ¿te vas a ir?

Miguel miró a Gina y luego desvió la vista a su plato.

—No. De momento, me quedo a supervisar el trabajo —respondió, pero luego fulminó a su abuelo cuando este rio por lo bajo mientras soplaba la cucharada de guiso—. Pero seguro que el sábado pase todo el día fuera.

—¿Y eso? —quiso saber la abuela.

—Porque por la mañana quiero comprobar si ha habido movimiento en el campamento, y luego por la noche iré a una *rave* en Lastres, donde va a pinchar mi amigo Dani.

Doña Rosa gruñó.

—No me gusta que vayas a esos sitios. Solo hay alcohol, drogas y muchos problemas.

—Ya sabes que el *fíu* ni bebe ni se droga —le echó el abuelo un cable.

—Pero los demás sí —apreció la abuela—. Además, me preocupa que te contagies de covid.

—Tranquila, *güela*, que eso está controlado. Van a realizar a todos los asistentes una prueba antes de entrar.

—Eso es muy sensato —señaló el abuelo.

—*Yo* soy sensato —recalcó él mirando a Gina de soslayo—. No voy a ir a un sitio de riesgo viviendo con vosotros. Si algo os pasara, no me lo podría perdonar. Además, la mascarilla no me la voy a quitar ni para dormir.

—¿Te vas a quedar también a dormir? —quiso saber el abuelo.

—Sí, porque ya sabes que no me gusta conducir por la noche —dijo, para asombro de Gina, porque a ella le sucedía igual—, pero el domingo por la mañana saldré temprano. Lo mismo me da tiempo a pasar por el campamento a ver lo que han grabado las cámaras.

—Siempre pensando en el trabajo —medio regañó medio felicitó el abuelo.

Gina quiso preguntar al respecto, sintiéndose de pronto muy perdida al percatarse de que no sabía en qué trabajaba el hermano de su cuñada.

Bueno, en realidad, sabía muy poco o nada de él.

«Ahora tendrás tiempo de descubrirlo», le dijo una voz, a la que le respondió que para qué quería ella conocerlo mejor.

—Miguel *ye* ingeniero —explicó doña Rosa con orgullo.

Gina alzó las cejas, asombrada.

—¿Ingeniero? ¿En qué campo?

Miguel se movió incómodo y alisó una arruga imaginaria del mantel.

—Ingeniería Forestal.

—Oh, vaya —exclamó maravillada.

Miguel, al ver cómo lo miraba, como si fuera la mejor profesión del mundo, que para ella lo era, y seguramente para él también, la miró ceñudo, por lo que Gina carraspeó y bebió un sorbo de agua.

A saber por qué estaba ahora enfadado…

De golpe, Gina recordó el episodio del bosque y se sintió muy ruin. Así que eso era lo que había estado haciendo, observando a los animales… ¿Acaso también había subido a la torre por el mismo motivo, porque era un puesto de observación de aves ideal?

Qué tonta… qué sumamente tonta.

Y ella pensando que iba a la torre para verla…

—Su trabajo y*e* muy importante —continuó Bermudo—. Ha trabajado en un plan de recuperación del visón europeo en la cuenca del Ebro, ¿a que sí?

Miguel no dijo nada, pero Gina lo miró con verdadera admiración.

«Amo a los animales más que a las personas».

Vaya, pues no había mentido, no.

—Leí un artículo que estaban en peligro de extinción por culpa de la invasión del visón americano, que compite y desplaza al visón autóctono —continuó Gina con el tema, porque le parecía muy interesante.

Miguel le dedicó una breve mirada, pero luego fijó la vista en su plato antes de responder.

—Según el censo, a día de hoy solo quedan ciento cuarenta y dos ejemplares. Esperamos poder mantener al visón invasor apartado para que pueda crecer la población autóctona —explicó con un deje de tristeza.

—Lo harás —dijo la abuela con absoluta convicción.

—Y ganará un pastizal por ello —terció el abuelo, mirando a Gina significativamente.

—No lo hago por el dinero —protestó Miguel.

—Eso es muy altruista por tu parte —reconoció Gina con admiración.

Miguel se sonrojó y bufó, pero luego la miró con desagrado.

—No soy altruista en absoluto. De hecho, soy muy egoísta.

—No lo eres —regañó Rosa.

—Sí lo soy. Solo trato de preservar el planeta para poder perpetuar la raza humana.

Era una mentira como una catedral, a juzgar por las risas descreídas de los abuelos, pero con seguridad lo dijo con una intención: que Gina no tuviese buena opinión de él.

Sin embargo, causó el efecto contrario.

Gina volvió a mirar a Miguel, pero este esquivaba mirarla, como si su labor en realidad no fuera tan importante.

Como si no pretendiera salvar al mundo.

No, a Miguel no le gustaba ser el centro de atención ni que le vieran como lo que era en realidad, un héroe disfrazado de patán, de ahí que decidiera dejar apartado el tema con un gruñido.

—Y tú, Gina, ¿a qué has venido? —preguntó el español en tono cortante y dirigiendo una mirada desafiante a Gina.

Las buenas vibras se disiparon de golpe y el malestar pareció presidir la mesa desde entonces, manifiesto en el gruñido desaprobatorio del abuelo, los brazos cruzados sobre el pecho de la abuela y la mirada retadora que se lanzaban Gina y Miguel.

—Hale, a tomar por saco la comida —se escuchó decir al abuelo.

Miguel lo ignoró y continuó clavando sus ojos violetas en Gina.

—¿A qué, Gina? —insistió.

Esta sintió deseos de llorar, pero tampoco quería contribuir a empeorar la situación, así que respondió con una verdad a medias.

—Vine a visitar a los abuelos. ¿O acaso no puedo?

—Claro que puede, y debe —sentenció la abuela levantándose—. ¿Quién quiere postre? He hecho arroz con leche.

Y así, con una frase tan sencilla, recuperó la armonía.

Porque ¿a quién le amarga un dulce?

Galería casa Alonso
17:00 h.

Si había algo que Miguel no llevaba bien era ser el tonto del pueblo que no se enteraba de nada.

En este caso no es que no se enterase, es que nadie respondía a sus preguntas.

¿Qué hacía ella allí? ¿A qué había venido? Y, lo más importante, ¿por qué no estaba con su novio? ¿Acaso habían peleado?, ¿tal vez lo habían dejado?

¿Quería decir eso que él tenía una oportunidad con ella?

«Nunca, Miguel», le dijo el *Colega*, a quien cada día tenía más manía, sobre todo desde que la conoció a ella.

Antes de Gina, su relación con el *Colega* era tolerable. Hacía tiempo que Miguel había reconocido su derrota ante él, pero entonces tuvo que conocerla, besarla y sentir que todo temblaba bajo sus pies.

Y le hizo tener esperanzas.

Claro, que para eso estaba el *Colega*, para recordarle que no debía tenerlas.

Que él, y solo él, sería su compañero de vida.



CAPÍTULO 10

PROTECTOR
I'll be your shelter.
They'll never get ya'.
So stay with me and
I'll be your protector!
(Seré tu refugio.
Nunca te atraparán.
Así que quédate conmigo y
¡seré tu protector!)
City Wolf

Instastories @Chaileagbhò
Viernes 31 de julio
01:30 h.

«Guid nicht, lassies. Tengo que haceros una confesión: me acabo de enamorar.
Perdida e irremediablemente…»

Siete horas antes…

Gina no tenía ningún problema con la lluvia, como buena escocesa, pero cuando uno viaja a España se espera que haga más calor, más sol y menos lluvia.

Por descontado, no quería el calor abrasador que había experimentado en Sevilla, un calor muy acorde a como ella se sintió: en el mismo infierno, literal y metafóricamente hablando; pero al menos había esperado encontrarse con días soleados.

No era el caso de esa tarde, que llovía sin parar, aunque nada que un buen chubasquero no pudiese remediar.

No, Gina no temía a la lluvia, pero sí a las nubes que habían descendido hasta la pequeña aldea perdida entre montañas, nubes tan densas que impedían la visibilidad.

Fue por ese motivo que, cuando terminó de revisar las vacas en el *prau* con Bermudo, a Gina no le quedó más remedio que quedarse en la casa, frente a su plan inicial, que no era otro que ir a dar un paseo por el monte.

—*Ye* peligroso. Te puedes perder con tanta niebla —le advirtió el abuelo antes de marcharse junto a su esposa a casa de una vecina a jugar una partida de *La Perejila* (lo que fuera que fuese eso).

Así que ahí andaba la muchacha, sin nada que hacer salvo revisar su teléfono una y otra vez para ver si Manu, al fin, había recibido su mensaje.

Pero no; Manu seguía sin dar señales de vida.

Impotente, frustrada y más aburrida que una ostra, decidió sentarse en el sillón y ver la tele con Miguel, quien, asombrosamente —y molestamente—, había decidido ignorarla.

Por desgracia, Miguel estaba viendo una película de esas de guerras galácticas y sables de luz, así que se puso a trastear con el móvil.

Miguel no le dirigió la palabra hasta mucho tiempo después; tal vez tras el sexto o séptimo resoplido de Gina que delataba su hastío.

—¿Qué? —preguntó de malas maneras poniendo la película en *pause*.

Tras un respingo, Gina enarcó una ceja.

—¿Qué de qué?

—Que dejes de bufar —le advirtió.

—Disculpa —pidió, pero luego sonrió con maldad—. Pero ¿no podrías poner otra cosa? Las películas *de Star Wars* me aburren.

—A mí también —reconoció sin mirarla y con una sonrisa un tanto tímida.

—Pues no se nota —dijo Gina señalando la televisión.

Miguel la miró de reojo, pero rápidamente volvió la vista al televisor mientras le daba al *play*.

—No es *Star Wars*. Al menos, no la saga en sí, sino una serie derivada de ella. Trata sobre una raza de guerreros, los mandalorianos.

Gina se encogió de hombros.

—Es lo mismo, ¿no?

Miguel sonrió de medio lado.

—Eso pensaba yo, pero mi primo Noah, que vive en Estados Unidos, me ha animado a verla. Ha dicho que espere al final del primer capítulo, y que luego ya no tendré remedio y me quedaré absolutamente prendado de la serie.

Gina miró la televisión, donde un hombre con armadura de pies a cabeza y acompañado de un robot disparaba a todo lo que se le ponía por delante.

Después de unos segundos, Gina seguía pensando que era un tostón.

Con un suspiro, miró el perfil de Miguel, que estaba muy concentrado viendo la televisión.

—Pues yo no le veo sentido.

Miguel, tras un suspiro de cansancio, asintió y le señaló la televisión.

—Mira, ese es un mandaloriano, una especie de muchas del mundillo de *Star Wars.* Su clan se disolvió o algo así, y él sobrevive como cazarrecompensas. Aquí está luchando para hacerse con su próximo objetivo.

—O sea, que es un matón.

—Algo así —reconoció.

Gina se quedó callada y siguió mirando la televisión tratando de darle sentido. Al cabo de pocos minutos, desistió.

—No. Decididamente, no es para mí —dijo haciendo amago de levantarse.

—Espera —le pidió Miguel agarrándola por el brazo y sin mirarla, la vista clavada en la televisión.

Gina siguió su mirada y de pronto vio que el de la armadura y el robot se detenían frente a una mininave redonda.

Cuando el mandaloriano pulsó un botón y la mininave mostró lo que había en su interior, a Gina se le escapó el aire de los pulmones.

—¿Es… es… es un *baby* Yoda[13]? —preguntó, totalmente fascinada por la criatura que apareció en la pantalla; pequeñita, verde, con grandes y puntiagudas orejas, boquita y nariz diminutas y enormes ojos negros capaces de derretir un glaciar.

—Lo es —dijo Miguel, con una voz tan sorprendida como la suya e inclinando el cuerpo hacia adelante.

Ninguno se movió ni habló durante los segundos siguientes, los ojos clavados en la pantalla y la respiración contenida hasta que el capítulo terminó.

Durante todo un minuto siguieron en silencio a la espera, hasta que terminasen los créditos.

En ese instante ambos se miraron, fascinados sin ser conscientes de ello.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Gina, sintiéndose estafada porque había acabado.

Ella quería más. Mucho más.

—Mi primo me pasó la serie completa. ¿Quieres ver otro capítulo?—preguntó Miguel.

Gina lo miró como si fuera tonto.

—Obvio —respondió con sinceridad y acomodándose en el sillón, a riesgo de que él se riera de ella por haber tenido antes tantos prejuicios.

Miguel no hizo nada ni remotamente parecido; le dio a *siguiente capítulo* y se acomodó para ver la continuación de la serie.

Ocho capítulos después, tanto Miguel como Gina seguían fascinados, entregados totalmente a la serie, tan absortos en ella, que no fueron conscientes de nada de lo que sucedió a su alrededor.

Así, no supieron, ni se plantearon, cómo llegó un bol de palomitas hasta ellos, ni cómo ni cuándo ni quién preparó esos sándwiches de jamón york y queso tan deliciosos. Tampoco supieron en qué momento habían acabado uno pegado al otro, compartiendo no solo un sofá, una manta y unos refrescos de cola, sino una fascinación hacia una criatura que no era real.

No, no fue hasta que la serie terminó, que no fueron conscientes de lo que acababan de compartir. Porque aquello iba mucho más allá de ver juntos una serie; iba de establecer un vínculo inquebrantable, el mismo vínculo que se creó entre la criatura y el mandaloriano de la serie.

Como les pasó con el primer capítulo, ni uno ni otra pudieron decir nada. Era tal el cúmulo de sentimientos, de emociones, que necesitaban procesar lo visto.

—Y eso es todo —fue Miguel el primero en hablar y apagando la televisión. Se giró a mirarla y sonrió—. Al final te ha gustado.

—¿Gustar? —preguntó Gina con una risa incrédula—. Me ha maravillado.

—Sí —coincidió Miguel—. Es la historia de amor más bonita que he visto jamás.

Gina frunció el ceño y bufó.

—No es una historia de amor. No es una serie romántica.

Miguel, muy serio, la encaró.

—No es una historia de amor romántico, cierto. Es amor en el pleno sentido de la palabra. Es pureza, entrega, sacrificio, vínculo… Es luchar por lo que se quiere, protegerlo con tu propia vida. Es cambiar tu mundo, sacrificar tu zona de confort y tus ideales, por otro ser. Es dar sin pedir nada a cambio, y recibir sin haberlo pedido. Es salvación mutua. Es… amor —concluyó en un susurro triste y consternado.

Tal vez porque sintió lo mismo que Gina; descubrir lo que era el amor verdadero.

No se trataba de una atracción física, que también, ni tampoco tenía nada que ver con el deseo. Iba mucho más allá; iba de dos almas que con tan solo mirarse, se reconocían y sin saberlo creaban un vínculo.

No, el amor no consistía en conocer a alguien y sentir una atracción por él e iniciar una relación que no avanzaba, solo dejarse llevar mientras el tiempo pasaba sin cambios. Sin sobresaltos. Sin planes de futuro.

Sin mutua entrega…

De pronto, y sin quererlo, Gina hizo algo que nunca, jamás, se había permitido hacer; comparar. Porque las comparaciones eran odiosas y solían mostrarnos cosas que no nos gustaban. De ese modo, comparó su relación con la de Rocío y Laura y vio lo mal parada que salía ella; porque tenía la sensación de que ese amor, esa entrega y ese sacrificio eran unilaterales.

Que siempre era ella la que daba, nunca la que recibía.

Un tanto disgustada, y muy apenada, se levantó con la cabeza gacha para que Miguel no viera que tenía lágrimas en los ojos.

Fue inútil, porque él no necesitó verle el rostro; simplemente, intuyó que algo no iba bien.

—¿Todo *ok*? —preguntó con sincera preocupación. También con algo de ternura. Y compasión…

—Sí, sí. Solo que… me he emocionado —respondió.

Y no mentía. Era una respuesta muy simple para lo complejo de sus sentimientos, pero no dejaba de ser verdad.

Estaba emocionada. Y mucho.

Miguel la miró durante lo que a ella le pareció una eternidad, pero debía de tener buen día, porque no la atosigó.

—Bueno, pues creo que es hora de irse a la cama —anunció poniéndose también en pie—. Buenas noches, Gina. Que sueñes con angelitos —concluyó con una pizca de sorna.

Gina sonrió con maldad.

—Con angelitos, no. Soñaré con una pequeña criatura verde que come ranas.

Ambos rieron por la broma, que hacía alusión a un par de capítulos de la serie.

—Hasta haciendo eso es adorable —coincidió Miguel moviendo la cabeza con resignación.

—Sí, adorable. Nunca pensé que diría esto de un personaje de ficción, pero… ¡Dios, me he enamorado!

Miguel, frente a ella, miró sus ojos y luego su boca. Y luego sus ojos otra vez.

Y, de nuevo, su boca.

—Y yo —dijo en un susurro.

Y aquella no-confesión hizo que el corazón de Gina dejase de latir, expectante; anhelante de un beso que no llegó, porque justo en ese instante, escucharon el crujir de un escalón en el piso superior.

—Hasta mañana, Gina.

—Hasta mañana, Miguel —se despidió, sonrojada y azorada.

Ya en el piso superior, tirada en la cama y mirando a la nada, Gina se llevó una mano al pecho porque su corazón latía desbocado.

No había mentido al decir que se había enamorado de la criatura y del mandaloriano, porque estuvo muchas horas dando vueltas en la cama recreando escenas de la serie, añorando sentir por alguien, y que alguien sintiera por ella, algo tan puro y verdadero.

Fue curioso que en ese plan no incluyera a Manu.

Tal vez porque ya había incluido a otra persona.

Habitación roja de casa Alonso
2:00 h.

¿Se podía amar a un personaje de ficción?

Porque Miguel, durante toda la noche, no paró de pensar en *baby Yoda,* en lo gracioso que era, en lo puro, en la relación tan especial que tenía con el mandaloriano.

Y en Gina.

¡Joder si pensó en ella!

Era tan adorable como la criatura verde, tan tímida, tan desprotegida y tan vulnerable. Pero ojito si la pinchaban. Entonces era puro fuego, una guerrera dispuesta a todo para salvar a los suyos. Entonces, sacaba la fuerza y el mundo retumbaba.

Por un momento, y antes de quedarse dormido, Miguel se preguntó si, para salvarla, sería capaz de dar su propia vida.

La respuesta le alarmó.

Pero lo que le causó verdadero pavor fue desear que fuera ella, y ninguna otra, la que lo salvara a él.



CAPÍTULO 11

MI NUEVO VICIO
¿Por qué seguimos jugando a los dados?
Sabiendo que esto está cargado a tu lado.
¿Por qué seguimos jugando a las cartas?
Sabiendo que tienes un as bajo la manga.
MORAT

Instastories @Chaileagbhò
Viernes 31 de julio.
18:40 h.

«Lassies, cuidadito si un español os propone un juego de azar: sabed que se las saben todas y que son unos tramposos. Avisadas quedáis…»

Pese a acostarse tan tarde (y a no parar de dar vueltas y vueltas en la cama), Gina se levantó con el canto del primer gallo.

Y no hablaba en sentido metafórico, es que justo bajo su ventana había un condenado gallo cantando como si lo estuvieran matando. Lo hubiera hecho ella misma si no fuera porque amaba a los animales por encima de todas las cosas.

Cuando bajó, Bermudo y Rosa ya estaban en la cocina, una preparando el desayuno y otro a la espera, sentado en la mesa y recolocando el mantel.

—Buenos días —saludó—. ¿La ayudo, *güela*?

—Ah, pero qué madrugadora —felicitó la mujer—. No, no, siéntate. ¿Qué quieres, café o Nesquik?

Gina no sabía lo que era esto último, y desde luego que no se tomaría un café. ¡Con lo nerviosa que le ponía!

—*Muyer*, que *ye* inglesa. Le prepararé un té —dijo Bermudo levantándose.

—Escocesa —corrigió ella, una costumbre muy arraigada de la que era muy difícil desprenderse. Como sintió que había sido muy seca, se excusó rápidamente—. Lo siento, no quise ser desagradable. Es que los escoceses nos sentimos un pelín insultados cuando nos llaman ingleses. Viene de muy atrás.

—No has sido desagradable—consoló Rosa poniendo un plato con pan tostado en la mesa —. Eres un solete.

—Y dispuesta —coincidió Bermudo con una sonrisa mientras calentaba el agua—. Fíjate la hora que es y ya está levantada, pese a haberse acostado a las tantas.

Gina se sonrojó, porque la tarde-noche anterior no les hizo mucho caso. De hecho, ni se enteró cuando llegaron ni cuando se retiraron a dormir.

—Tampoco era tan tarde —repuso—. Además, estoy acostumbrada a dormir poco y a levantarme antes del alba… No se moleste, güelu. Al final tomaré café.

—Te lo preparé como lo toma Miguel; solo, con hielo y dos de azúcar.

Gina sonrió y lanzó un suspiro al tiempo que miraba por la ventana.

—Parece que hoy ha amanecido con sol.

—De eso no te puedes fiar. Aquí en Asturias *ye* así; te levantas con sol, te acuestas con nubes —advirtió Rosa.

—Sí, por eso aprovechamos el momento. Si quieres después de desayunar vamos al *prau* a ver a las vacas, ¿te parece?

—Claro —dijo ella aceptando la taza de café que le dio el abuelo.

Vaya, pues estaba muy rico…

Animada, y encantada por tener cosas que hacer, y así no empezar a darle al coco, Gina pasó el resto de la mañana con Bermudo en el prado y visitando a los escasos vecinos de la aldea, que al enterarse de que era veterinaria le hicieron mil preguntas.

Agradeció ir con Bermudo, que se molestaba en hablar en español neutro, porque aquella gente era tan cerrada que hablaban en asturiano sin pensar que ella no podía entenderles.

Casi comprendió a la gente que iba a Escocia y se las veían canutas para entenderles, ya no tanto por hablar en gaélico, sino por su acento, tan marcado que a veces era imposible seguirles incluso cuando hablaban en inglés.

Se prometió que la próxima vez tendría más paciencia con los huéspedes extranjeros. Incluso con los *ingleses*.

El *güelu* miró entonces al cielo y gruñó.

—Va a empezar a orbayar —anunció.

—¿Qué es orbayar? —preguntó Gina.

Bermudo señaló el cielo justo en el mismo momento en que empezó a llover, por lo que Gina sonrió, porque no le importaba mojarse.

Al abuelo por lo visto sí, porque tiró de ella y caminó rápido hasta la casa.

Al verlos entrar, Rosa se extrañó.

—Sí que os habéis recogido pronto.

—Está orbayando —explicó Bermudo. Luego, señaló a Gina—. No quiero que por mi culpa pille una pulmonía.

—Pierda cuidado, Bermudo. Los escoceses estamos acostumbrados a la lluvia y al mal tiempo.

El abuelo sonrió y las dejó a solas.

—Nosotros somos igual —dijo Rosa mientras amasaba—. Y eso forja el carácter, ¿verdad? Así, a bote pronto, parecemos rudos, pero luego somos un cacho de pan.

Gina frunció el ceño.

—¿Qué es cacho?

La abuela soltó una suave carcajada.

—Cacho es trozo, pedazo. Viene a decir que somos buenas personas —aclaró. Luego, compuso un gesto pensativo—. En el fondo creo que todas las personas somos como el pan; con la corteza dura del exterior, y la miga blandita en el interior. —Estuvo unos segundos callada, pero entonces frunció el ceño—. El problema *ye* que en la vida te encuentras con panes recalentados, que tienen la corteza chiclosa y por dentro están resecos. Mala miga, que se dice. O peor; panes quemados por fuera, y crudos por dentro. Parece fácil, pero no todo el mundo sabe hacer buen pan ni apreciarlo. Por eso, cuando vienen al pueblo se maravillan de nuestros panes. Nosotros tenemos la paciencia y el mimo necesario para hacer buena masa. Luego, el truco consiste en cocerlo a fuego lento, a su amor. De ese modo, la corteza queda crujiente pero no tostada y la masa esponjosa; panes capaces de resistir varios días. Panes que a lo mejor no tienen tan buen aspecto como los industriales, pero infinitamente mucho más sabrosos.

Gina comprendió la analogía y asintió.

—Supongo que la experiencia lo es todo.

—La experiencia, sí —confirmó la anciana—. Pero nadie nace enseñado. De ahí el refrán que dice que uno aprende de sus errores.

—Quiere decir que para hacer buen pan, se han tenido que quemar muchos antes —aventuró Gina.

—O que no se le haya dado a la masa el tiempo suficiente. Tan malo es adelantarse, como esperar demasiado.

Gina frunció el ceño y no añadió nada más, porque sabía que, a su modo, la abuela le estaba dando un mensaje que no esperaba contestación, por lo que calló y dejó que la sabiduría de la anciana calara en ella.

Porque, a su modo, Rosa le estaba diciendo que era hora de sacar el pan antes de que se quemase.

El problema era que ella no se atrevía a abrir la puerta del horno, aun con el riesgo que no hacerlo conllevaba.

Sabiendo que todo estaba dicho, Gina subió a su habitación para coger una muda y darse una ducha. Frunció el ceño, porque su ropa estaba pulcramente perchada y colgada en los cajones.

No es que le importase, al contrario; se sentía muy agradecida, pero era una muchacha muy independiente a quien no le gustaba causar molestias, por eso, ya a la hora de la comida, y justo cuando Miguel regresó de donde quiera que hubiese estado, se vio en la necesidad de hacérselo saber a doña Rosa.

—*Güela*, quería agradecerle que haya desecho mi maleta, pero no tendría que haberse molestado.

La abuela pegó un respingo y miró a su esposo primero, a su nieto después. Gina se percató de que ambos se sonrojaron.

La escocesa no comprendió el motivo de la mirada que abuela y nieto compartieron, ni la causa de la risa baja del abuelo.

—No hay de qué —masculló la abuela aun desconcertada, pero luego sonrió y comenzó a

servir—. Mira, Gina, he hecho fabes.

—Parecen alubias —dijo la aludida.

—Fabes —insistió la abuela—. *Ye* un plato típico de la tierrina.

Al principio la escocesa estaba reticente, pero como olía de maravilla se dispuso a probar una cucharada.

Repitió una vez más.

Y probablemente hubiera tomado un tercer plato de no ser por la advertencia del abuelo.

—Cuidado, que luego te pedorreas que da gusto.

Gina alzó las cejas y miró a Miguel, quien, sin pretenderlo, se había convertido en traductor oficial y ya ni siquiera necesitaba preguntar.

—Quiere decir que te da flatulencia.

Avergonzada, Gina dejó caer la cuchara y no comió más.

¡Ya lo que le faltaba, sufrir un ataque de gases!

—¿Y qué vas a hacer hoy, Miguel? —cambió la anciana el tema de conversación durante la sobremesa.

El muchacho se encogió de hombros.

—Poca cosa. Mañana saldré temprano al campamento, así que no bajaré a Pola de Lena esta noche. Me quiero acostar pronto.

—Pola de Lena es un pueblo que está al lado —le informó el abuelo a Gina antes de dirigirse a su nieto—. *Entós*, ¿os apetece que juguemos a La Perejila?

—Ni de coña, *güelu*.

—¿Por qué? —protestó este.

—Porque siempre ganas. Mejor un parchís, así Gina juega con nosotros.

La aludida pegó un respingo.

—¿Yo? No conozco ese juego —se excusó.

—El parchís es como el ludo —explicó Miguel levantándose a recoger la mesa.

—Ah, a eso sí he jugado —dijo alegremente—. Y me gusta mucho.

—Pues venga, al lío —apremió el abuelo poniéndose en pie.

En un santiamén la mesa estaba recogida, el juego dispuesto y los colores de las fichas asignados.

—Nosotros jugamos apostando —advirtió el *güelu*—. No lo hacemos con dinero. Eso no *ye* interesante.

—¿Entonces? —animó Gina a que se explicase.

—Pagamos prenda —respondió Miguel. Como ella pareció no comprender, sonrió de medio lado—. No prenda de ropa, aunque no estaría mal… ¡*Güela*! —protestó cuando esta le dio una colleja.

—*Tontás* las justas —advirtió, pero luego carraspeó y se dirigió a Gina—. Consiste en que el ganador pide al último jugador que logre llegar a meta con todas las fichas que haga algo por él.

—Algo ¿como qué? —aventuró Gina con recelo.

—Cosas sencillas que se pueden cumplir —dijo Rosa a modo de advertencia—. Y, desde luego, nada pecaminoso.

Miguel bufó, pero Gina se sonrojó. Porque ella sí que había pensado en algo tan verde como la fichas con las que jugaba Miguel, unas fichas que, se dio cuenta, avanzaban más casillas que las que le tocaba.

—Has hecho trampa —dijo cansada de quedarse callada y de que se comiera todas sus

fichas.

Sabía, a ciencia cierta, que Miguel lo hizo a propósito, porque en una de las ocasiones podía haberse comido la ficha del abuelo, que iba tan avanzado como Miguel, pero el señorito fingió no verlo y se comió la de Gina, declarando así que su propósito no era ganar: era que ella perdiera.

Tras la acusación, Miguel pegó un respingo y la miró escandalizado.

—¿Yooo? ¿Trampa? Dime cómo.

Tan roja de rabia como las fichas que eligió, Gina señaló un punto concreto en el tablero.

—Has sacado cinco —le advirtió.

—Claro —coincidió este con condescendencia—. Del cuarenta y uno al cuarenta y seis.

—De eso nada —contraatacó la joven—. Estabas en el cuarenta porque la baza anterior he deseado con todas mis fuerzas que me saliera un uno para comerte.

Picarón, Miguel ronroneó y le guiñó un ojo, provocándole un escalofrío y desatando su imaginación.

Por suerte la abuela intervino pegándole una patada al nieto por debajo de la mesa, a juzgar por el rugido de dolor de Miguel.

A regañadientes, este colocó la ficha en el lugar que le correspondía, y aunque el resto de la partida no volvió a hacer ninguna fullería, tuvo una suerte que no era ni medio normal y que le llevó a la victoria, al contrario que ella, que acabó perdiendo.

Algo le dijo que los ancianos también habían hecho de las suyas.

—No es justo —protestó desanimada. Miró a los abuelos y entrecerró los ojos—. Sabéis que ha hecho trampa. Y vosotros, también.

Los abuelos, lejos de responder, se levantaron de la mesa y recogieron rápidamente el parchís antes de retirarse a echarse una siesta.

Tan pronto como se quedaron a solas, Miguel se frotó las manos.

—Hora de pagar prenda.

Gina se puso rígida y lo miró desafiante.

—No voy a besarte —le advirtió.

Miguel bufó.

—¿Quién ha dicho que es eso lo que quiero de ti?

Gina se cruzó de brazos.

—La experiencia pasada.

Miguel chasqueó la lengua, pero se sonrojó levemente.

Por un momento Gina vio el gran parecido que tenía con su hermana Rocío. Ambos tenían el pelo de un caoba intenso, los mismos ojos brujos de color violeta y la misma tez lisa y tersa, sin una sola mancha. Ni una sola peca.

Miguel lucía una piel más bronceada que Rocío, tal vez por estar tanto tiempo a la intemperie con los animales, pero se apreciaba que de no ser por esa exposición, sería tan blanco como su hermana. La intensidad de su rubor era la muestra de ello.

Aun así, tenía una piel preciosa.

Inconscientemente, Gina se llevó una mano a su rostro, como si pudiera borrar sus pecas, tantas y tan juntas que parecía que tenía la cara manchada, algo que siempre le había acomplejado muchísimo.

Tal vez Miguel presintió su súbita incomodidad, porque le apartó la mano y le dedicó una sonrisa.

¡Tan bonita! ¡Tan sincera! ¡Tan capaz de hacerle olvidarse de todo!

«Cuidado, Gina. Este es de los peligrosos».

—Bueno —dijo rápidamente, un tanto aterrada al ver el giro que estaban dando sus pensamientos, un giro que la llevaba derechita derechita al desastre—. Entonces, ¿cuál es la prenda?

Miguel tornó su mirada cálida por otra de auténtica maldad.

—Que te vengas conmigo.

Gina parpadeó al principio, pero luego ladeó la cabeza y lo miró con recelo.

—¿A dónde?

Miguel sonrió de oreja a oreja.

—Al paraíso, vaquera. Al auténtico paraíso.

Galería casa Alonso
18:30 h.

—Mira que le gustan los animales a esta guaja.

Miguel, que hasta ese momento había tenido la vista clavada en un punto fijo, en una persona en concreto, sonrió antes de voltearse a mirar a su abuelo, que acababa de entrar en la galería.

—Deformación profesional, se llama.

Bermudo palmeó la espalda de Miguel y le devolvió la sonrisa.

—Tiene a quien parecerse.

A modo de respuesta, Miguel se encogió de hombros y voló la vista hacia el prado frente a la casa, donde Gina acariciaba a un pequeño burro bajo la atenta mirada de la madre.

Por un momento le pareció que ella giraba la cabeza en su dirección, y quizás hubiera huido si no hubiese estado el abuelo.

No le gustaba que ella pensase que la estaba espiando.

Coño, a él no le gustaba siquiera reconocerlo.

—Por cierto, gracias —dijo al abuelo.

Este rio por lo bajo y se sentó en el banco.

—No hay de qué, pero que sepas que es más difícil hacer trampas para perder que para ganar.

Miguel asintió.

—Por cierto, ¿ha aceptado? —quiso saber el abuelo.

—Sí.

—Cojonudo. A ver si de aquí a la semana que viene nos la ganamos.

Confundido, Miguel se giró a mirar a su abuelo.

—¿Ganarla? —Como el abuelo se levantó dedicándole una mirada más que significativa, Miguel no quiso adentrarse en ese jardín. Aun así, preguntó—: ¿Y qué pasa la semana que viene?

Bermudo, que ya había traspasado la puerta, se giró y lo miró con tristeza.

—Que el otro vuelve.

Y se marchó, dejándolo más confundido.

Y más perdido.

Pero, sobre todo, muy muy acojonado.



CAPÍTULO 12

PARADISE CITY
Take me down to the Paradise City,
Where the grass is green and the girls are pretty.
Take me home.
(Llévame a la Ciudad Paraíso,
donde el césped es verde y las chicas son bonitas.
Llévame a casa.)
Guns N'Roses

Instastories @Chaileagbhò
Sábado 1 de agosto.
8:55 h.

«Madre mía, lassies. En verdad esto es el paraíso. ¡Y he visto un oso pardo! ¡Uno de verdad!

Dios, ha sido la experiencia más increíble de mi vida. Puede que Miguel sea un patán de cuidado (por cierto, es ese de la cámara), pero gracias a él he hecho mi sueño realidad de ver un oso.

Dice que eso no es todo, que con un poco de suerte veremos visones. Incluso linces ibéricos…

¡Ojalá!

Me pregunto qué más acabaré descubriendo en esta escapada al paraíso.

¡Ya os contaré, lassies!».

Momentos antes…

Acordaron salir temprano, así que ahí estaba ella, lista para la aventura. Tan nerviosa y expectante se había sentido desde que Miguel le explicó el plan, que le había costado mucho dormir.

Y, pese a ello, ahí estaba, levantada a las cinco de la mañana preparando todo lo necesario para el viaje.

La abuela, como buena mamá gallina, se había levantado para ayudarles, pese a las protestas de Miguel.

—*Güela*, ¿cómo nos vamos a llevar un taper de fabes?

—Tienes infernillo, ¿no?

—Que no, que no —se negó el hombre en rotundo—. Que ya llevamos suficiente. Además, vamos a comer en la Sinfonería, en Cangas de Onis.

La abuela comenzó a aplaudir.

—¡Verás, Gina, lo bien que se come allí! A nosotros nos llevó Miguel el año pasado y casi reventamos. Te tienes que pedir un cachopo —aconsejó Rosa.

—Lo va a flipar —se guaseó Miguel guiñándole un ojo.

—Pero ¿qué es cachopo?

—Como una milanesa, pero a lo bestia.

—¡Ah! —siguió diciendo la *güela*, metiendo en la bolsa refrigeradora un taper de vaya usted a saber qué—. Y llévala a ver a la Santina.

—¿Qué es la Santina? —preguntó Gina.

—La virgen de Covadonga. Sí, *güela*, tenía pensado pasar por allí antes de subir a la *rave*. Tengo mucho que pedirle.

—Y agradecerle —le recordó la abuela—. Siempre hay que agradecerle.

Miguel hizo un gesto descreído, como si no tuviera gran cosa que agradecerle a la Santina.

Gina sintió un poco de lástima por él, porque por un momento vio que sus ojos color violeta se cubrían de tristeza.

¿Por qué tuvo de pronto muchas ganas de abrazarlo tan fuerte que disipara sus nubarrones? ¿Por qué le picó la mano ante la necesidad de apretar la suya para indicarle que ella estaba allí, que quería compartir su pena?

Pero, a ver, ¿para qué querría ella compartir nada con él, ni pena ni alegría?

—Venga, *güela*, vuelve a acostarte, que es temprano —estaba pidiendo Miguel—. Nosotros ya nos vamos.

—¿Lo lleváis todo? —insistió la abuela mientras se dejaba besar por su nieto.

—Que sí, cansina.

Doña Rosa fue a darle un beso a Gina y luego subió las escaleras al piso superior.

—¿Lista? —preguntó Miguel.

A modo de respuesta, Gina se acomodó una mochila y cargó una de las bolsas que había preparado doña Rosa.

En silencio y prácticamente a oscuras ambos descendieron la cuesta hasta el coche de Miguel, que estaba aparcado a un lado de la carretera.

Después de cargarlo todo, Gina se subió al coche dispuesta a vivir una aventura, pero Miguel no arrancó, sino que se acomodó y, después de fruncir el ceño, abrió la portezuela.

—Ahora vengo —advirtió.

Gina se quedó allí, siguiéndole con los ojos, hasta que vio que se perdía en el interior de la casa. No tardó aparecer, pero cuando ya estaba llegando al coche se detuvo de golpe y, tras un

suspiro, volvió a subir.

Repitió el proceso tres veces hasta que al fin llegó al coche y se montó.

—¿Todo bien? —preguntó Gina.

Miguel la miró de reojo mientras se ponía el cinturón.

—Sí, sí. Solo que tenía que hacer una cosa —dijo cortante.

Se acomodó en el sillón y puso música, pero en ningún momento hizo amago de arrancar.

—¿A qué esperamos? —advirtió Gina.

Miguel volvió a suspirar y señaló al frente.

—A que amanezca.

La escocesa frunció el ceño e iba a decir algo al respecto, como por ejemplo que entonces para qué narices le había hecho madrugar tanto. No es que le importase, pero tampoco le apetecía estar encerrada en un coche con él hasta que amaneciera, para lo que faltaba un buen rato.

Sí, Gina iba a regañarle, pero entonces recordó algo y frunció el ceño.

—No es tan simple como que no te gusta conducir de noche —aventuró—, es que en realidad te ves incapaz.

Miguel la miró con los ojos entrecerrados y los labios apretados, pero no dijo nada y, tras asentir, miró al frente.

Gina no añadió nada más, porque comprendió su malestar y se solidarizó con él. Después de todo, a ella le sucedía algo parecido, aunque en su caso no era un impedimento, como parecía ser el caso de Miguel, sino solo que se ponía nerviosa porque no veía bien.

Al fin empezó a clarear y pusieron rumbo a Somiedo, donde Miguel le quería enseñar el parque donde habitaba el oso pardo.

—Es realmente difícil divisarlos. Muchas veces la gente viene a propósito para verlos y se van como han venido —estaba explicando Miguel mientras buscaba el sitio perfecto para colocarse. Aunque habían madrugado bastante, al ser época vacacional ya había muchas personas que, como ellos, se habían acercado hasta el mirador de Gúa, uno de los mejores lugares desde donde ver al oso—. Como es temprano, creo que tendremos suerte.

Gina asintió y miró hacia el monte, a la espera. Por suerte para ellos, esta no fue demasiado larga.

La escocesa se hallaba perdida en sus pensamientos, cómoda en su silente espera, cuando Miguel, de pronto, la tomó del brazo.

—Mira, Gina. Allí —susurró tendiéndole unos prismáticos.

Gina se los colocó rápidamente y buscó en la dirección que señalaba Miguel.

Al verlos, se quedó sin aliento.

Al principio no era más que una mancha marrón trepando por la ladera rocosa del monte. Detrás, y con mucha dificultad, le seguían dos pequeñas bolitas de pelo negro. Gina ajustó la lente para verlos mejor, y así pudo reconocer a los oseznos.

—Cómo trepan —dijo en un susurro.

—El oso pardo se establece en zonas prácticamente inaccesibles —comenzó a explicar Miguel—. Lo hacen para protegerse de su peor enemigo: el macho.

Gina, sin dejar de mirar por los prismáticos, frunció el ceño.

—¿Se sienten amenazados por él?

—Más que eso —dijo entre risas Miguel—. Por pura supervivencia, el macho tiende a querer eliminar los oseznos de otro macho para tener su propia progenie. Al matar a las crías, el macho se garantiza que la hembra pueda tener un nuevo celo. Como los machos tienen un acusado sentido del olfato, las osas suelen ocultarse de ellos en los lugares más remotos y de

difícil acceso. Por desgracia, a veces los encuentran. Son habituales los casos en los que se han encontrado a osas despeñadas por tratar de proteger a sus oseznos.

—Pobrecillas.

Los oseznos eran preciosos, con su paso torpe y vacilante, entrañables en sus juegos entre ellos y con las ramas de los matorrales con los que se topaban, pero Gina se maravilló con la osa. De pelaje castaño y brillante, tenía el cuello blanco, como un collar de perlas. Era admirable la soltura con la que se movía sobre las rocas.

Iba apurada y se giraba de cuando en cuando a mirar a los oseznos, pero por suerte para los presentes se dejó ver durante un tiempo antes de perderse entre unos piornos de gran altura.

—Qué maravilla.

Miguel, que había terminado de fotografiar a la pequeña familia, bajó la cámara y la miró de hito en hito.

—¿De verdad te ha gustado?

—¿Gustarme? —dijo como si fuera bobo—. Es lo más excitante que he experimentado en mi vida… ¡No vayas a empezar con tus tonterías! —advirtió cuando Miguel comenzó a reírse.

—Eh, que no iba por ahí —se defendió el español—. Anda, que por una vez que no me lo tomo por el lado sexual…

—¿Y por qué lado te lo has tomado?

—Pues que si esto te ha parecido fascinante, pecosa, ya verás cuando lleguemos al campamento y veas lo que se ha instalado en la zona.

—¿Más que esto? —dijo descreída.

—Mucho más —advirtió Miguel mirándola con intensidad.

Tanta, que durante un rato cada cual se perdió en los ojos del otro, tal vez diciéndose muchas cosas en silencio. Tal vez prestando atención a lo que susurraban sus corazones.

Tal vez atreviéndose por primera vez a mirar el uno dentro del otro.

Aterrada por lo que vio en los ojos de Miguel, Gina apartó la mirada y clavó sus ojos azules en el suelo.

—Voy a ver si hago una fotografía más —le escuchó decir con desilusión.

Gina asintió y, por miedo a hacer o a decir algo inapropiado (como tirársele encima y suplicarle que la besase hasta que perdiera el conocimiento), sacó el móvil para subir un *story* a Instagram.

—¿A quién le hablas? —le preguntó Miguel cuando terminó de fotografiar.

—A mis seguidores de Instagram.

El español frunció el ceño y la miró con preocupación.

—Y… ¿has dicho que estás conmigo?

Gina parpadeó.

—Claro. No veo por qué ocultarlo.

Su respuesta no mitigó la preocupación de Miguel.

—¿Y eso no te meterá en problemas?

—No te entiendo. ¿Problemas, por qué?

Miguel resopló e hizo un mohín de desdén.

—Porque si yo fuera tu novio, me cabrearía muchísimo que estuvieras con otro.

Gina, ante la mención del innombrable, se puso en guardia.

—No veo por qué. No es… celoso. Además —se apresuró a añadir al ver la mirada incrédula de Miguel al captar la mentira—, aunque lo fuera, no vería mis historias.

—¿Por qué?

—Principalmente, porque no me sigue en redes.

—¡¿Por qué?! —insistió Miguel, a quien se le escapó una risa irónica.

—Porque no tiene Instagram. ¡Y fin de la historia!

Ignoró la mirada significativa que Miguel le dirigió y le tendió los prismáticos para que los guardara.

Entonces no lo pensó, pero no se molestó en comprobar si Manu había dado señales de vida. Era curioso que en ese momento eso careciera de importancia.

Como si Manu no existiera…

—Bueno, ya hemos terminado aquí —anunció Miguel guardando el resto del equipo.

Gina lo miró y dejó caer los hombros.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

Miguel señaló con la cabeza al monte.

—Dudo mucho que volvamos a verlos, así que mejor nos pasamos por mi campamento. Revisaremos las cámaras y con suerte tal vez nos encontremos con alguna sorpresilla.

—¿Como cuál? —dijo Gina, entusiasmada de nuevo.

Miguel le tocó la punta de la nariz.

—Mujer, las sorpresas si se cuentan, dejan de serlo. No seas impaciente. Vamos.

Gina se asombró de la naturalidad con la que Miguel le tomó la mano y caminó hasta el coche sin soltársela, mientras hablaba con pasión de su trabajo.

Tanta, que Gina no abrió boca. No porque Miguel no le dejara meter baza, que también, sino porque su entusiasmo era contagioso.

Así que ahí estaban, de camino al parque Natural de Redes, él hablando sin parar de todos los proyectos de repoblación en los que había participado, de los que tenía en mente, de los reportajes que había realizado para el *National Geographic* y del que quería hacer con la BBC. Tenía tal brillo en los ojos y una sonrisa tan afable, que Gina se mantuvo con los ojos clavados en él, totalmente fascinada y embelesada.

Tal vez Miguel debió percatarse de su mutismo, porque frunció el ceño y la miró de reojo.

—Perdón, creo que he hablado demasiado.

—Para nada —se apresuró a tranquilizarle al verle tan apurado—. Ha sido muy instructivo.

Miguel sonrió.

—En ese caso… —dijo encogiéndose de hombros—. Pero la clase se acabó por hoy. Mejor hablemos de otro tema mucho más interesante.

—¿De qué?

Miguel se puso serio de golpe.

Gina, al detectarlo, en guardia.

—De tu novio.

La joven gruñó y se hundió en el asiento.

—¿Tenías que estropearlo? —replicó en tono enfurruñado y mirando por la ventanilla.

Miguel negó varias veces con la cabeza.

—No era mi intención. Pero… ¿qué haces aquí, Gina? Y no me digas que has venido a visitar a los abuelos, porque eso no cuela. Uno no se va al país de origen de su novio *sin* su novio, a ver a dos abuelos que viven perdidos entre montañas. Y, por otro lado, ¿tan malo es eso que ha pasado que el simple hecho de nombrarlo hace que regrese la tristeza a tus ojos? ¿Y por qué hablar de tu novio estropea la velada?

Gina suspiró y cerró los ojos, como si deseara borrar cualquier tipo de prueba.

—No quiero hablar de ello. —Giró la cabeza y lo miró, implorante—. Por favor.

Miguel asintió y durante más de un minuto se mantuvo en silencio, hasta que frunció el ceño.

—Pero ¿tú estás bien? Digo, no hace falta que me cuentes qué ha pasado entre vosotros. Solo me gustaría saber si puedo ayudarte en algo.

Gina casi pegó un respingo, y lo miró un tanto asombrada.

Porque Miguel no quería saber. No le podía la curiosidad de qué era lo que la había llevado a Asturias.

No, en ese momento, Miguel solo quería cerciorarse de que ella no sufría.

—Yo… —Frunció el ceño cuando descubrió que, en efecto, desde que llegó a Asturias, estaba más que bien. No había vuelto a llorar, y eran más los momentos en los que pensaba en Miguel que en Manu. Tal vez porque pese a sus tontas peleas, el asturiano le daba… vida. Y aunque debería estar hecha polvo por las mentiras de su ¿novio?, asombrosamente no era así. Estaba…—Estoy muy contenta de haber venido.

Y no mentía.

Miguel chasqueó la lengua.

—¿Aunque yo esté aquí?

Gina sonrió con afecto.

—Pese a ello, sí —reconoció entre risas y asestándole un puñetazo cariñoso en el hombro —. Me ha gustado mucho conocerte un poco más. Ha sido toda una sorpresa saber que compartimos la misma pasión por los animales.

Miguel resopló.

—Y eso que tú pensabas que era un asesino.

Gina se tapó la cara con las manos, avergonzada al recordarlo.

—Creía que lo que llevabas era una escopeta. Y como ibas vestido con ropa de caza…

—De camuflaje —corrigió él, a lo que Gina asintió.

—Reconozco que tuve muchos prejuicios contigo. Espero que me perdones.

Sin dejar de mirar la carretera, Miguel compuso un gesto muy cómico, entre asombrado y horrorizado.

—¿Ya no piensas que soy un… carcayú?

Gina, después de poner los ojos en blanco, rio suavemente.

—Al menos, no un apestoso. Pero un poco patán sí que sigues siendo. Y un mujeriego — rio.

—Uy, sí, mira la corte de mujeres que tengo —dijo tras un chasquido de lengua—. A mí nadie me quiere.

—Seguro —dijo Gina con un revuelo de ojos.

Miguel la miró con el ceño fruncido.

—Te digo la verdad. ¿Quién va a querer a un patán que se pasa la vida entera buscando animales en el bosque?

«Yo», se apresuró a decir su voz interior, y sonó tan certera, que Gina agitó la cabeza, como si así pudiera silenciarla.

Como si así pudiera borrar la confesión…

—Ahora en serio —decidió cambiar de tema—, ¿me perdonas por haber pensado lo peor de ti?

Miguel entrecerró los ojos mientras parecía pensar sobre ello. Al fin, la miró y le dedicó una sonrisa.

—Solo si tú me perdonas por el episodio de la carretera.

Gina aceptó con un cabeceo y una sonrisa antes de relajarse en el asiento.

El resto del camino hasta el parque Natural de Redes, fue mucho menos tenso y mucho más ameno, en el que, entre risas, Gina le enseñaba tacos en gaélico a Miguel, y este a su vez le enseñaba palabras en asturiano.

Sí, definitivamente, estaba muy contenta de haber hecho ese viaje.

Pese a Miguel.

¿O precisamente por Miguel?

Covadonga, Asturias
18:00 h.

Por experiencia, Miguel sabía que cuanto más sobreexcitado, inquieto y expectante se sentía, y cuando más estaba disfrutando, más probabilidades había de que el *Colega* hiciera acto de presencia.

Lo tenía tan claro, que por norma general se anticipaba a él y se preparaba para que nadie se diera cuenta de su aparición y, por ende, de su sumisión ante él.

No, hasta el momento nadie había detectado nada anormal en Miguel. Nadie se había percatado de su *irracional* e *inaguantable* comportamiento.

Nadie había sido capaz de descubrir lo que había mal en él.

Ese día, y justo por tener la compañía que tenía, Miguel luchó con todas sus fuerzas contra la pulsión, pero cuanto más luchaba, más demandante se volvía el *Colega* y eso le impedía disfrutar al máximo del momento.

Porque ¡vaya si estaba disfrutando!

Una vez relajada y libre de sus prejuicios, descubrió que Gina, además de tener mucho carácter, era muy divertida. Era tímida, pero una vez se sentía segura mostraba un despliegue de humor que resultaba asombroso. Tenía un gran corazón, algo que ya sabía, pero también un inquebrantable sentido del honor.

Era… encantadora.

Sí, así se sentía Miguel conforme conocía una nueva faceta de ella, como si cada palabra que salía de su boca lo embrujase.

«Calla ya, mujer. No me cuentes más cosas sobre ti. ¿Acaso no ves que con cada capa que te quitas me enamoro un poco más de ti?», le hubiera gustado advertirle.

Pero ¿para qué estropear el momento con una confesión para la que ninguno estaba preparado? No, mejor disfrutar de cada segundo que la vida había querido regalarle a su lado.

En efecto, ese día podía ir derechito a su lista de favoritos de no ser porque cuanto más se abría ella a él, más se cerraba él a ella.

No, por mucho que Miguel lo intentó, hubo un momento en el que, como ya le pasara a primera hora de la mañana, no pudo aguantar más y no le quedó más remedio que sucumbir al *Colega*.

Aunque ella lo viera.

Aunque cambiara la buena impresión que ella había empezado a tener de él.



CAPÍTULO 13

VOICE IN MY HEAD
The voices in my head
Keep telling me I'm not okay.
'Cause it's feeling like a hurricane in my brain.
(Las voces en mi cabeza
siguen diciéndome que no estoy bien.
Porque se siente como un huracán en mi cerebro).
FALLING IN REVERSE

Instastories @Chaileagbhò
Sábado 1 de agosto.
18:15 h.

«Lassies, flipad con esto. Mirad, ese es el santuario dedicado a la Virgen de Covadonga, o como la llaman aquí, la Santina, que, por cierto, es preciosa y muy pequeñita. No os pongo fotos porque no he sacado ninguna, ya que ponía un cartel que lo prohibía.

Miguel me ha dicho que no pasaba nada, que todo el mundo saca fotos, pero oye, una es cívica por naturaleza y si algo está prohibido no seré yo quien rompa las normas. Mirad, está allí arriba, en una cueva. Se la conoce como la Santa Cueva. Y fijaros en esa fuente… Se llama la Fuente de los Siete Caños, y dice la leyenda que si bebes de todos los caños sin respirar, antes de que termine el año te casas o te enamoras. Es curioso, pero por un momento he dudado si beber o no…

Lo más curioso es que Miguel ha bebido como si se le fuera la vida en ello, pues no sabía que tenía deseos de casarse.

Oye, que lo mismo tiene novia y yo no lo sabía.

O lo mismo está enamorado…

Lo mismo da.

El caso es que estaba equivocada con respecto a él. No solo es un amante de la naturaleza

y defensor de los animales y del medio ambiente, sino que tiene muchas ideas sobre repoblación y recuperación de especies en peligro de extinción. Además, cuando no está con un proyecto, hace reportajes y documentales sobre la vida animal en los bosques. Eso es justo lo que está haciendo en el campamento.

Buah, lassies, lo he flipado, porque además de mostrarme imágenes de la vida nocturna del bosque, muy ajetreada, por cierto, he visto in situ a un lince ibérico. Es lo más hermoso que he visto nunca. Ha sido de lejos, eso sí.

Ah, y también nos hemos topado con un par de familias de jabalís. Con estos últimos he pasado mucho miedo, pues los jabalíes son muy agresivos si presienten que sus jabatos están en peligro, pero Miguel me ha tranquilizado. Lo cierto es que a su lado me he sentido bastante segura, pues se ve que está muy familiarizado con la vida salvaje.

Me ha contado que estuvo mucho tiempo en el parque Yellowstone, (lo he flipado, os lo juro), en el bosque de Tongass y en la reserva del bosque Nuboso Monteverde en Costa Rica.

Vamos, que es el David Attenborough[14] *español…*

Por cierto, a ver si quiere bajar ya. Esta es la segunda vez que sube, supongo que porque se le ha olvidado pedirle algo a la Santina.

O agradecerle, como le dijo doña Rosa.

Ah, ahí le veo ya bajar. Ya está bien, porque tengo bastante hambre. Y eso que en los últimos días me he amoldado al horario de comidas de España… ¿Pero qué hace este hombre? ¿Por qué sube de nuevo…?

Lassies, me temo que todavía me queda aguantar un poco más para comer.

Pues nada, a esperar se ha dicho».

Gina se sentó en un escalón a la espera de que Miguel bajase. Mientras lo hacía, pensó, y mucho.

Tal vez, en otro momento, pensase en el increíble regalo que Miguel, sin pretenderlo y sin saberlo, le estaba haciendo. Y no solo por mostrarle Asturias en su máximo esplendor, sino porque también le estaba conociendo a él. No mucho, pues Gina presentía que todavía quedaban muchas capas hasta llegar a su verdadero fondo, pero lo poco que había conocido de él le había maravillado.

Pero, justo en ese instante, en ese preciso momento, Gina no estaba pensando en Miguel, ni en sus capas ni en su regalo.

Pensaba en Manu.

O, en realidad, pensaba en lo poco que había pensado en él durante todo el día.

Y ese pensamiento, atroz por otro lado, hizo que la escocesa, por primera vez, se atreviera a analizar la situación y a enfrentarse a una verdad que la dejó anonadada: no lo echaba de menos.

En circunstancias normales, debería haberlo hecho. Debería haber pensado en él cuando vio bajar a la osa con los oseznos. Debería haber deseado vivir ese momento con él; compartir con Manu todas y cada una de las vivencias del día.

Pero no lo hizo.

Como si Manu no existiese. O, peor, como si a ella ya no le importase.

Asustada, Gina no quiso seguir analizando la situación, así que miró hacia arriba para ver si Miguel había acabado con la Santina.

Aparentemente sí, porque ya estaba de regreso.

Entonces Miguel se detuvo de golpe, pero cuando la vio a ella sentada al final de las escaleras, concluyó el trayecto.

Gina iba a levantarse para recibirle, pero entonces, cuando apenas quedaban cinco peldaños,

se fijó en que estaba sudando.

Y no era por el tute que se estaba dando a subir y bajar escaleras; era por otra cosa. ¿Qué? Vaya usted a saber…

—¿Lista? —preguntó cuando descendió el último escalón.

Gina lo miró entonces y entrecerró los ojos.

Más que sudoroso por el esfuerzo, Miguel parecía fuera de sí. Hiperventilaba, y su mirada iba constantemente hacia arriba, hacia la cueva. Abría y cerraba las manos de forma compulsiva, y casi le parecía escuchar el rechinar de sus dientes.

Entonces, Gina lo supo. Todo tuvo sentido. Todo cuadró.

Con una sonrisa triste, y sin moverse del sitio, lo miró con afecto.

Tal vez con algo más.

—Solo si tú lo estás.

Miguel pegó un respingo y la miró de hito en hito durante un segundo, pero se recuperó rápidamente y entrecerró los ojos, como si la estudiara.

Como si esperase algo de ella.

Gina, que sabía qué, solo sonrió antes de darle lo que necesitaba: paciencia.

—Yo… —titubeó Miguel.

—Ve —animó ella—. Tómate el tiempo que necesites.

Como a un niño al que le han dado permiso para ir a jugar, Miguel corrió escaleras arriba, mientras Gina lo miraba con ojos cargados de amor.

Porque acababa de ver el fondo de Miguel.

Con un suspiro, miró al frente y aguardó con calma, con cariño incluso, a que él estuviera listo, aunque las tripas le crujieran como mil demonios.

Por suerte, Miguel no tardó en bajar, esta vez ya calmado, esbozando una sonrisa avergonzada y una mirada de disculpa.

—Ya.

Gina sonrió y se levantó.

—Pues venga, a comer. ¿Está muy lejos el restaurante? —preguntó mientras se sacudía el polvo del trasero.

Miguel, atento a sus movimientos, suspiró de desilusión.

—Yo quería hacer eso —susurró como un niño pequeño, ganándose un leve empujón—. ¡Oye!

—Tú atrévete y verás lo que te pasa. Y contesta —regañó ella.

Miguel, tras una risa ladina, echó a andar.

—No. A unos veinte minutos, más o menos. Tranquila —dijo mirándose el reloj—. Tenemos reserva para las dos y media. Vamos bien.

Gina no dijo nada más, sino que fueron hasta el coche en un silencio cómodo, que les acompañó durante el trayecto. No porque no tuvieran nada que decirse, sino porque, al menos por parte de Gina, tenía mucho que hablar. Tanto, que mejor poner en orden sus pensamientos.

Miguel, quizás en su misma tesitura, no rompió el silencio hasta que, una vez sentados en el restaurante, y tras haber pedido, buscó su mirada cerúlea.

—Estás muy callada.

Gina asintió y tomó un sorbo de agua, como si necesitase aclararse la garganta antes de soltar todo lo que tenía dentro.

—Miguel, tengo que darte las gracias por todos los regalos que me has dado hoy.

El aludido alzó las cejas y la miró un tanto sorprendido.

—¿Regalos?

—Muchos —confirmó ella—. La visita a los osos, que me llevaras a ver tu campamento y a la Santina… y que me hayas permitido conocerte un poco mejor.

En ese punto, Miguel se sonrojó y se puso serio.

—No te he contado más que tonterías de mi trabajo. Eso no es darse a conocer.

Gina sonrió con tristeza. Y con paciencia.

Muuucha paciencia.

—El trabajo dice mucho de una persona, y más si a esta le apasiona lo que hace. Pero, en efecto, creo que no es relevante. Lo que define a una persona es el conjunto de sus virtudes. —Hizo una pausa y clavó su mirada en la de Miguel—. Y de sus defectos.

Miguel tragó saliva, pero alzó un poco el mentón y la miró desafiante.

—Uf, pues de esos tengo yo un montón.

Gina, lejos de contradecirle, asintió.

—Como casi todo el mundo. No es malo tener defectos, pues en realidad las personas no dejamos de ser luces y sombras. Lo que es malo es no reconocerlos. O, peor, reconocerlos y no tratar de corregirlos.

Miguel, inusitadamente serio, ladeó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—A veces es… difícil.

—Y quizás también imposible —coincidió ella, para asombro de Miguel, que alzó las cejas —. Es ahí donde la paciencia y la tolerancia de los demás deben de entrar. Tan malo es tener defectos propios y no luchar contra ellos, como ser intransigentes con los demás. Esto último es un gran defecto en sí.

—Quieres decir que, en el fondo, debemos aceptar a los demás tal y como son.

—Exacto. —Gina frunció el ceño y miró a un lado—. No se puede ni se debe cambiar a las personas. Solo hay que… quererlas.

Miguel le regaló una sonrisa descreída.

—Eso es muy utópico, Gina. Siempre vamos a querer cambiar a los demás. Va en nuestra naturaleza.

—No siempre. No todos. No, cuando se ama de verdad. Mira Colin; respetó el deseo de tu hermana de vivir en *Little Castle* hasta que no estuvieran casados. Respetó su deseo de independencia, su cabezonería. Y luego está Rob. —Sonrió con afecto—. Cuando Laura se marchó, no trató de detenerla. La dejó ir, porque comprendió que ella necesitaba encontrar su camino. Si hubiera hablado, si se lo hubiera pedido, Laura se hubiera quedado, pero eso supondría que Laura tuviera que renunciar a sí misma, a sus sueños. Ni uno ni otro quisieron cambiarlas, porque las aman tal y como son.

Miguel siguió negando con la cabeza.

—Son casos muy aislados. Las personas somos egoístas y nos movemos por interés.

—Sí, así es. Pero creo que cuando se ama de verdad, uno tiende a sacrificarse. Se… prioriza. Como el mandaloriano con *baby* Yoda.

Ambos sonrieron. Miguel, además, asintió, coincidiendo con ella.

Tras un largo suspiro, se relajó en el asiento.

—Yo sería muy feliz si encontrase un amor así, incondicional —dijo Miguel con tristeza, como si ese hecho fuera imposible.

—Lo encontrarás.

Miguel chasqueó la lengua y bebió un trago de su refresco.

—Mis defectos son… *irracionales* e *inaguantables*.

Gina se encogió de hombros, pero entonces, al caer en la cuenta de algo, se sintió furiosa.

Iba su rabia dirigida a una persona en concreto, a un recuerdo preciso, pero también hacia sí misma, por permitir tantas cosas solo para que siguieran queriéndola.

Furiosa por transigir con la intransigencia de los demás.

De Manu en específico.

—¿Y eso, quién lo dice? —apostilló con fervor—. Mira esto —dijo señalando su rostro.

—¿Tus pecas? —aventuró Miguel.

—Exacto.

—¿Qué les pasa?

Gina resopló.

—Que las estás viendo, ¿no?

—Claro. Como para no verl… —Avergonzado, Miguel se calló de golpe y se movió inquieto en el asiento—. Lo siento, no sabía que te sentías acomplejada por ellas.

Gina negó energicamente. Esperó a que el camarero, que acababa de llegar, le pusiera el primer plato antes de continuar.

—Anteriormente, no. Nunca me ha importado. Pero… —Apretó los labios con fuerza, enojada con el descubrimiento—. Mis pecas nunca han supuesto un problema para mí, hasta que un día las tapé.

—¿Y? —instó Miguel a que continuase.

—Pues que ese día fue cuando Manu se fijó en mí.

Miguel parpadeó, sin comprender, pero luego ladeó la cabeza y enarcó las cejas.

—¿Estás diciendo que, de no ser porque te maquillaste, Manu no se hubiera fijado en ti?

—No lo hizo hasta ese día —confirmó Gina—. Pero, lo peor, es que odia que no lleve maquillaje. Odia verlas. Odia mis pecas.

Miguel bufó.

—Menudo gilipollas, con lo bonita que eres así, al natural.

—Yo no sé si soy bonita o fea. Solo sé que mis pecas no me definen, solo son una parte de mí. Y ahora comprendo que no aceptarlas, es no aceptarme a mí. ¿Y quieres saber qué más he comprendido? Que lo que para unos es un defecto, para otros es una… atrayente y preciosa peculiaridad física.

Miguel sonrió de oreja a oreja y alzó el vaso.

—Brindemos por las pecas.

—¡Y por los defectos! —se rio Gina.

Chocó su copa de agua con la de Miguel, bebió un trago y estuvo unos segundos callada, hasta que miró al español, que ya había empezado a comer su cachopo.

Vaya, ¿siempre había sido tan guapo, pese a su nariz aguileña, su barbilla saliente y sus ojos brujos? ¿O era que ahora, precisamente al fijarse en sus defectos, al verle tal y como era en realidad, con sus puntos fuertes y sus puntos débiles, veía todo el conjunto y le gustaba el resultado?

Caramba, vaya si le gustaba.

—Es complicado el tema de los defectos y de qué forma estos nos acomplejan —continuó antes de dar un bocado a su cachopo—. Oye, esto está de muerte.

—Te lo avisé. Lo mejor de la tierrina —se rio Miguel, pero luego volvió a ponerse serio—. En cuanto a lo que decías, creo que muchas veces no son los defectos en sí lo que crea complejo, sino el resto del mundo que se empeña en ponerlos en evidencia.

—Exacto. Llevo un buen rato pensando en una compañera del colegio. Era guapísima, tenía

un cabello precioso, rubio y sedoso, y era la más lista de la clase. Era un prodigio en todos los sentidos. Vamos, que tenía todas las papeletas para ser la chica popular, pero no lo era.

—¿No? —animó Miguel a continuase.

—Ni de lejos. Es más, ella sufría *bullying*. —Se sonrojó y se movió inquieta en el asiento antes de sincerarse—. Yo también me burlé de ella.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque era rara y parecía tonta. Hacía y decía cosas sin sentido, hasta que mi padre me pidió que me metiera en sus zapatos, que mirase y callase. Y eso hice. Durante varios días la observé en la distancia y analicé su comportamiento. Gracias a tomarme la molestia de mirar más allá de sus incoherencias, todo cobró sentido. Desde entonces, me convertí en su defensora.

—¿Qué descubriste? —quiso saber Miguel.

Gina aspiró aire, pero evitó mirarlo.

—Que tenía una enfermedad. —Gina se miró las uñas. Luego, a él. Y tan intensa era su mirada, que Miguel se puso rígido—. Ella es… como tú.

La Sinfonería.
Baños
14:50 h.

Miguel se lavó las manos.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

No porque estuviera sucias, sino porque lo tenía que hacer tres veces. No había razón alguna, salvo la de satisfacer al *Colega* y que así y le dejase un rato en paz.

No había querido salir corriendo, pero la vergüenza le pudo y ahí estaba, encerrado en el baño a la espera de que el *Colega* se callase y le dejase volver a la mesa.

Debía de haberlo sabido. Debía de haberlo imaginado cuando ella, con toda la paciencia del mundo (¡Paciencia, bendito tesoro!) le dijo que subiera de nuevo a ver a la Santina.

¿Tan evidente era su trastorno? No, de eso ya se guardaba él, pues nadie, ni siquiera su familia, sabía lo que le pasaba.

¿Tal vez él había bajado la guardia con ella? ¿O tal vez fue que ella lo había estado observando, en silencio y a lo lejos hasta dar con su problema?

—Lo mismo da —le dijo a su reflejo. O a su *Colega*. O a ambos—. Lo sabe. Lo acepta.

¿Por qué? Miguel lo ignoraba. Pero, desde luego, no era tan obtuso de creer que ella había empezado a sentir algo por él.

Y, aunque así fuera, ¿de qué le servía? Solo era cuestión de tiempo que ella descubriera lo *irracional* e *inaguantable* que era por culpa del *Colega*.

Que en esa relación siempre serían tres.



CAPÍTULO 14

TOC TOC
Toc toc, abre la puerta.
Toc toc, saca tu loco a pasear.
Ábrela-la, ábrela-lala.
Macaco

Instastories @Chaileagbhò
La Sinfonería.
14:50 h.

«Lassies, consejito del día: nunca, jamás, obliguéis a una persona a admitir un problema. Qué inútil me siento. Qué mala persona…»

—*¿Are you ok?*

Gina miró al camarero y sonrió con tristeza.

—Sí, no se preocupe —se excusó en español. Tal vez el camarero se había dirigido a ella en inglés porque los había escuchado hablar en ese idioma, el que usaban por norma general cuando estaban a solas.

Supuso que el camarero estaba preocupado porque imaginó que Miguel la había dejado plantada en el restaurante. Y ella empezaba a creerlo también, a tenor de lo mucho que estaba tardando en regresar de donde fuera que hubiese ido.

Pero, ¡menuda tontería! Miguel nunca le haría eso, tan solo necesitaba unos minutos a solas.

Gina se conformó con esa explicación, pero no así el camarero, que seguía a la espera y realmente parecía tener mucho interés en saber, pero como Gina era tan discreta, no dio ninguna explicación más y esperó a que se marchase para seguir comiendo como si no pasara nada.

Con paciencia, y mucha.

Y con nervios. Muchos.

Casi suspiró de alivio cuando lo vio venir, pero no supo a qué atenerse. Estaba serio y evitaba mirarla. No pudo determinar si su rictus contraído era debido a la vergüenza o al enojo.

Esperaba que fuera por lo segundo. Contra su mal genio podía lidiar.

Contra sus demonios internos, no.

Miguel evitó mirarla cuando se sentó, así que ella buscó su mano sobre la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó con sincera preocupación.

Miguel asintió y negó al mismo tiempo. Cerró los ojos con fuerza y, tras soltar el aire de golpe, la miró.

—¿Tan evidente es? —preguntó en un hilo de voz.

Gina sonrió y apartó la mano para continuar con la comida. Siempre es mejor enfrentarse a ciertos temas con el estómago lleno.

—No —confesó mientras troceaba su cachopo—. Solo que hoy, como hice con mi compañera de colegio, ha sido cuando me he tomado la molestia de analizar tu comportamiento. —Miguel no dijo nada, sino que, como ella, comenzó a trinchar la carne, en silencio y a la espera de que ella continuara—. Ya te dije que todos pensábamos que Bethany, que así se llamaba mi compañera de colegio, era un poco retrasada y tan maniática que resultaba desquiciante. No las manías tontas que todos tenemos, sino cosas como limpiarse los pies en el felpudo durante una eternidad, tanta que terminábamos empujándola para apartarla. O mirar su cajonera una y otra vez para comprobar que no se hubiese dejado nada. —Sonrió con tristeza y dolor—. Había veces en las que ya se habían apagado las luces y ella seguía allí, agachada mirando la cajonera… Incluso una vez cerraron el colegio con ella dentro. La encontraron al día siguiente, dormida en el mismo sitio donde la habíamos dejado; a los pies de su pupitre. —Gina guardó silencio y buscó la mirada violeta de Miguel, que escuchaba muy atento y muy serio. Y muy triste también —. No quiero justificarme, pero ese día fue el colmo y tal vez me dejé llevar por el rebaño y me comporté como ellos; una imbécil más que se burla de las desgracias de otra persona. Sí, Miguel, fui muy mala persona, y lo peor es que ignoraba el mal que le estábamos causando, hasta que la profesora hizo llamar a nuestros padres. Entonces fue cuando papá me pidió que me pusiese en su lugar, y eso hice. Así, descubrí que Bethany se regía por patrones; limpiarse los pies seis veces en el felpudo, no permitir que la comida se tocase entre sí, servirse siempre la misma cantidad de patatas (llegando incluso a contarlas) y evitar pisar las baldosas negras de las escaleras. Si esto sucedía, tenía que volver a empezar de nuevo.

»Después de muchos días observando su comportamiento, comprendí que tenía TOC. —Llegados a ese punto, Miguel se movió inquieto en el asiento y esquivó su mirada, así que Gina suspiró con pesar—. Lo siento, no hablaré más del tema, te lo juro. Solo quería explicarte que sé cuál es tu problema y que no tienes que disimular conmigo. No tienes que decir nada.

Miguel miró al techo, pero al fin clavó los ojos en Gina y le dedicó una triste sonrisa.

—Quiero hacerlo. Quiero hablar de ello contigo.

—En serio, no tienes por qué. No he sacado el tema para satisfacer mi curiosidad, sino para hacerte un poco más llevadero tu trastorno.

Miguel sonrió con desdén, que en ningún momento iba dirigido a ella, sino tal vez a sí mismo.

—Lo has llamado bien, trastorno, porque es algo que altera todo tu mundo. Obsesivo, porque no te deja pensar en otra cosa. Y compulsivo, porque te obliga a hacer cosas que tú no quieres. —Miguel bebió un sorbo de su refresco y luego chasqueó la lengua—. Me hace mucha gracia cuando la gente dice: «Uy, esto me da toc». O cuando creen tenerlo porque sufren ciertas

manías.

—Pero no es lo mismo.

—¡Ojalá y lo fuera! —dijo entre risas amargas—. Pongámonos en situación; por costumbre, rutina o sentido común, siempre compruebas que has echado la llave de la puerta de casa por la noche. Es normal, y necesario, revisar que esté echada. En eso que te vas a la cama, y justo cuando te estás quedando dormido, piensas: ¿he echado la llave? Entonces recuerdas que, en efecto, has cerrado la puerta, pero para quedarte más tranquilo te levantas a comprobarlo. Hasta aquí podría considerarse una manía, y la cosa se queda ahí, así que vuelves a la cama y duermes a pierna suelta. Un *toc* no puede dormir. Un *toc* vuelve a la cama después de la primera comprobación y cierra los ojos para dormir, pero entonces llega el pensamiento intrusivo, o el *Colega*, como yo lo llamo, y comienza con su retahíla; *¿y si lo has mirado mal? Mira que si por no revisarlo una vez más alguien entra mientras duermes... ¿Seguro que estaba cerrada? ¿Ese ruido es el de alguien entrando? Sí, es alguien que está entrando y va a matarte a ti, o a tus padres, o a tus abuelos, o a tus amigos. Sí, tienes que levantarte, o algo muy malo va a pasar*… Y te levantas una vez y otra y otra porque no se calla la puta boca y te muestra toda una suerte de catástrofes y todo será por tu culpa, porque no has sucumbido a la compulsión. Y no, no vale echarle fotos para cerciorarte, o llevarte a la cama las llaves después de cerrar; da igual, porque te vas a levantar una vez, dos y tres veces… Por cierto, el tres es mi número fetiche, a Dios gracias. No me imagino lo horrible que tiene que ser repetir las compulsiones seis veces o más.

Puso tal gesto de cómico horror, que Gina no pudo menos que reír con él.

Gozaron de un segundo de silencio, hasta que la escocesa continuó con el tema.

—No sé mucho sobre el *TOC*, y lo cierto es que yo misma he pecado de decir que algo me da *toc*, como un cajón abierto o mi manía de desenchufar la plancha del pelo, por ejemplo. Pero no hasta el punto que cuentas.

—No, porque si, por un casual, estuvieras fuera de casa y recordases que no la has desenchufado, ¿qué harías? ¿Volverías?

—No. Seguiría a lo mío y trataría de olvidarlo.

—Pues yo no. Yo no solo no podría olvidarlo, sino que no podría seguir con mi vida hasta que comprobase, tres veces mínimo, que está desenchufada.

Gina frunció el ceño y lo miró pensativa.

—¿Eso es lo que te ha pasado esta mañana, que has vuelto a la casa a desenchufar algún aparato?

Miguel rio con ganas.

—No, he vuelto a revisar que no me dejaba nada. Como Bethany con su cajonera —dijo entre risas—. Dios, es realmente liberador poder hablar con alguien de esto.

Gina le regaló la mejor de sus sonrisas.

—Me alegro mucho, Miguel.

El español asintió y troceó un poco de carne. Gina se fijó en la delicadeza de sus movimientos, en sus manos de dedos finos y alargados, en sus uñas, pulcramente cuidadas…

—Oye, Miguel —dijo cuando cayó en la cuenta de algo—. Y tú… ¿también te lavas las manos a cada momento?

Miguel negó con la cabeza, terminó de masticar y se limpió con la servilleta.

—No. Ese *TOC* yo no lo tengo.

Gina frunció el ceño.

—¿Hay diferentes tipos?

—A montones —dijo él—. El de limpieza y contaminación quizás sea el más famoso, pero

no el único; existe el de acumulación, el religioso, el perfeccionista, los ritualizadores mentales, los supersticiosos, los contadores… Muchos. Mi *TOC* es de verificación, repetición y orden y simetría.

—¿Y hasta qué punto te condiciona?

Miguel suspiró con cansancio.

—Pues hasta el punto de ser incapacitante. De hecho, muchos de mis compañeros de terapia conjunta tienen altos grados de incapacidad reconocidos por la Seguridad Social. Yo, como trabajo por cuenta propia y nadie depende de mí, tengo un grado leve.

Gina frunció el ceño.

—¿Vas a terapia?

—Así es, conjunta e individual. Y también me medico —añadió con un gesto reprobatorio —. Setralina, que es un inhibidor selectivo de la recaptación de la serotonina.

Gina, que había escuchado con la boca abierta, dejó caer los hombros.

—Y esa medicación ¿en qué forma te afecta?

Miguel resopló.

—Pues, de entrada, nada de alcohol.

Gina enrojeció, porque no se refería a eso. Se refería a…

—¿Y en cuanto a las relaciones? —preguntó tratando de mostrarse objetiva.

Miguel ladeó la cabeza.

—¿Te refieres a relaciones sexuales? —Gina asintió y Miguel chasqueó la lengua—. Bueno, la medicación es un poco… inhibidora. Suele… retardar el orgasmo. Mal para mí, pero bien para mis parejas sexuales —reconoció con un guiño pícaro que cayó en saco roto.

El tema era demasiado serio como para frivolizar sobre ello, según opinión de Gina, que dijo en un susurro bajo:

—Es mucho más grave de lo que parece a simple vista.

Miguel la miró muy serio.

—Mucho más, Gina. La mayoría de los *tocs* caemos en depresión y alguna vez hemos tenido pensamientos… suicidas.

—¿Tú también? —preguntó en un hilo de voz.

Miguel se encogió de hombros y bebió un trago.

—Puede ser. Tal vez… Sí, creo que alguna vez he pensado sobre ello, pero bueno… Resistí, que es lo importante.

—A Dios gracias —dijo Gina, pero luego frunció el ceño—. Y el TOC, ¿es peligroso?

Miguel negó.

—No para terceros. Al menos, no el mío. Por suerte, no me dan brotes violentos, aunque para mí es muy difícil estar tranquilo. Los *tocs* necesitamos controlarlo todo, y solemos ser muy rígidos de pensamiento. Cualquier cosa que desbarate nuestra rutina, lo que escape de nuestro control, nos puede llevar a una crisis. —La miró de forma elocuente y chasqueó la lengua—. Odiamos las sorpresas.

—O sea, que de fiesta sorpresa de cumpleaños, ni hablamos ¿no?

—Ni por asomo —exclamó aterrado, pero luego le guiñó el ojo—. Ni visitas inesperadas.

—*Mea culpa* —se disculpó Gina con un mohín—. Ahora comprendo por qué estabas tan distante conmigo al principio.

Miguel rio con condescendencia, como si ese no hubiese sido el motivo.

—Reitero —insistió Miguel—; cualquier cosa que descabale nuestro mundo. Aunque claro, también es bueno enfrentarnos a la incertidumbre y a los sobresaltos. En psiquiatría lo llaman

exposición y prevención de respuestas para evitar el bucle del TOC. De vez en cuando es aconsejable no tratar de erradicar la ansiedad que provoca la obsesión, es decir luchar contra la pulsión pese a la posibilidad de entrar en crisis. Créeme, esto es más agotador que el TOC en sí. Vulgarmente a esto se le conoce como salir de tu zona de confort. —Sonrió con tristeza y dejó que un suspiro de cansancio escapara de sus labios carnosos—. ¿Sabes cuál es el mejor momento del día? Cuando te despiertas. Esos primeros segundos, nada más abrir los ojos, son los más felices por la tranquilidad que conlleva. Y calma. Paz, ¡divino tesoro!

—¿Has probado con la meditación?

—Claro —asintió Miguel—. Es parte de la terapia.

Durante varios segundos Gina estuvo procesando la información, hasta que hizo un mohín de desagrado.

—Ahora mismo me siento muy… estúpida. Y muy culpable —confesó.

Miguel la miró interrogante.

—¿Por qué?

—Por contribuir en cierta medida a vuestro sufrimiento.

Miguel alzó las cejas, asombrado.

—¿Qué culpa tienes tú, pecosa, de lo que me pasa a mí?

—Culpa de tu problema, ninguna. De mi falta de empatía, mucha, porque ahora comprendo que el TOC es el trastorno más parodiado y cómico y no nos molestamos en ver el sufrimiento por dentro. Culpable, sí, de no darle importancia a las enfermedades mentales.

Miguel le tocó la mano sobre la mesa y la miró con dulzura.

—Tú no tienes la culpa, Gina. Solo que hay mucha falta de información al respecto. Además, nosotros los *tocs* tenemos gran parte de culpa, pues no solemos hablar de ello. De hecho, y en mi caso, solo tres personas de mi entorno lo saben.

—Tus padres y Rocío —aventuró la escocesa.

Miguel negó con la cabeza.

—Mi amigo Dani, su novia y… tú.

Gina parpadeó. No supo qué pensar sobre el hecho de que hubiera confiado en ella y no en su familia.

¿Por qué? Gina lo ignoraba. Pero presentía que había una razón importante detrás. O, tal vez, no la había. Tal vez solo le animó a contárselo el hecho de que era una desconocida.

O que, en cierto modo, lo había obligado a hablar del tema.

Al margen de ello, Gina se sintió muy impresionada por la capacidad de Miguel de tratar de llevar una vida normal frente a su familia.

—¿Tu familia no lo sabe? ¿Acaso nunca has tenido una crisis frente a ellos?

Miguel negó con la cabeza.

—No. De hecho, soy bastante reciente en esto. Me lo diagnosticaron hace cuatro años, aunque empecé con lo que yo llamaba «manías» mucho antes, hace unos ocho años. No fue hasta que me entró una crisis nerviosa, en la que me tuvieron que hospitalizar, que no supe de mi problema. Me pilló en Montana, así que mis padres ni se enteraron de ello. Lo oculté, sin más.

—¿Por qué, Miguel? —preguntó perpleja—. ¿Por qué se lo has ocultado a tu familia?

Este se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que para no preocuparles. O tal vez porque es demasiado complejo de explicar. —La miró y sonrió—. Tú lo has captado muy rápido, pero créeme, la gente no suele entender lo mal que se puede llegar a pasar. No comprenden que sucumbamos a la pulsión cuando sabemos, y somos muy conscientes de ello, que es una tontería, que nada cambia por

repetir una cosa, que en el fondo sabemos que hemos echado la llave… O, peor, que se rían de ello y lo vean una tontería, una llamada de atención. En cualquier caso, no me he atrevido a decírselo. Me da… vergüenza.

Gina negó.

—No te tiene que dar vergüenza alguna. Tú no eres tu TOC. No te define, solo forma parte de ti. Solo es un… defecto más.

Miguel la miró con admiración. Y con una emoción no expresada, pero implícita en sus ojos violetas.

Y con algo más grande que ellos mismos.

—No, yo no soy mi TOC —admitió, pero luego una sombra de tristeza nubló su mirada—, pero sí me hace… Inaguantable. Insoportable.

—A ver, un poco patán sí eres —dijo Gina solo para disipar la sombra de desdicha que parecía cernirse sobre Miguel. Lo consiguió, porque este sonrió de oreja a oreja—. Pero no insoportable.

—Pues eso díselo a mi ex.

Gina parpadeó.

—¿Tu ex… novia?

Miguel rio cuando Gina precisó.

—Sí, exnovia. Me dejó por mi *irracional* e *inaguantable* comportamiento —recitó en falsete. Puso los ojos en blanco, pero pese al gesto desdeñoso, Gina apreció su dolor—. Ahora ya no importa, porque a la larga comprendí que el amor se acabó. En mi caso, porque me agotó tener que fingir a cada momento para que me aceptase. Como dice el Joker[15], «Lo peor de tener una enfermedad mental, es que la sociedad te obliga a vivir como si no la tuvieras». En su caso, se cansó de esperarme en el coche a que revisara si había apagado la cafetera. O de mis crisis de ansiedad cuando no alineaba las toallas. O de mi imposibilidad de conducir de noche—. Lo último lo dijo mirándola con cara de disculpa. Para apaciguarle, Gina asintió, comprendiendo—. Tenías razón al decir que lo mío es una imposibilidad. El *Colega* se pone histérico, y empieza a gritar que voy a tener un accidente, y que me voy a matar, que voy a atropellar a alguien… Y veo sangre y cuerpos despedazados y vidrios rotos. Y escucho el chirrido de las ruedas, los gritos de dolor y el sonido de la ambulancia… ¿Quién puede conducir así?

—Nadie.

—Exacto, nadie. Por eso ese día iba tan deprisa; porque tenía miedo de que se me hiciera de noche conduciendo.

Gina parpadeó y dejó caer los hombros.

—Desde luego, si hubiera sabido esto, no te habría odiado.

—¡Me odiabas! —gritó Miguel, ofendido.

—Un poco sí —aceptó Gina poniendo cara de perrito—. Pero ahora ya no puedo hacerlo. Ya no te odio.

—Se agradece —se guaseó Miguel. Se apartó para que el camarero les sirviera el postre y esperó en silencio.

Tan pronto como el camarero los dejó a solas, Gina frunció el ceño.

—Una pregunta más, Miguel. El TOC ¿a qué es debido? ¿De dónde viene?

Miguel se encogió de hombros.

—El TOC es multifuncional. Puede darse por un fallo neuroquímico del cerebro, por fallos bioquímicos de la serotonina y la dopamina, consumo de sustancias, traumas infantiles o tan solo por predisposición biológica o genética.

—Ah, claro. Como tu abuelo, ¿no?

Miguel pegó un respingo y la miró de hito en hito.

—¿Mi… abuelo? ¿Qué pasa con él?

Gina alzó las cejas.

—Pues que él también tiene TOC.

Miguel bufó y rio al mismo tiempo.

—¿El *güelu*? Ni de coña.

—Vaya que sí —insistió Gina—. Si te has fijado, siempre está colocando cuadros, o recolocando el mantel para que las líneas coincidan con los bordes de la mesa. —Sonrió mientras tomaba una cucharada de su arroz con leche—. Al principio, cuando vi la mesa tan bien puesta el otro día, pensé que ambos habíais trabajado en un restaurante, pero la *güela* me dijo que era un ritual que tenías vosotros.

—Así, es, es un ritual, algo que siempre hacemos juntos. De hecho, lo hago por el *güelu*, pero no me había dado cuenta de por qué lo hacía él así… Joder; eso quiere decir que la *güela* también lo sabe. —Por un momento pareció aterrado, pero luego, tras hacerse a la idea, dejó caer los hombros—. Supongo que tarde o temprano tendría que pasar.

—Bah, tampoco es tan malo que lo sepan —animó Gina—. ¿Qué puede pasar? ¿Crees que van a dejar de quererte por ello?

—Tanto como eso, no. Pero ¿comprenderlo? Lo dudo —dijo negando con pesar.

—Ya te digo yo a ti que lo harán. Si yo lo he hecho, ¿por qué ellos no?

—Tienes razón. Tal vez me he preocupado por nada. Lo que sienten por mí, no tiene por qué cambiar.

—Oh, pero en eso te equivocas —dijo Gina con una enorme sonrisa—. Cambiará, y mucho. Porque te querrán mucho más.

Miguel bufó como si no la creyera.

—No te vengas arriba, vaquera, que tampoco es para celebrar que tengo un trastorno.

Gina le sacó la lengua, pero luego se puso seria.

—Solo te digo que su amor es incondicional y te querrán igualmente.

—Pese al TOC.

—O por el TOC —contradijo ella—. Mírame a mí; antes te odiaba.

Miguel ladeó la cabeza.

—¿Y ahora…? —animó a que concluyese.

Gina sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, ahora que te he conocido mejor, y gracias a tu TOC, todo ha cambiado. Ahora me caes genial —confesó.

Pero era una confesión muy pobre, porque lo que le había susurrado su corazón, había sido algo totalmente diferente.

«Ahora he caído rendida a tus pies».

Carretera N-634
17:00 h.

—¿Por dónde andas, tío? —se escuchó nada más descolgar el manos libres.

Miguel, sin apartar la vista de la carretera, sonrió por el *saludo* de su amigo.

—Buenas tardes, Dani. ¿Qué pasa, qué tal andas?

Hubo un breve silencio, hasta que su amigo al fin habló.

—He sido un poco brusco, ¿no?

—Nada, en tu línea —se rio Miguel—. Vamos un poco retrasados porque hemos tenido que volver al campamento.

—El *Colega*, ¿no? —aventuró Dani, y pese a que no podía verlo, Miguel asintió—. A nosotros nos ha pasado igual. Aquí la moza se ha levantado con ganas de gresca y hemos tardado un huevo en salir, así que hasta las siete no llegaremos.

—Imbécil —se escuchó una segunda voz.

Miguel la reconoció de inmediato.

—Yo también te quiero, Sofía —estaba diciendo su amigo, pero luego su tono cambió al preguntar—: Eh, ¿has hablado en plural? ¿Con quién vienes?

Miguel miró de reojo a Gina, que miraba a su vez por la ventanilla, como si así pretendiera darle privacidad para que hablara con total libertad con su amigo.

Ingenua… Ni que él la necesitara.

¡Con lo fácil que había sido hablar con ella de su problema!

¡Con la naturalidad y la empatía que había aceptado su enfermedad!

Como si él no fuera un bicho raro. Como si su *Colega* solo fuese un defectillo sin importancia. Como si él no fuera ni *irracional* ni *inaguantable*.

Solo Miguel.

—Voy… con una amiga —respondió a Dani.

Tal vez su voz expresó la emoción que sentía por dentro, porque Gina giró el rostro y le dedicó una sonrisa que le robó el aliento.

Con una amiga… ¡qué gran mentira!

Porque lo que su corazón quiso responder fue: «Voy con el amor de mi vida».



CAPÍTULO 15

EST-CE QUE TU M'AIMES?
J'étais censé t'aimer mais j'ai vu l'averse.
J'ai cligné des yeux tu n'étais plus la même.
Est-ce que je t'aime? J'sais pas si je t'aime.
(Se suponía que te quería, pero vi el aguacero.
Parpadeé, no eras la misma.
¿Te amo? No sé si te amo)
GIMS

Instastories @Chaileagbhò
Lastres, Asturias.
17:25h.

«¡Buah, lassies, cada lugar que visito de Asturias, es mejor que el anterior! Acabamos de llegar al lugar donde se va a celebrar la rave, un pueblito pesquero de calles empedradas, y con un mirador que tiene unas vistas al mar impresionantes. Ahora, que también te digo que me he hartado de subir y bajar escaleras…

Se llama Lastres y es de cuento de hadas.

Y hablando de lastres… Lassies, creo que va siendo hora de quitarme algunos. Ya he empezado con uno en particular.

Y que sea lo que Dios quiera…»

Momentos antes…

—Está de los nervios —se rio Miguel cuando cortó la llamada con su amigo.

Gina se giró un poco para mirarlo y frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Es la primera vez que pincha?

Miguel negó con la cabeza.

—No. De hecho, tiene mucho reconocimiento en el mundillo. Pero hoy está nervioso porque será la primera vez que pinchará un tema propio. —La miró de reojo y compuso una sonrisa tímida—. Yo también estoy un poco nervioso.

—¿Por él?

—No, por mí. Yo voy a tocar con él.

Asombrada, Gina alzó las cejas y sonrió de oreja a oreja.

—¿También vas a pinchar?

—Qué va —respondió entre risas descreídas—. No tengo ni puta idea. Yo le acompañaré con la gaita.

—¡Me tomas el pelo!

—No, no, en serio. El tema es una mezcla de *folk* con *hard techno* muy chula. Al principio tenía serias dudas, pero lo cierto es que ha quedado de putísima madre. Ya verás, ya…

Gina sonrió y se acomodó en el asiento.

—*Hard techno*… No te pega nada. Yo pensaba que te iba más la música *indie*, música alternativa… Ya sabes, lo que sea que escuchen los *hipsters*.

Miguel agrandó mucho los ojos y la miró por un segundo.

—¿*Hipster*? ¿Acaso tengo pinta?

Gina carraspeó.

—Bueno, al principio lo pensé, sobre todo por tus barbas y por tu camisa de leñador.

—La barba la tenía porque venía de hacer un reportaje en Rumanía en un pueblo alejado de toda civilización. Y la camisa —dijo con un encogimiento de hombros—, bueno, la camisa sí que era un poco *hipster*. Pero no; no soy nada *hipster*. Lo mío es mucho más… duro.

Como lo dijo con una sonrisa ladina y mirándola de reojo con lascivia, Gina le pegó un puñetazo en el hombro.

—No empieces con tus guarradas —le advirtió.

—Oh, nena… Cuando empiece, créeme, vas a saberlo.

—Oh, nene… En ese caso, fingiré no darme cuenta… ¡Y basta del tema! Estábamos hablando de música, y me siento muy intrigada por saber cómo alguien a quien le gusta el *hard techno* eligió aprender a tocar la gaita.

—Bueno, no fue así. En realidad, cuando elegí la gaita era muy joven y no tenía un gusto musical definido. Fue en la banda del colegio, aquí en Mieres, durante los años que estuvimos viviendo aquí. Luego nos trasladamos a Madrid y lo dejé, pero al cabo, cuando comencé a estudiar la carrera de ingeniería en Oviedo y me vine a vivir con mis abuelos, lo retomé.

Gina arrugó la frente y miró a la nada.

—Mi hermano Colin tiene razón al decir que Escocia y Asturias son almas gemelas. ¡Tienen tantas cosas en común! El paisaje, las costumbres, la autonomía del lenguaje, la gaita… ¡hasta el azul de la bandera!

—Como buenos celtas —estuvo de acuerdo Miguel—. Somos tan iguales, que por fuerza tenemos que ser amigos.

Gina sonrió con afecto y miró al frente.

Se habían retrasado un poco porque Miguel tuvo que ir a comprobar si había camuflado las cámaras bien, algo que a ella, y no mentía, no le había molestado en absoluto. Al fin y al cabo, era lo que se esperaba de un amigo; estar en las buenas y en las malas.

Amigos… ¿Eran amigos?

Cierto que sus rencillas habían quedado atrás, y que se habían sincerado, pero ¿quería ella ser su amiga? ¿O había un interés oculto, como, por ejemplo, un interés romántico?

La joven escocesa pegó un respingo cuando averiguó la verdad.

Pero, pese a ello, pese a admitirlo, no podía, ni debía meterse en ese jardín y tenía que conformarse con la versión menos satisfactoria pero más altruista del amor: la amistad.

Sin embargo, esa relación tampoco estaba siendo equitativa, pues Miguel le había entregado su confianza.

Ella, en cambio, había permanecido en un hermetismo bastante egoísta.

—Ya hemos llegado —anunció Miguel—. Aparcaremos por aquí y daremos una vuelta por el pueblo hasta que vengan estos, así bajamos la comida.

—¿Más? —se rio Gina, porque lo cierto era que el campamento de Miguel estaba bastante alejado de cualquier camino transitable y ella se había empeñado en acompañarle en vez de esperarlo en el coche a revisar que todo estuviera bien.

No supo por qué, pero no quiso dejarle solo; quiso vivir el TOC con él.

—¡Mucho más! —exclamó Miguel—. Este pueblín tiene unas cuestas del Copón Bendito y un millón de escaleras. Claro, que eso es lo que le hace especial.

Gina gruñó, pero de forma fingida, porque por normal general le gustaba mucho caminar.

Claro, que una cosa era andar, y otra echar el bofe por la boca.

—¿Paramos? —preguntó Miguel al cabo de un rato, cuando la vio resoplar y toda roja por el esfuerzo.

—Por favor —pidió.

Miguel rio por lo bajo y la condujo hasta la playa del Escanu, que pese a estar en agosto, estaba prácticamente vacía.

Cuando Gina recuperó el aliento, aspiró el aire con fuerza. Dejó que el suave olor a mar —muy suave, por cierto—, inundara sus fosas nasales y cerró los ojos para que las luces del atardecer bañaran su rostro.

Luego, simplemente miró al horizonte y se perdió en sus pensamientos.

Si por un instante hubiese mirado de reojo a su acompañante, le hubiera pillado mirándola embelesado, pero Gina estaba demasiado perdida en sus pensamientos.

Hasta que se enfrentó a ellos.

—Estaba pensando en todos los regalos que me has dado hoy —dijo de pronto, seria —; el viaje al mirador del oso y a tu campamento, la visita a la Santina y a la catedral, la parada en Cangas de Onis, el cachopo y el arroz con leche… Muchos, Miguel, pero ninguno como cuando me has abierto tu corazón.

Miguel chasqueó la lengua.

—Bruja, ahí has tenido tú algo que ver. Me lo has sonsacado de la peor de las maneras.

—Lo admito, y te pido disculpas. Pero podrías haberte negado a hablar de ello. A negarlo, incluso.

Miguel agitó la cabeza.

—No quería. No podía —incidió—. A ti, no. No sé por qué. Es algo que apenas estoy empezando a comprender, algo para lo que no tengo ni palabras, ni valor de enfrentarme. Y no sé qué buscaba en realidad al confesártelo, pero lo cierto es que me he quitado un peso enorme de encima. Ahora contigo todo es más… fácil.

Gina le apretó el brazo, agradecida, pero luego se puso triste y miró al frente, donde cielo y mar se convertían en uno.

—Creo que no he sido justa. Tú me has dado tanto, y yo nada.

—Pero, Gina —se apresuró a tranquilizarla—, no lo he hecho para que me lo devuelvas. Todo lo que te he enseñado, todo lo que te he mostrado, cada paisaje y cada confesión, ha sido porque quería hacerlo. Quería compartirlo contigo.

Algo se movió dentro de Gina, una emoción embriagadora que le obligó a tragar saliva.

—Lo sé. Y eso me hace muy egoísta, porque no te he contado nada de mí.

Miguel estuvo unos segundos callado, pensando en lo que decir a continuación.

—No es necesario. Ahora, si quieres contarme algo, lo que sea, aquí estoy, dispuesto a escuchar. Aprovecha ahora que estoy lúcido, que lo mismo luego me entran ganas de huir —concluyó entre risas, solo para quitarle hierro al asunto.

—Patán… —dijo Gina en broma, pero luego asintió—. Quiero hacerlo. Quiero hablarte de… Manu.

Miguel gruñó, delatando así que ese tema no le gustaba nada.

—Manu.

—Sí, Manu. —Gina suspiró y cerró los ojos, buscando en su interior la fuerza para enfrentarse a esa confesión—. Muchas veces me has preguntado que qué estaba haciendo aquí, y la respuesta es que vine buscando a Manu.

Miguel hizo un gesto de desprecio.

—Pues o no le has encontrado, o con lo que te has topado te ha hecho daño.

—Ambas cosas —confesó. Estuvo casi un minuto callada, hasta que se giró un poco hacia él para mirarle cuando le contara su verdad—. Conocí a Manu hace seis años en una fiesta en la que tocaba la guitarra, pero no me atreví a hablar con él. Soy tímida por naturaleza —se excusó con un encogimiento de hombros—. Luego coincidimos en varios eventos, pero nunca hablamos. Me miraba, eso sí, pero ni él ni yo nos atrevimos a dar el primer paso. No fue hasta que mi hermano lo contrató que no empezamos a hablar. Lo achaqué al valor que me dio tu hermana, la fuerza y la confianza que me otorgaron un vestido bonito y un poco de maquillaje. Y así, a lo tonto, empezamos la relación. Fueron cinco años felices, en los que no pasó nada. —Bufó y se restregó el rostro con las manos—. Debí de haber comprendido que ahí era donde flaqueaba nuestra relación; en que no pasaba nada. Solo transcurría el tiempo, un día tras otro, sin apenas altercados, salvo cuando yo anteponía mi profesión o cuando ignoraba sus… sugerencias.

Miguel gruñó por lo bajo y la miró de reojo, enojado. Gina sabía que iba dirigido a Manu, y no a ella.

—¿Como, por ejemplo, que siempre vayas maquillada?

Gina hizo una mueca de asco.

—Por ejemplo, sí. —Resopló, como si así pudiera librarse de tanto peso como había ido guardando—. Es increíble cómo perdonamos, excusamos o le restamos importancia a las cosas solo por miedo a perder a la persona a la que se quiere, pero más impresionante es el tortazo que te da la realidad cuando la venda cae al suelo.

—¿Eso es lo que te ha pasado, que al fin se te ha caído la venda de los ojos y has visto la realidad? ¿Que estabas ciega? —preguntó Miguel con ternura.

—Sí y no. Porque la venda no me apretaba tan fuerte como para no ver las cosas, sino que había una rendija que me dejaba vislumbrar esa parte de Manu que no me gustaba. Pero ¿sabes qué? Prefería ignorarla. No quería enfrentarme a ella.

—¿Y cuál es esa parte? ¿La intransigencia de la que hablábamos antes?

—En parte. Pero también en su falta de implicación, de compromiso. No, ahora veo con claridad que ni de lejos él tenía las mismas pretensiones que yo.

—Que eran… —animó Miguel a que continuara.

—Lo típico —respondió con un encogimiento de hombros—. Irse a vivir juntos, formar un hogar con niños, o perros, o gatos, o todo junto, o nada… Lo que sea, pero juntos, al fin y al cabo.

—Y has descubierto que él no quiere nada de eso.

—No lo sé, porque no he podido verle —respondió jugando con la arena.

—¿Acaso no sabía que venías? —preguntó Miguel con incredulidad, que aumentó al ver que ella negaba con la cabeza—. ¿Estás hablando en serio? ¿Estás diciendo que te has presentado aquí sin… avisar?

—Es una locura, lo sé —admitió Gina—. Fue después de una conversación muy interesante con tu hermana y con Laura.

—Lo que me parece una locura es la falta de confianza, que ni siquiera hayas hablado antes con él… No me malinterpretes —añadió rápidamente al ver que ella agrandaba los ojos—, no digo que tú desconfíes de él, que hayas venido porque no te fías, sino que no hayas tenido la valentía ni la confianza para expresarle tus miedos.

Gina asintió.

—Precisamente fue eso lo que me hizo venir; descubrir que tenía miedo a expresarle mis inquietudes por miedo a que me dejase. Que… yo transigía. Siempre transigía.

—Pero ahora has cambiado.

La escocesa rio con amargura.

—Un poco, y más cuando lo que he descubierto me ha hecho replantearme muchas cosas.

Miguel apretó los labios y la miró por un segundo.

—¿Quieres contármelo?

—Claro que quiero. Necesito un… enfoque diferente.

—¿Un enfoque masculino?

Gina negó con la cabeza.

—Un enfoque realista —precisó Gina—. Tú no le conoces y puedes tener una visión más objetiva.

—Objetiva, dice —dijo en un susurro, pero luego movió la mano para animarla—. Te escucho.

La joven subió las rodillas y las abrazó.

—Verás, todo empezó cuando hace un año me dijo que tenía que volver a España por un problema con sus padres; al parecer, hubo infidelidad por medio y se iban a separar. Manu me dijo que su madre estaba tan desolada que tenía que venir a ayudarla durante un tiempo. Al principio pensé que iba a necesitar un mes, pero pasó uno y dos y tres y cuatro y no tenía atisbos de volver. Fue a *Aigantaigh* en un par de ocasiones antes de la pandemia, pero solo se quedó unos pocos días cada vez. Incluso yo me aventuré a darle una sorpresa el día de los enamorados y vine a España un fin de semana, pero me marché con una sensación agridulce. Tuve la sensación de que Manu, por algún motivo, me estaba escondiendo de su familia, como si no quisiera presentármelos o, peor, como si ni siquiera hubiera hablado a su madre de mí. Creí saber qué le llevaba a actuar así, porque es muy orgulloso y con probabilidad no se atrevía a admitir que era pobre, como si presentarme a su familia fuera reconocer que estaba muy por debajo de mí. Era lo que él… insinuaba, la diferencia de clases. —Rio con amargura y meneó la cabeza—. Claro que hay diferencia de clases, pero al revés.

Miguel alzó las cejas.

—El rico es él —expuso.

Gina asintió con la cabeza.

—Muy rico. Y su madre… Dios, Miguel, tendrías que haber visto cómo me miró, como si yo fuese basura. Y, en verdad, no parecía en nada dolida.

—¿No te dejó verlo?

—No estaba. Me dijo que había salido el fin de semana a una finca y que hasta la semana que viene no volvería, pero que, donde estaba, no tenían teléfono ni cobertura ni wifi. Que estaba incomunicado.

No añadió que no fue solo. Que alguien lo acompañó. ¿Quién? A saber… ¿Su padre? ¿un amigo? ¿una amiga? ¿otra… novia? Lo ignoraba.

¿Y le importaba? Gina ya no lo sabía…

—Te está mintiendo —avisó Miguel con desprecio—. Hasta la finca más remota tiene algo de cobertura, cuando menos un teléfono.

—Lo sé. No quiso que me comunicase con él. Lo que sí he podido comprobar es que no tienen wifi ni datos, porque no recibe mis mensajes.

No le gustó la cara que puso Miguel, un gesto adusto que confirmaba sus sospechas.

—Gina, no quiero ser yo quien tenga que decirte esto, pero ¿has pensado en la posibilidad de que Manu te haya bloqueado?

Gina cerró los ojos con fuerza, pero se obligó a hacer frente a la realidad.

—Sí, lo he pensado. Pero no ha sido la primera vez que Manu ha tenido fallos en la cobertura, probablemente porque, ahora lo sé, estaba en esa finca, así que hasta que no regrese la semana que viene, no verá mis wasaps. Solo espero que cuando los lea se ponga en contacto conmigo.

—¿Y si no lo hace?

—Volveré a las *Highlands*, por supuesto. Ya nada me queda por hacer aquí. —Sonrió con tristeza—. Por lo menos, me queda el consuelo de haber venido y haber pasado unos días con los abuelos. Y… contigo.

—Me alegro por la parte que me toca —dijo guiñándole un ojo, pero luego se puso grave—. Ahora en serio, Gina, ¿tú cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Qué expectativas tienes?

Gina suspiró entrecortadamente, como el que trata de retener un ataque de ansiedad, así que se llevó una mano al pecho y escuchó lo que fuera que tuviera que decirle su corazón.

—No lo sé, Miguel —confesó al cabo de un rato—. El día que Rocío y Laura me obligaron a abrir los ojos, hice algo que odio hacer y algo que desde que estoy aquí hago continuamente: comparar. Comparé mi relación con las suyas, y huelga decir que la mía no salió nada bien parada. Y entonces vengo aquí, y te encuentro, en el sentido literal y metafórico, y comparo. Y me asombro, porque me encanta estar a tu lado, así, sin peinar ni maquillar, sin sentirme incómoda por ello. ¡Al contrario! Y pienso que así debería de ser siempre, que una relación no debería basarse en el físico, sino en la aceptación. Y pienso en que me ha encantado hacer este viaje contigo, en tus regalos, en los descubrimientos… Y pienso que no he pensado en él, que no le he echado de menos… Pero, sobre todas las cosas, pienso en lo que siento por él.

Miguel guardó silencio, pero luego la miró. Había tanto dolor y tanta esperanza en sus ojos violetas, que Gina se estremeció.

—¿Lo… quieres?

Lo preguntó con tanta congoja, que Gina se sintió tan aterrada como él.

¿Quería a Manu?

Oh, amigo, pero esa no era la pregunta.

La verdadera cuestión, lo que realmente se tenía que preguntar era: ¿Quería a Miguel?

Obtuvo solo una respuesta, tan certera, que la descolocó. Porque esa respuesta, al ser afirmativa, negaba la otra.

¿O tal vez solo había diferentes formas de amar? Madre de Dios, en qué lío se estaba metiendo…

Por suerte, el sonido de su móvil evitó tener que responder a esa pregunta.

Aunque tuvo que responder a muchas otras…

Lastres
Playa de El Escanu.
18:40 h.

«¿Lo quieres?»

Miguel se arrepintió inmediatamente de hacer la pregunta, porque no estaba preparado para la respuesta.

El destino quiso esquivar esa cuestión, pues Gina recibió una llamada, así que se levantó y se apartó para darle cierta privacidad.

Sin embargo, mientras se alejaba, y tras mirarla de reojo, Miguel sintió una punzada de extraña y desconocida emoción.

Por un segundo la esperanza, esa hija de la gran puta, tomó el control y le susurró que tal vez Gina no amaba a Manu y que, por lo tanto, él tenía una oportunidad.

Por suerte, o por desgracia, el *Colega* apareció para ponerle los pies en la tierra. Se lo encontró en el oleaje, gritando que no había cerrado bien el coche y que le iban a robar todo el material del maletero.

Con un gruñido, Miguel cerró los ojos, se colocó frente al mar y se dispuso a hacer respiraciones para luchar contra la pulsión, tal y como le habían enseñado en el curso de meditación del centro de terapia.

No supo cuánto tiempo estuvo luchando contra sí mismo, probablemente muchos minutos, a juzgar por la bajada del sol. Tal vez incluso toda una hora; igual daba, solo supo que no estaba funcionando.

—¿Estás bien? —escuchó decir a una voz que venía de lejos, muy lejos de allí, como en sueños.

El hombre apretó los labios con fuerza, la mirada desafiante, la frente perlada en sudor y las manos convertidas en puños.

—Vete —respondió.

Pero no se lo decía a Gina, sino al *Colega*.

«Te lo van a robar todo. Y se van a llevar el coche», insistía el *Colega*.

Miguel dejó caer la cabeza sabiéndose vencido, temblando por la lucha.

Cansado ya de perder siempre…

Entonces una mano acarició su cabello, y una voz, la de un ángel, habló.

—Tranquilo. Haz lo que tengas que hacer. Tómate el tiempo que necesites. Esperaremos lo que haga falta. Haremos lo que sea necesario.

Miguel la miró, y al ver que ella era sincera, que su mirada mostraba comprensión y paciencia, algo le atizó por dentro, una agitación que casi le provoca un sollozo.

Miguel no sabía, ni quería saber, lo que Gina sentía por Manu. Ni siquiera importaba si

sentía algo por él.

Lo único que sabía, su única verdad, era que él estaba *irracional* e *insoportablemente* enamorado de ella.

Fue tan sorprendente la calma que sintió al reconocérselo, al admitirlo y aceptarlo, que incluso el *Colega* enmudeció y terminó desapareciendo, no supo adónde ni durante cuánto tiempo. Solo supo que en ese momento se sintió como cuando se despertaba; tranquilo y capaz de enfrentarse a todo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Miguel aceptó su mano y ambos miraron al frente, en el mismo momento en el que el cielo empezaba a tornarse rosado.



CAPÍTULO 16

A GIRL LIKE YOU
I've never known a girl like you before.
Now just like in a song from days of yore.
Here you come knocking, knocking on my door
Well, I've never met a girl like you before.
(Nunca he conocido a una chica como tú antes.
Ahora como en una canción de antaño.
Aquí vienes llamando, llamando a mi puerta
Bueno, nunca antes había conocido a una chica como tú).
Edwyn Collins

Publicación de Instagram @Chaileagbhò
Playa de El Escanu.
Lastres, Asturias.
19:00 h.

«Lassies, al margen de mi falta de maquillaje, de mi pelo encrespado y de la calidad de la foto, ¿veis algo diferente en mí? Con total sinceridad…»

Minutos antes…

Tan pronto como vio de quién era la llamada, Gina se mordió el labio y frunció el ceño.

—¿Colin? —preguntó con recelo, pero luego agrandó los ojos—. ¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien? ¿Y el pequeño Bruce?

—So —pidió el hermano—. Todos estamos bien.

Gina volvió a su pose recelosa.

—Entonces ¿para qué me llamas?

Del otro lado de la línea se escuchó un gruñido. Y un susurro que supo a quién pertenecía: a Bruce.

Malo…

—¿Qué pasa, que no puedo llamar a mi hermana preferida?

—Soy tu única hermana —le recordó tras poner los ojos en blanco.

—En femenino sí. Pero de igual modo sigues siendo mi preferida y solo quería hablar contigo un rato para ver cómo estás. No hay nada malo en ello, ¿no?

—No, pero estoy segura de que Rocío te está manteniendo al tanto. Hablo con ella a menudo.

—Pregúntale qué hace en Asturias —se escuchó decir a Bruce, que ya no se molestó en hablar en susurros.

—Oye, Gina, ¿no habías ido a España a ver a tu novio?

Gina lanzó un suspiro y cerró los ojos. De reojo miró a su izquierda, donde Miguel parecía luchar contra sus demonios.

¡Qué ganas tuvo de levantarse y abrazarlo! Sabía que no podía ayudarle a lidiar con su TOC, que eso tenía que hacerlo él solo, pero al menos ofrecerle su hombro, su consuelo, su apoyo…

Su mismo corazón.

—¡Gina! —escuchó gritar a su hermano en tono imperativo, muy como solía ser él.

La escocesa sonrió, porque en realidad era un cordero disfrazado de lobo.

—Aquí estoy. Ando un poco mal de cobertura.

—Te hice una pregunta —recordó su hermano.

—Ya… He venido en mal momento. Quise darle una sorpresa pero está fuera, trabajando —mintió. Y aunque su hermano no podía verla, se tocó las mejillas para rebajar el rubor—, así que hasta que vuelva, he decidido venir a Asturias a visitar a los abuelos de Rocío.

—Pregúntale que qué hace con Miguel —pidió Bruce a Colin.

Gina puso los ojos en blanco, pero luego frunció el ceño.

—¿Cómo sabe Bruce que estoy con Miguel? —Hubo un silencio, tan largo, que Gina entrecerró los ojos—. ¿Acaso te lo ha dicho Ro?

Hubo otro pequeño silencio, cortado por una tercera voz. Y aunque Gina no supo qué dijo, sí supo de quién era: esta vez se trataba del primo Rob.

Muy, muy malo.

—No, Rocío no me ha dicho nada.

—Entonces, ¿cómo sabéis que estoy con Miguel? —insistió, un pelín enojada al percatarse de que la habían estado espiando.

—Rob nos lo dijo.

—¡Chivato! —escuchó decir al aludido.

Gina resopló.

—Ya. ¿Y por qué lo sabía él? ¿Acaso se lo ha dicho Laura?

—No —escuchó decir a su primo a lo lejos. Colin debió de poner el manos libres, porque cuando volvió a hablar se escuchó mucho mejor—. Lo he visto en tus *stories*.

—¿Por qué? —quiso saber la escocesa, cada vez más irritada.

¡Qué poco le gustaba que la controlasen!

—Ya sabes que para Rob eres como una hermana y se preocupa mucho por ti —respondió Colin por él—. Y como las chicas eluden cualquier pregunta que le hacemos sobre ti, pues Rob

ha decidido investigar por su cuenta.

—Espiándome —acusó.

—Pues claro —dijo este—. No puedo permitir que a mi prima favorita le suceda nada malo. Ni física ni emocionalmente —advirtió.

Gina gruñó y se cuadró.

—Os recuerdo, a los tres, que ya no soy una niña. Tengo treinta años y sé cuidarme yo solita.

—Vale —admitió Colin—, pero como ese patán te haga daño, le vamos a partir las piernas.

—Ya te he dicho que no he visto a Manu. Y, en cualquier caso, es algo que tengo que lidiar yo.

Hubo otro pequeño silencio. Gina se los imaginó mirándose y acordando en silencio qué decir a continuación.

—No hablamos de Manu —confesó Rob.

—¿Entonces? —preguntó, alerta.

Porque, asombrosamente, estaba preparada para responder a cualquier pregunta sobre su ¿novio? Ahora, en cuanto a la verdadera naturaleza de su relación con…

—Miguel —respondió Bruce—. Creemos, por consenso, que debemos prevenirte.

—¿Sobre qué?

—Es un mujeriego —explicó Colin de malas maneras—. Rocío me dijo que la relación más larga que ha tenido no le ha durado ni un año.

—Y besó a Laura —añadió Rob de malas maneras.

—Y se lio con cuatro o cinco cuando vino para la boda de Colin —intervino Bruce.

—Y…

—¡Y nada! —cortó ella, un pelín sonrojada por los celos. Cerró los ojos y se llevó una mano a la frente. ¡Qué dolor de cabeza le estaban dando esos tres!—. No sé de dónde habéis sacado que quiero tener algo con él.

—De tus ojos, Gina —confesó Colin con temor—. Nunca hemos visto ese brillo en tus ojos. Nunca te hemos visto tan pletórica, tan ilusionada. Tan…

—Viva —concluyó Rob por él.

—Ni siquiera con Manu —coincidió Bruce.

—Nunca, Gina. Nunca te habíamos visto así.

Gina dijo un taco por lo bajo y luego miró al frente.

—Estáis delirando. Y os dejo, que tenemos que ir a reunirnos con otra gente.

—Espera, Gina —pidió Colin. Había auténtica preocupación en su voz—. Tú solo… piensa con la cabeza, ¿vale?

—Vale —aceptó solo para que la dejaran tranquila—. Ah, y sabed una cosa: ¡estáis bloqueados de mi instagram!

Gina colgó y resopló, pero luego pensó en la conversación.

¿Sería verdad? ¿Mostrarían sus ojos lo que estaba sintiendo?

Se tomó una foto y la compartió con sus seguidoras para tener una visión más objetiva.

La respuesta la alarmó: fue un sí rotundo.

Perpleja, miró al frente, al presunto culpable del brillo de sus ojos.

«Piensa con la cabeza», le había pedido su hermano, y ella quiso reír con amargura; porque la cabeza parecía haberse puesto de acuerdo con el corazón.

Más emocionada de lo que quería admitir, Gina fue hasta Miguel y se dispuso a ofrecerle su ayuda para lidiar con el *Colega*.

Fue asombroso el cambio que sufrió Miguel tan pronto como sintió su roce, pues la calma volvió a sus ojos y la sonrisa traviesa regresó mientras la tomaba de la mano y echaba a andar.

Tal vez era cuestión de tiempo que él volviera a sufrir otra crisis, pero ella se lo tomaría como algo normal ya entre ellos, un toma daca al que empezaba a acostumbrarse.

«Malo», se dijo.

Era muy malo que se acostumbrara a él. A sus sonrisas. A sus guiños de ojos. A sus demonios y a sus crisis. Incluso a sus momentos de mal humor.

Y era malo porque en breve ella se marcharía.

Mientras se dirigían a recoger el coche para ir *camping* donde harían noche, Gina se sintió muy triste; porque le iba a echar terriblemente de menos.

No de la forma en la que había echado de menos a Manu; con rabia, vergüenza y desconfianza. No, desde luego que cuando estuviese en *Aigantaigh* y pensase en él, no habría ira ni rencor; solo un dolor terrible por lo que no pudo ser, y una frustración desconcertante por no haber ahondado en algo que, con probabilidad, era más grande que ellos mismos, como si solo hubieran visto la punta del iceberg.

—Estás muy callada —escuchó decir a Miguel ya en el coche, con una voz apagada y lejana, como si estuviera a miles de kilómetros de allí.

Como si ella ya se hubiera marchado.

Tal vez su alma lo había hecho ya. Tal vez había decidido adelantarse al dolor que le produciría separarse de Miguel.

«Mierda…», se dijo.

Porque ya no había vuelta atrás; se había enamorado de ese patán.

—¿Gina? —insistió Miguel, ahora con una veta de preocupación en su voz.

Quizás se había percatado de que ella había empezado a hiperventilar.

—Sí, sí, tranquilo. Solo estoy un poco nerviosa —se apresuró a tranquilizarle.

—¿Por qué?

—Por tus amigos —respondió, agradecida por encontrar una excusa.

Aunque no era del todo mentira, pues siempre se había sentido insegura cuando conocía a gente nueva.

—Bah, ya verás que no tienes problemas con ellos. Y si te preocupa el idioma, tranquila, que Dani habla inglés.

—No me preocupa eso. Creo que mi español es correcto.

—Tú lo has dicho: correcto. Pero, créeme, el español de la calle no tiene nada que ver con el que enseñan en las escuelas.

—Yo no he ido a ninguna escuela, lo aprendí solita —expresó con mal disimulado orgullo.

—¿En serio? —exclamó él, maravillado—. Pues, chica, créeme si te digo que lo hablas mejor que muchos que llevan años estudiando el idioma.

Gina enrojeció, como ya era habitual en ella cuando recibía un cumplido que no creía meritorio.

—En realidad tuve ayuda. Rocío y Laura me enseñaron mucho. Y, bueno, mi…

La palabra se quedó atascada. Y no porque no quisiera nombrarlo delante de Miguel, que en parte sí, sino porque había aceptado la realidad: Manu ya no era su…

—¿Novio? —concluyó Miguel por ella.

Gina solo asintió, y para zanjar el tema, miró por la ventanilla.

Miguel se percató de que no quería hablar de Manu, porque respetó su silencio durante casi todo un minuto.

Cuando habló, lo hizo retomando el tema inicial.

—Como te decía, Dani habla tan bien como yo el inglés, aunque el suyo es más americano.

—El tuyo también —se guaseó Gina—, al igual que Rocío. Habláis raro. Más raro que los ingleses.

—Habla la escocesa de hablar raro —se carcajeó Miguel—. No os entendéis ni vosotros. Al menos nosotros tenemos excusa, porque aprendimos de nuestros primos maternos, que viven en Miami.

—Sabía que teníais familia en Estados Unidos, pero ignoraba que eran de Miami.

—No son, viven allí —precisó—. Todos nacieron en España, por mucho que ahora vayan diciendo que son americanos. Mis cojones, americanos —escupió—. Menos mal que dejamos de ir por allí, porque ya no me callo ni una y les iba a cantar cuatro frescas. Uno nunca debe repudiar sus orígenes.

—¿Tan mal están las cosas?

—Mucho. Dicen que menos la hermosura, todo se pega, y a ellos se les pegó la tontería de los americanos de tratarnos como ciudadanos de segunda por el simple hecho de hablar en español. Son unos *snobs* de cuidado.

—Qué pena que se pierda el trato, ¿no?

Miguel se encogió de hombros.

—Al menos, mi tía y mi madre tienen una relación más estrecha y se llaman casi a diario. En cuanto a mis primos… solo era cuestión de tiempo perder el contacto, conforme nos hiciéramos mayores, aunque ahora estoy retomando mi amistad con mi primo Noah.

—Entonces, cuando estuviste con el documental en Montana, ¿no fuiste a verlos?

—Ni de coña —dijo como si aquello fuera absurdo—. De Yellowstone a Miami hay más de cuatro mil kilómetros.

—Ostras, qué barbaridad.

—Ya te digo.

Gina miró su perfil y luego frunció el ceño.

—Entonces, cuando te dio la crisis, ¿estabas solo?

Miguel, en esta ocasión, sonrió con afecto.

—No. Dani estaba conmigo. Él es mi compañero de fatigas desde la universidad y con quien me fui a Montana. Él me rescató, en muchos sentidos, porque si no es porque se empecinó, nunca hubiera acudido a terapia.

—Se le ve buena gente.

—Ya te lo dije; no vas a tener ningún problema con ellos. Mira, ya hemos llegado al *camping*. Y me parece que esa de allí es la caravana de Dani. Ha cogido un buen sitio.

Después de registrarse, se dirigieron hacia una caravana pintada de negro, donde, en efecto, Dani, un rubio rapado, alto y musculoso acompañado de una preciosidad morena, le hacían señas para que aparcaran en el sitio que les habían guardado.

Miguel casi saltó del coche tras aparcarlo para abrazar a su amigo con efusividad, mientras que las chicas permanecieron, pacientes, en un segundo plano, ambas contemplando a los hombres que bailaban cuales osos abrazados mientras se palmeaban la espalda y reían entre pulla y pulla.

—Has engordado, cabrón —dijo Miguel tan pronto como se separaron.

—Aquí la moza, que ahora su hiperfoco es cocinar —dijo señalando con el pulgar a su espalda.

Miguel entonces dirigió la vista hacia la preciosidad morena de aspecto *cuasi* gótico.

—Hola, Miss Vileda[16] —saludó lanzándole un beso.

—Gilipollas —respondió ella, pero para sorpresa de Gina, pese al insulto, sonreía de oreja a oreja y aceptó el imaginario beso que le lanzó Miguel, al que atrapó con la mano y se lo llevó a la mejilla.

Gina no pudo pensar sobre ese particular, porque entonces Miguel se volvió hacia ella y la obligó a adelantarse.

—Esta es Gina. Gina, estos son Dani y esa es Sofía.

Gina, que conocía las costumbres españolas, le dio dos besos a Dani, pero cuando fue a repetir el saludo con Sofía, esta retrocedió espantada y con las manos alzadas.

—Me doy por saludada —dijo enojada.

Gina enrojeció brevemente, pero luego se obligó a pensar que en su negativa no había nada personal, que quizás era arisca y borde por naturaleza, si se atenía a los hechos.

O, a lo peor, tan solo no le había caído bien.

—¿Has traído la tienda? —estaba diciendo Dani, que no vio en el rechazo de su novia nada anormal.

Miguel, tampoco, a juzgar por su actitud despreocupada.

—Claro, como siempre.

—¿Y… —Miró de reojo a Gina y se acercó un poco más a Miguel— lo otro?

No lo dijo tan bajo como para que la escocesa no lo escuchara, pero su actitud de secretismo hizo que Gina se pusiera en guardia.

Miguel no respondió con palabras, sino que lo hizo con una palmada en el hombro, que acompañó con una sonrisa y un guiño de ojos.

—¡Cojonudo! —exclamó Dani frotándose las manos—. Estoy deseando ponérmelo.

—Eso puede esperar —dijo Sofía adelantándose. Miró a su novio como si fuera escoria y luego se dirigió a Miguel—. A ver si tú puedes ayudarme con el equipo de luces, que un cable me está dando problemas. Aquí el inútil de tu amigo no tiene ni idea.

—Qué le voy a hacer… En algo tengo que fallar —se excusó el aludido.

Sofía lo miró de arriba abajo y bufó.

—Qué asco te tengo… Vamos, Miguel. Gina, te lo robo un momento.

Miguel siguió sus pasos con una sonrisa maliciosa, mientras que, para asombro de Gina, Dani sonreía de oreja a oreja.

Gina los vio alejarse, y aunque Miguel acaparaba toda su atención, se percató del extraño caminar de Sofía, que iba con las manos alzadas a la altura del pecho y esquivando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Dios, cómo la quiero…

La escocesa se medio giró a mirar a Dani.

—¿Está enfadada?

Dani pareció desconcertado.

—¿Enfadada? Qué va. Solo que hoy le ha dado por pensar que no me quiere.

Gina parpadeó.

—¿Y eso no te preocupa?

—Para nada —respondió entre risas—. Ya le ha pasado en más de una ocasión. Ahora, la primera vez que le sucedió se me pusieron los cojones de corbata. Pensaba que me iba a dejar.

—Pero ¿por qué? ¿Por alguna pelea?

Durante varios segundos Dani permaneció callado, hasta que pareció dar con la respuesta.

—No. Simplemente es muy… cuadriculada. Sobrepiensa, y eso le lleva a analizarlo todo. A

cualquier cambio le busca explicación, cuando a veces tan solo las cosas pasan. Como por ejemplo, y en este caso en concreto, en el amor. Al principio es un poco caótico y los sentimientos están a flor de piel. Hay tal cúmulo de emociones desconocidas, que nos mantienen alertas y expectantes, ansiosos incluso. Esos sentimientos y emociones no varían con el tiempo, al contario, tan solo nos acostumbramos a ellos, y entonces todo es más calmado, más tranquilo. Menos… intenso.

Gina volvió a parpadear, pero luego sonrió.

—Comprendo. Como la intensidad ha bajado, piensa que ya no te quiere.

—Se lo cuestiona. Pero luego se le pasa en seguida. Por cierto, debo pedirte disculpas en su nombre. No soporta el contacto físico. A veces, ni siquiera el mío.

—¿También tiene TOC?

Dani la miró un poco asombrado, pero respondió de inmediato.

—De limpieza, sobre todo. Así fue como la conocí, porque iba al mismo grupo de terapia que Miguel y… —En ese punto, Dani pegó un respingo y la miró con desconcierto—. Espera, espera, ¿cómo que *también*?

Gina sonrió.

—Como Miguel. Y si hablo de ello con tanta libertad, es porque me contó que tú y Sofía sois de las pocas personas que conocen su secreto.

—Así es, pero ¿por qué lo sabes tú? —preguntó con total escepticismo.

—Te lo acabo de decir, me lo ha contado él.

—Ya, ya, pero ¿por qué?

Gina alzó las manos.

—A mí que me registren. Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Vaya si lo voy a hacer —dijo entre risas incrédulas—. Aunque, bueno, supongo que eso hace las cosas más fáciles. Las pocas veces que nos ha presentado a una chica, ha sido muy difícil para nosotros disimular que todo es normal.

Gina se encogió de hombros.

—Quizás ahí radique el problema, en no normalizar su enfermedad.

Dani la miró con asombro y admiración.

—Exacto. —Chasqueó la lengua y se frotó las manos—. Estoy convencido de que Miguel nunca ha conocido a una chica como tú. Me alegra un montón que haya encontrado a la indicada.

—No, no —se apresuró la escocesa a sacarle de su error—. Nosotros no somos… nada. Solo amigos.

—Ya, amigos. —Le palmeó el hombro y la miró significativamente—. Eso ya me lo dirás luego. Pero te digo una cosa; si Miguel te ha contado su problema, es por algo. Ni siquiera su familia lo sabe.

—Como le dije a él, tal vez, al ser una desconocida que le trae sin cuidado, le haya sido más fácil confesarlo. O, tal vez, porque le presioné un poco al sacar a relucir ciertos comportamientos suyos.

—Que le traes sin cuidado… Mira, Gina, voy a decir algo. Es muy muy raro que Miguel te haya traído con nosotros, que te haya contado su secreto y, más raro aún, la forma en la que te mira. Esto último delata sus motivos, así que, y dado que le quiero un montón, me veo en la obligación de preguntarte: ¿qué te traes *tú* con él?

Gina enrojeció y miró al suelo.

—Ya te lo dije, somos amigos. —Sonrió con tristeza y se obligó a enfrentarse a los ojos castaños del mejor amigo de su… ¿qué? ¿Amigo?, ¿concuñado?, ¿*crush*?—. En realidad, hasta

hace poco nos llevábamos fatal. Nuestro primer encuentro fue un tanto aparatoso.

—Buah, estoy deseando conocer esa historia. Ven y me la cuentas mientras montamos la tienda —dijo tirando de ella.

Los siguientes quince minutos, entre confidencia e instrucciones de montaje, Gina le contó su historia con Miguel.

Ya había casi terminado cuando vieron que el aludido y Sofía volvían de regreso.

—Mejor seguimos en otro momento —advirtió Dani en un susurro—, pero antes de que lleguen, un consejo: no es fácil. Esto es de por vida. El truco está en ponerse en sus zapatos y pensar que ellos lo pasan mil veces peor que nosotros.

—Pero, Dani, yo no…

—Solo es un consejo. Y, créeme; vale la pena. —Miró a Sofía y sonrió de oreja a oreja—. Vaya si vale la pena… Solo hay que tener…

—Paciencia —concluyó Gina por él.

Dani la miró y silbó, maravillado.

—Sí que eres la indicada.

Lastfest
Baño del camping de Costa Verde.
20:00 h.

—Ro, ¿me has llamado? —preguntó sin más ambages Miguel.

Del otro lado de la línea se escuchó un bufido.

—Hace veinte minutos —soltó.

—Lo siento, es que estoy en una *rave* y con la música no he escuchado el móvil. ¿Ha pasado algo? —preguntó con preocupación.

—No sé. Dímelo tú —espetó de malas maneras su hermana.

Miguel, que no tenía ni tiempo ni ganas de jugar a las adivinanzas, resopló.

—Al grano, Ro. ¿Qué ha pasado?

—Nada, tranquilo. Solo que he prometido a Colin que hablaría contigo.

Miguel se puso en guardia.

—¿Sobre qué?

—Sobre Gina, claro. ¿Sobre qué si no?

—Pues habla. Y rápido, que hay actuación en breve.

—Solo recordarte lo que te dije el día que os conocisteis: que es prohibida. Si le haces daño, te capo.

—Entendido —aceptó Miguel. Lo dijo entre dientes, cansado de que la gente creyera que era un mujeriego que no quería compromiso. ¡Con lo que siempre había añorado él encontrar a la indicada!

—Perfecto. Me alegra saber que no harás ninguna tontería con ella.

—Vale —apremió él. Iba a colgar, pero entonces se sintió muy pero que muy cabreado. Y muy frustrado—. Pero, Ro, ¿qué le harás a ella?

Hubo un segundo de silencio, tal vez porque su hermana necesitó procesar la pregunta.

—No te entiendo.

Miguel suspiró con cansancio.

—Porque a lo mejor no es ella la que sale dañada, sino yo. En ese caso, ¿cómo procederás, Ro?

—No me lo puedo creer… —escuchó a su hermana en un susurro incrédulo—. Miguel, no me digas que te has enamorado de Gina.

—¡Vamos tío, que tenemos que terminar ya de arreglarnos! —apremió Dani al verlo con la toalla enrollada en la cintura.

—Te dejo, Ro —se despidió, agradecido por no tener que responder.

—Pero, Miguel, no has respondido a…

Miguel cortó la llamada, pero antes de vestirse decidió apagar el móvil, porque seguro que su hermana le iba a acribillar a llamadas.

Nunca comprendería por qué antes de hacerlo le escribió un wasap a Rocío con una sola palabra.

«Sí».



CAPÍTULO 17

OVERDRIVE
I wanna feel the heat, I wanna own the night.
I wanna feel the beat, I wanna dance tonight.
I wanna lose myself, I wanna come alive.
I wanna feel the love, go into overdrive.
(Quiero sentir el calor, quiero ser dueño de la noche.
Quiero sentir el ritmo, quiero bailar esta noche.
Quiero perderme, quiero cobrar vida.
Quiero sentir el amor, entrar en sobremarcha.)
Ofenbach feat Norma Jean Martine

Instastories @Chaileagbhò
Camping Costa Verde.
Lastres, Asturias.
21:00 h.

«Guid nicht, lassies. Esta es mi primera rave y estoy disfrutando como una enana.

¡Yo, que odiaba esta música porque me levantaba dolor de cabeza! Y aquí ando, bailando como una loca. Me ha enseñado Sofía, que es esta preciosidad morena.

¡Saluda, Sofi!

—¿En español o en inglés?

—Como prefieras.

—En ese caso… ¡Qué pasa, paisanus!

Lassies, os ha saludado en asturiano. ¡Rocío, tú lo habrás reconocido! Por cierto, si estás viendo esto, ese que se mueve como si le hubieran electrocutado es tu hermano, y el que está al lado, su amigo Dani, el dj.

Mirad la cantidad de gente que hay… Está todo superbién organizado, por eso me veis con la mascarilla puesta, aunque nos hemos tenido que hacer un test a la entrada del recinto. Pero, chica, toda precaución es poca, que no está la cosa como para hacer tonterías.

Y hablando de tonterías, os juro que tenía otro concepto de las raves. Pensaba que todo el mundo iba puestísimo y borrachísimo, y que, por ello, habría un montón de peleas, pero al contrario. Nosotros hemos estado todo el tiempo a base refrescos y agua, y aunque no sé de qué va el resto, no he visto ni un solo altercado ni una sola mala mirada.

Y la música… ¡Buah, qué equivocada estaba con ella! ¡Cómo me está gustando!

Por cierto, en una hora Dani y Miguel se subirán al escenario. ¡Estoy deseando verlos!

Cada vez me alegro más de haber hecho este viaje, porque estoy aprendiendo un montón, sobre todo a librarme de los prejuicios.

Ay, sí… Hacía mucho que no me sentía tan pletórica. Tan feliz, tan libre y tan viva.

Al final mis hermanos van a tener razón, porque nunca me había sentido así.

Nunca».

Horas antes…

—Gina, ven conmigo —ordenó Sofía tan pronto como llegaron de arreglar el juego de luces.

Como si necesitase una explicación por la orden, Gina miró a Miguel, pero este se había puesto a revisar la tienda de campaña.

Tal vez la española se dio cuenta de que había sido demasiado imperiosa, porque tras morderse el labio, la miró con pesar

—Por favor —añadió, esta vez en un tono más dulce.

—Hostias, por favor y todo —se guaseó Dani.

—Cállate, inútil —regañó Sofía, que se metió en la caravana.

Un pelín perdida, Gina la miró y luego a Miguel, que le indicó con la cabeza que fuera tras ella.

La caravana era grande y espaciosa, y estaba muy ordenada y muy limpia. El olor a lejía era la prueba de ello.

—Siéntate, por favor —pidió la morena—. Disculpa que hable en español, es que Miguel me ha dicho que hablas perfectamente nuestro idioma y mi inglés es lamentable.

En esta ocasión, y al contrario que la primera vez, su voz sonó amigable.

Gina se sentó frente a ella y aguardó.

—He sido… muy desagradable —soltó sin preámbulos Sofía y quitándose la mascarilla.

La escocesa la emuló para que viera su sonrisa apaciguadora.

—Supongo que has actuado por impulso, al igual que yo. Por miedo a parecer fría, he seguido la costumbre española de saludar dando dos besos sin pensar en la forma en que eso podía afectarte a ti.

—Pero es que no debería afectarme —repuso, lastimera—. Es solo que… —Carraspeó y se irguió en el asiento—. Miguel me ha dicho que sabes su problema, así que contigo puedo hablar libremente: tengo TOC.

—Lo sé. Lo he hablado con Dani.

Sofía pareció confundida.

—Pero Miguel no te había hablado de mi problema antes… Oh, espera —cortó, enojada y haciendo aspavientos—. No me digas que ese inútil se ha ido de la lengua…

—¿Qué es irse de la lengua?

—Que ha hablado de más, eso es.

Gina se apresuró a calmarla y abogó por Dani.

—No, no. Solo pidió disculpas en tu nombre y yo le pregunté por tu TOC.

A Sofía esa explicación pareció servirle, porque se relajó y soltó el aire retenido.

—Sí, Miguel me ha dicho que eres muy observadora, de ahí que hayas detectado su TOC.

Gina se encogió de hombros.

—Es algo que me inculcó mi padre: observar con discreción para averiguar la verdad.

—Me alegro que lo sepas. De hecho, eres la única, y realmente pareces llevarlo bien, según me ha dicho Miguel.

—Bien o mal, es irrelevante. Lo importante es cómo lo lleve él. El problema es suyo… vuestro.

—Pero os salpica a los demás —incidió con tristeza. Lanzó un suspiro, pero de inmediato se mostró jovial—. Bueno, a lo que iba; Miguel me ha enseñado trabajos tuyos de maquillaje y me gustaría pedirte que me maquilles para esta noche. Mira que lo que estoy pidiéndote es un gran acto de fe, y seguramente gruñiré y rugiré y lloraré por el simple hecho de que me roces con una brocha.

Gina sonrió de oreja a oreja, pero luego frunció el ceño.

—¿Y de dónde ha sacado él mis trabajos?

—De tu *insta*. Por cierto, ya te sigo. Me flipan tus maquillajes.

Gina ignoró su halago, pues seguía estupefacta.

—Pero, no lo entiendo… Ignoraba que él conocía mi afición.

Sofía rio por lo bajo y la miró significativamente.

—Él sabe más de lo que crees, y más de lo que le gustaría—. Gina iba a preguntar a qué se refería, cuando Sofía se levantó de golpe—. Venga, al lío. ¿Te has traído ropa o vas a ir vestida así a una *rave*? Por cierto, si quieres ducharte, lo harás aquí. No te voy a dejar que lo hagas en los baños del *camping*. Ni de coña.

Gina se miró e hizo un gesto desaprobatorio, porque su pantalón vaquero, su camiseta deportiva y sus botas de senderismo no eran aptos para el evento. Cuando hizo la maleta solo pensó en llevar ropa de campo y cómoda, y no para asistir a una fiesta.

—Gracias, te agradezco mucho que me prestes tu ducha. En cuanto a la ropa, solo he traído una muda para el viaje de mañana de regreso, pero no creo que sea apropiada para una *rave*.

Sofía la miró y chasqueó la lengua.

—Desde luego, si es algo parecido a lo que llevas, ni de coña —se guaseó, pero luego suavizó el rictus—. Te dejaré algo. Y no hace falta que me lo devuelvas. Tómalo como un pago por el maquillaje.

Gina ladeó la sonrisa con maldad.

—Lo que pasa es que no vas a querer que te devuelva una prenda que ha usado otra persona, por muchos lavados que tenga.

—No puede ser bueno que alguien a quien acabo de conocer me tenga tan calada —dijo entre risas—. Ahora entiendo por qué Miguel te ha elegido.

Gina pegó un respingo.

—Y dale… Que solo somos amigos.

Sofía sonrió de oreja a oreja.

—Hasta que dejéis de serlo… Venga, vamos a maquillarnos. Y luego te enseñaré unos pasos de baile.

Gina agradeció que cambiara de tema, y la hora siguiente la pasaron maquillándose y conociéndose un poco más mientras los chicos se arreglaban en los baños públicos.

Durante el maquillaje, Gina tuvo ocasión de conocer un poco a Sofía, que se abrió en canal con ella. Borrada la primera impresión, la escocesa tuvo la impresión de que acababa de ganar

una amiga.

Sofía era una luchadora nata. Llevaba batallando con el TOC desde que tenía uso de razón, y siempre había sido objeto de burlas. Eso la había llevado a ser una persona un tanto oscura, sombría, desconfiada y solitaria. Como mecanismo de defensa usaba la insolencia, y no le importaba si la gente pensaba de ella que era antipática.

Pero en el fondo, no lo era. Gina descubrió que, como ella, era un tanto tímida e introvertida, pero de gran corazón cuando te aceptaba como uno más, como fue el caso.

Era muy bonita. No muy alta, al contrario que Gina, que le sacaba casi una cabeza, y era muy delgada, aunque con mucho pecho. Tenía los ojos muy negros, como el cabello, y pese al uso de mascarilla llevaba los labios pintados de rojo. Pero lo que más le fascinaba era su corte de pelo: un mullet que le sentaba de maravilla a su rostro pequeño y ovalado.

Decidió maquillarla con un delineado gráfico de color rojo, para que resaltara sobre sus ojos, sus cejas, su cabello y la mascarilla, tan negros como el carbón.

Gina, en cambio, utilizó un delineador azul eléctrico para hacerse un maquillaje con runas y símbolos celtas. Lo acompañó con un peinado de trenzas que le otorgó un aire nórdico.

—Brutal —dijo Sofía cuando Gina se terminó de vestir.

Gina no prescindió ni de sus vaqueros ni de su calzado, pero aceptó un top corto negro. Era un tanto atrevido para ella, pero como no tenía mucho pecho no se la veía exuberante, a Dios gracias.

Claro, que eso fue lo que ella pensó, porque cuando la vio Miguel le faltó poco para relamerse.

Gina no se percató de ello, porque, a su vez, se lo comía a él con los ojos.

—Mirad lo que me ha traído Miguel —dijo Dani dando una vuelta sobre sí mismo—. ¿Sexy, eh? Bueno, para ti no, Gina, porque estarás más que acostumbrada a ver a los hombres vestidos con falda.

—Con *kilt* —corrigió Miguel, que buscó con sus ojos su aprobación.

Miguel llevaba puesto el traje que usó para la boda de Colin; al menos, de cintura para abajo, sporran incluido, porque debió de olvidarse de la parte de arriba.

Mientras se le caía la baba, Gina se preguntó por qué le alteraba tanto verlo así, con el *kilt*, las botas, las medias y… nada más. Y no lo comprendió porque no era la primera vez que veía a un hombre vestido así, como había apuntado Dani.

Caramba, era escocesa, y estaba hasta el gorro de ver a los escoceses en esa tesitura, desde sus hermanos, hasta sus amigos de la facultad.

Incluso Dani iba vestido del mismo modo.

Entonces, ¿qué había diferente en Miguel con respecto al resto?

Todo.

Y, al mismo tiempo, nada.

Solo era eso; la percepción de que era distinto a los demás.

—Madre mía, me acabo de correr viva —escuchó decir a Sofía.

En esta ocasión, Gina sacó la traducción por contexto. Tal vez porque la voz maravillada de Sofía describía a la perfección lo que estaba sintiendo.

Iba a decir algo al respecto, solo por no quedarse callada, pero al seguir su mirada se topó con la de Miguel, y algo le removió por dentro; la confirmación de lo que sentía por él.

Ella no sabía si valía la pena. Ni siquiera, si lo intentaría. Solo era eso: un sentimiento que ya era imposible ignorar.

Si tendrían su final de cuento o no, era irrelevante.

—¿Qué, mola?—presumió Dani.

—Hoy no te me escapas —advirtió Sofía, todavía impresionada por la vestimenta que había elegido su novio para la actuación.

—Te dije que iba a babear —le recordó Miguel, que miró a Gina para ver si había causado en ella la misma impresión que su amigo en Sofía.

Gina, para no alimentar su ego, bufó.

—Ni que fueras un *highlander*… —regañó.

Miguel sonrió de lado y, sin dejar de mirarla, se dirigió a sus amigos.

—Gina cree que estamos cometiendo apropiación cultural.

—Pues a lo mejor —dijo Dani entre risas y moviendo las caderas de un lado a otro—. Pero ¿y lo a gustito que se está en pelotas, qué?

—¡No serás capaz! —exclamó Sofía, pero se acercó a él y le tanteó sobre la falda—. ¡Coño, que es verdad!

Miguel se carcajeó y alzó las cejas mientras miraba a Gina.

—¿Qué, te apetece probar a ti también?

—Ahora no —se le escapó.

Miguel dejó de reír de golpe, mientras que sus amigos exclamaban a modo de lujuriosa advertencia.

Sonrojada, Gina carraspeó y se irguió, muy digna.

—Quise decir que ahora no es tiempo de estar haciendo el tonto. Tenéis que terminar de prepararos para la actuación.

—Ya, ya —se guaseó Dani, pero luego alzó las cejas—. Oye, cómo mola tu maquillaje. Miguel, se me está ocurriendo que podría pintarnos a nosotros también.

—No —dijo este entre risas descreídas.

—Pues yo creo que molaría mil —terció Sofía—. Pero no un maquillaje al uso, sino hacer como unos tatuajes… Algo así como lo que lleva Gina, en plan celta y tal.

—Buah, me *presta* —dijo Dani frotándose las manos.

—Quiere decir que le gusta —le tradujo Miguel a Gina. Luego, soltó un suspiro de derrota —. Va, venga. Nos maquillaremos. Pero en plan malote, ¿eh? —advirtió a Gina.

La escocesa primero maquilló a Dani, el más dispuesto. Al ver el resultado, Miguel se animó y permitió que Gina lo maquillara.

La escocesa se sintió sumamente nerviosa y al principio no atinó y tuvo que desmaquillarle en dos ocasiones para empezar de nuevo.

La culpa era de Miguel, claro.

No porque se moviera, ya que estaba más rígido que una tabla. Tampoco porque protestara, pues estaba en total silencio. Era porque… bueno, porque era Miguel y todo lo concerniente a él le ponía nerviosa.

Sobre todo, su proximidad, pues se había acoplado entre sus piernas para tener mejor acceso al rostro.

Así, y sin ser consciente, fue mucho más precisa. Y más lenta. Muuucho más lenta.

Joder, se deleitaba con cada brochazo y con cada pincelada. Acariciaba su rostro con mimo después de cada diseño, le alzaba la cabeza con delicadeza, casi con deleite, para observar el resultado. Se recreaba en su cercanía, en su contacto, retenía el aire cuando él lo hacía, y aspiraba con fuerza cuando él lo soltaba, como si así pudiera empaparse de él.

Y aunque él permaneció inmóvil, sus manos no.

No, estas se colocaron en sus nalgas, que acarició con mimo sobre el pantalón, para subir

luego por sus caderas y acariciar su cintura, allí donde no había tela, provocando que su piel se erizase y exigiese más.

Mucho más, como, por ejemplo, que él apartase el top y liberase sus pechos, pequeños y de piel blanca, para mordisquear sus pezones rosados y tan duros como cantos…

Fue la sesión de maquillaje más sensual de su vida.

—Jesús… —escuchó decir a Miguel al cabo de un rato.

Como salida de una fantasía, de un sueño erótico, Gina parpadeó y miró a su alrededor, para comprobar que ni Sofía ni Dani estaban en la autocaravana.

—Y-ya es-está —tartamudeó, las manos temblando, el cuerpo ardiendo.

Su corazón, y su clítoris, latiendo con fuerza, furia y necesidad.

Miguel, que había empezado a hiperventilar, abrió los ojos y la miró. Había una demanda que Gina ignoró.

Aparentemente… pues se apuntó ese tanto para más tarde.

—Será mejor que vayamos con tus amigos —advirtió Gina.

Miguel negó con la cabeza.

—Ve tú. Yo necesito… un momento.

Gina lo miró con preocupación.

—¿Estás bien? ¿El *Colega*? —aventuró.

—El *Colega*, no. El *colegón* —corrigió Miguel con picardía. Sonrió ladinamente y se puso de pie, tomándole la mano para llevársela a la entrepierna—. Toda tuya, vaquera.

Gina gritó, indignada.

—¡*Muc*[17]! —exclamó, pero antes de salir pitando de la autocaravana para refugiarse con Sofía y en Dani, le soltó una ligera bofetada.

Y aunque aparentemente estaba roja de indignación, bufaba y le dirigió miradas coléricas a Miguel cuando este salió tras ella, Gina sonreía por dentro.

Porque el español no iba nada mal servido.

Nada, nada mal.

Lastfest.
21:00 h.

—*Oye*, Miguel, ¿te puedo hacer una pregunta? —preguntó Dani a gritos para hacerse oír sobre la música.

El aludido miró a su amigo, y se inclinó sobre él para responder sin apenas dejar de moverse.

—Que sea rápida y fácil.

Dani sonrió de oreja a oreja y lo miró con maldad.

—Del uno al diez…

Miguel alzó las cejas y parpadeó, pero no necesitó que su amigo terminase la frase.

Un par de años atrás, fue él quien le hizo esa pregunta a su amigo.

«Oye, Dani, del uno al diez, ¿cuánto de pillado estás por Miss Vileda?»

Miguel se giró a mirar a Gina, que seguía a Sofía con unos pasos de baile.

Después de una intentona fallida, Gina desistió y alzó las manos pidiendo clemencia a Sofía. Esta debió de decirle algo, porque la escocesa echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, atizándole algo por dentro a él y provocándole un escalofrío.

Entonces recordó la respuesta que le dio su amigo años atrás y sonrió.

—Infinito.



CAPÍTULO 18

AGAIN
I wanna be your lover
I don't wanna be your friend
You don't know what
you've got till it's gone, my dear
So tell me that you love me again (tell me that you love me)
(Quiero ser tu amante.
No quiero ser tu amigo.
No sabes lo que tienes hasta que se va, querida.
Entonces dime que me quieres de uevo (dime que me amas))
Noah Cyrus feat XXXTentation

Borrador Instagram @Chaileagbhò
Actuación Dani DJ feat Miguel.
22:00 h.

«¿A quién quiero engañar? Miguel no es mi amigo.
No podemos serlo. No queremos serlo…
Yo no. Hoy, no».

Una vez, cuatro años atrás, Rocío le confesó que hubo un antes y un después en su historia con Colin, y ese punto de inflexión fue cuando le dedicó el baile de las espadas.

Entonces Gina ignoró su comentario y no le dio crédito alguno, pues ¿de qué forma podía

dictar sentencia un baile?

Así que Gina pensó que Rocío no decía más que tonterías, que un par de contoneos no podían cambiar tu forma de pensar.

¡Ay, ilusa!

Eso fue antes de ver a Miguel en medio del escenario y al lado de la mesa de mezclas de Dani, justo cuando había un silencio sepulcral, a la espera de que empezase la sesión y cuando todo, salvo él, estaba a oscuras.

Gina se vio entonces a sí misma conteniendo la respiración, a la espera de que Miguel comenzase a tocar la gaita y atenta a todos sus movimientos: sus ojos cerrados buscando concentración, la respiración controlada, sus pies afianzados fuertemente en el suelo, su kilt meciéndose por el viento…

Entonces, justo antes de meterse el soplete en la boca, la miró.

Aun desde la distancia, Gina supo que él, de alguna forma, se la estaba dedicando.

Más que eso; justo antes de apartar la vista y dirigirla al frente, la escocesa detectó una advertencia; una declaración de intenciones.

Y aunque entonces no demoró su pensamiento en ello, supo que si él la buscaba, la iba a encontrar.

Y que fuera lo que Dios quisiera…

Sí, cuando empezaron a sonar los primeros acordes, provocando un grito de dicha entre los asistentes al reconocer el himno de Asturias, Gina recordó las palabras de Rocío.

Porque, en efecto, fue aquella actuación la que dictó la perdición de Gina, la aceptación de lo que ya era inevitable que sucediera entre ellos.

La mirada que Miguel le dirigió era la prueba de ello.

Mirada que no desvió durante veinticinco segundos, mientras mantenía un acorde apretando el fol de la gaita con una mano y marcando la nota en el puntero con la otra, hasta que al fin perdió intensidad y todo quedó en silencio.

Entonces Dani entró en escena y todo fue una locura: los juegos de luces de Sofía, los gritos de la gente y la destreza de Dani, que con un impresionante control de los ecualizadores mezclaba los sonidos sin problemas y aguantaba el ritmo y la expectación antes del *drop*, de que la música rompiera o, como se conocía coloquialmente, el subidón de la canción.

Fue una actuación maravillosa.

¿Y qué decir de Miguel? Que animó al personal con su gaita y sus bailes, a veces incluso con sus gritos; que era un auténtico *showman* que no paró ni un solo momento.

Y que se las llevó a todas de calle sin proponérselo siquiera.

Hubo un momento en el que las de la primera fila intentaron saltar al escenario, mientras que otras animaban a Dani y a Miguel a que se levantaran el *kilt*, pero ni uno ni otro hicieron caso y siguieron con el espectáculo.

Gina lo vio todo en un segundo plano, apartada en un lateral junto a Sofía, y hubiera sufrido un ataque de celos si no hubiera sido porque Miguel la miraba cada dos por tres, como si cada nota o cada brinco fueran solo para ella.

—¿Te gusta? —le preguntó Sofía sin dejar de mirar el escenario y manipulando el cuadro de luces.

Gina sonrió al recordar una expresión que había dicho la morena antes.

—Me corro viva —respondió.

Sofía rompió a reír.

—Sí, ya veo.

Gina le sonrió sin dejar de mirar a Miguel, que seguía siendo el centro de atención con sus bailes, sus giros y su gaita.

Pero Dani no se quedaba atrás, porque dejaba por momentos la mesa para animar a los asistentes con saltos imposibles.

Sofía gruñó.

—Te juro que como se le vean las pelotas, se las corto.

—¿Pelotas? —preguntó Gina.

—Los huevos. Cojones, machos… testículos, vamos.

—Ya, ya lo pillé —se rio la escocesa, pero luego la miró con admiración—. Por cierto, el trabajo que haces es increíble. ¿Cómo aprendiste?

Sofía al principio no respondió, ocupada como estaba en crear fogonazos de luz, pero al fin se giró hacia ella.

—Es mi vía de escape, como Miguel con la música *techno*. Una vez me confesó que mientras baila, no piensa en nada. Gracias a que los chicos me metieron en este mundo, descubrí que las luces estroboscópicas silencian mi TOC. Es como si le diera a un interruptor y nada más importase. Como si fuera… normal.

—Eres normal —animó Gina, que iba a reconfortarla acariciándole el brazo pero recordó su problema con el contacto físico, así que se conformó con dedicarle una sonrisa de ánimo.

—Y una polla, normal —se rio Sofía.

—Eh, no le enseñes esas palabras a Gina, que luego Rocío me regaña a mí —protestó Miguel, que había acabado su parte de la función y se acababa de unir a ellas.

—Tranquilo, que no le diré que es culpa tuya —respondió Gina.

—Gracias a Dios —dijo él poniendo los ojos en blanco y colocándose una mascarilla—. Voy a dejar esto al coche. En seguida estoy con vosotras.

Gina deseó ir tras él, pero como él ya había echado a correr, se quedó con Sofía a disfrutar del resto de la actuación.

Claro que, hasta que Miguel no volvió, no se sintió tranquila, como si su ausencia la hubiese dejado fría.

Como si él fuese su ancla.

—*Mallachd*[18]! —dijo en un susurro incrédulo mirándolo.

No debió decirlo tan bajo como había pretendido, porque Miguel se giró y la miró con preocupación.

—¿Todo ok?

A modo de respuesta, levantó el pulgar y le regaló una sonrisa.

El español no debió quedarse muy convencido, porque continuó mirándola con los ojos entrecerrados durante varios segundos más.

Y aunque al fin se volvió a disfrutar del fin de la actuación de Dani, no pareció muy seguro, porque continuó con el ceño fruncido, como si lo que fuese que hubiese visto en el rostro de Gina le confundiera.

Al cabo la escocesa decidió no pensar al respecto, sobre todo cuando Dani terminó y se mezclaron con el resto de la gente.

Lo hicieron un poco apartados para evitar que Sofía se rozara con la gente, y porque al reconocer a Dani muchos se acercaban a saludarle y a tomarse una foto con él.

—Putas todas —le dijo Sofía a Gina cuando un grupo de chicas acapararon a su novio y no lo soltaban ni a tiros.

—Tranquila, que solo tiene ojos para ti —trató de mediar Miguel, sin éxito, porque Sofía

comenzó a gruñir y se marchó a «recuperar lo que era suyo»—. Madre mía, lo celosa que es. Y eso que esta mañana sostenía que no lo quería.

—Supongo que uno no sabe lo que quiere hasta que lo pierde —sostuvo Gina con un encogimiento de hombros.

Miguel se rio por lo bajo.

—Mira, justo esta canción habla de esto. ¿Bailas?

Gina agrandó mucho los ojos.

—¿Yo? —Como Miguel asintió y le tendió la mano, se mordió el labio, dudando—. No sé si sabré.

—Sí sabes. Te he visto bailar y no lo haces mal. Además, solo tienes que seguirme.

Gina resopló, pero luego se animó y se colocó frente a Miguel.

Este debió determinar que estaba demasiado lejos, porque se acercó a ella y le pidió que le tomara de la cintura.

—Trata de seguir el movimiento de mis caderas. Solo fluye.

Gina, al principio un poco reticente, se dejó llevar hasta que fluyó.

¡Vaya si fluyó! Tanto, que nadie que la viera pensaría que ese era su primera *rave* y sus primeros pasos de baile.

Y así bailaron, a veces entre risas, a veces juntos, otras separados, pero no por mucho rato, porque a cada momento buscaban la cercanía del otro.

De pronto empezó a sonar un tema y todo el mundo gritó al reconocer la melodía.

Miguel alzó las manos y pegó un salto de dicha.

—¡Mi tema favorito! Gina, baila conmigo —pidió.

La joven no lo dudó, y tal y como hicieron antes, él la agarró por la cintura y ella le echó las manos a los hombros para seguir su ritmo, que al principio fue lento hasta el *drop*, momento en el que los movimientos fueron más rápidos, más desquiciados.

Perdida en sus ojos, Gina dio un paso más hacia él. Miguel dudó durante un segundo, pero luego se pegó del todo a ella, las caderas echadas un poco hacia adelante para sentir la proximidad de Gina, los ojos violetas nublados por la pasión y la piel perlándose de sudor por los focos, el esfuerzo del baile y el deseo contenido.

Contenido, sí, porque Gina estaba convencida de que si no fuera porque estaban usando mascarillas, Miguel se habría apoderado de su boca.

O hubiera sido ella la que hubiera dado el primer paso.

Quizás sus pensamientos se reflejaron en sus ojos, porque Miguel se detuvo de golpe y la miró atónito.

Jadeantes ambos, cada uno se perdió en los ojos del otro.

—Detenme —pidió Miguel.

Gina no fingió que no sabía a lo que se refería. ¿Para qué, si ya estaba toda la carne en el asador?

Miguel acababa de ponerla.

Así que lanzado el órdago, a Gina solo le quedaba por decir:

—Detenme tú.

Miguel parpadeó. Una vez, dos, tres… Tanto, y tan atontado se quedó, que Gina fue la que le tomó la mano y se lo llevó de allí.

¿A dónde? No importaba.

A cualquier lugar donde ocultarse del mundo para mostrar sus pieles, sus corazones, sus almas. A cualquier sitio donde refugiarse de miedos y exponer los sentimientos.

Allí donde dejar de fingir que solo eran amigos y donde reconocer que su enemistad inicial fue el disfraz perfecto para ocultar que en realidad se habían enamorado a primera vista.

Y ese lugar era la tienda de campaña de Miguel, escenario perfecto para una noche de *rave*, no para una noche de pasión. Pero ¿qué más daba?

Gina en ese instante no necesitaba lechos cubiertos con sábanas de satén y almohadas mullidas, ni pétalos de rosas esparcidos sobre la cama. No necesitaba champán ni bombones, ni cortejos, ni juegos de seducción.

Gina solo necesitaba a Miguel.

Y él a ella, que una vez repuesto de la sorpresa fue quien tomó las riendas.

Y así, a solas y libres de miradas indiscretas, se arrebataron las mascarillas y se miraron a los ojos, dándose unos segundos de tregua para detener aquella locura.

Ninguno hizo nada ni remotamente parecido.

Ambos, locos de deseo, ansiosos por sentirse, se abalanzaron el uno sobre el otro y se devoraron la boca.

Pero ni uno ni otra querían esas prisas, ya perdido el miedo a que cualquiera de ellos se echara para atrás.

No, no había ahora el desasosiego, la premura de la incertidumbre, ni el aquí te pillo aquí te mato por si acaso luego no tengo ocasión.

Era ahora su actitud de recreo, de mimo, de cuidado; la lengua de él jugando con la de Gina al atrápame si puedes, la suavidad de las yemas de sus dedos acariciando sus pecas, como si tocase un instrumento muy delicado; la respiración contenida para no asustar a Gina, que temblaba como una cervatilla.

La contención de una pasión que los quemaba, los ahogaba.

Y así, con delicadeza, y sin dejar de besarla, Miguel avivó el fuego con caricias lentas que pronto se volvieron más osadas y exigentes, como cuando le quitó el top que Sofía le había dejado y se abalanzó sobre sus pechos con una sonrisa ladina.

—Son… pequeños —dijo ella entre jadeos, excusándose un poco por ser tan poco femenina, tan sin curvas. Tan grande y tan… *highlander*.

—Sí —coincidió él, pero lo dijo como si ese hecho fuera algo maravilloso.

Con una sonrisa traviesa, Gina descubrió el motivo: se los podía meter casi enteros en su boca.

—Joder —musitó con un gemido cuando él mordisqueó un pezón y pellizcó el otro.

—Ahora voy a eso —se rio Miguel, pero luego su mirada se enturbió, como si temiera que ella se arrepintiera y, por ende, tener que poner fin a un sueño.

Gina, al ver el sufrimiento en sus ojos violetas, el miedo a que aquello se desvaneciera, lo miró con todo el amor que sentía por él.

Sí, amor. ¿Para qué ocultarlo? Gina no estaba para tonterías, y no podía ni quería ignorar lo que sentía por Miguel, ni a él, ni a nadie.

Ni a sí misma.

Así que, atrevida, más de lo que había sido jamás en su vida, le acarició sobre el *kilt*, provocando que Miguel, derrotado, echara la cabeza hacia atrás con un gemido que proclamaba el placer que tan leve caricia le había provocado.

Aquella declaración de intenciones hizo que ambos se desatasen y dejasen de contenerse.

No, ya no había cuidado, sino una guerra de manos, lenguas, mordiscos y caricias que jugaban a ver quién provocaba más placer, a ver quién encendía más a quién.

En resumen, a ver quién ganaba, sabiéndose al mismo tiempo vencidos.

Uy, no. Gina no fue comedida, ni tímida ni se sintió avergonzada, pues sin titubeos le quitó el *sporran* y el *kilt* y se arrodilló para lamerle, chuparle y mordisquearle, mientras él le apartaba el pelo para verle el rostro.

—Joder —fue esta vez él quien masculló la palabra, los dientes apretados y la frente perlada en sudor, temblando y luchando por no dejarse llevar, como un imberbe en su primera mamada.

—A ello voy —dijo ella apartándose un momento para hacer la gracia, momento que Miguel aprovechó para caer rendido frente a ella y besarla con pasión, mientras su mano se metía dentro del pantalón de Gina para buscar la fuente de sus deseos.

Gina gimoteó cuando tocó su sexo, húmedo e hinchado por el placer. Tanto placer sintió, que se sorprendió al comprobar que estaba muy cerca de alcanzar el orgasmo.

Pero ella no quería alcanzarlo por esa vía… la misma de siempre.

Ella quería comprobar si era cierto que con la penetración se alcanzaba también el orgasmo, como sostenían sus amigas.

Así, se desprendió del pantalón y, obligando a Miguel a tumbarse, se sentó a horcajadas sobre él, hasta que empezó a restregarse contra su erección para lubricarle con sus propios fluidos y que fuera más fácil la entrada.

Mirándola con orgulloso asombro, Miguel le dejó hacer, pero cuando ya no pudo soportarlo más se dejó caer en el colchón y cerró los ojos para disfrutar del contacto.

Pero justo entonces, Gina se detuvo.

Confundido, el español abrió los ojos.

—Miguel, ¿ti… tienes algo?

Gina casi rio cuando vio el alivio en los ojos de Miguel, quien, tal vez, por un segundo había pensado que ella no quería seguir.

¡Iluso! Con lo que se moría de ganas de sentirlo dentro de ella.

Raudo, Miguel tanteó hasta que encontró el sporran y sacó un preservativo que no tardó en colocarse.

Gina pegó un pequeño grito cuando él la tomó por la cintura y la tumbó. Supo entonces que él quería llevar el control, así que como ella estaba un poco fuera de sí, le dejó hacer.

Miguel no tardó en cubrirla con su cuerpo, y después de besarla acarició su clítoris segundos antes de poseerla.

Fue curioso. Gina nunca había sentido el deseo de aquella noche, ni había alcanzado esas cotas de placer, como tampoco se había sentido plena, total y absolutamente colmada.

Entonces él comenzó a moverse, a salir y a entrar en ella, cada vez más rápido, más fuerte, más descontrolado.

Gina sollozó, porque recordó que justo en ese punto, cuando ella empezaba a disfrutar, era cuando todo acababa, pero entonces el placer llegó, tan desbordado, que sintió que algo se rompía dentro de ella y que alcanzaba el cielo con las manos.

Gritó. Y lloró. Y se movió descontroladamente al ritmo de las convulsiones.

Y rio. ¡Cuánto rio! ¡Cómo provocaba un nuevo ataque de risa cada nueva oleada de placer que la acometió!

Y así, entre risas y llantos, Gina logró su primer orgasmo con penetración.

Miguel debió de contagiarse de su felicidad, porque alcanzó su clímax con una carcajada victoriosa.

Gina lo apretó fuerte contra ella mientras él se vaciaba y la pasión disminuía, como si soltarlo le fuera del todo imposible.

Como si al hacerlo, ella perdiera el norte y se fuera a la deriva.

Y así, aferrada a él, con lágrimas en los ojos y un calorcillo de dicha en el corazón, Gina se quedó dormida.

Lastfest.
Domingo 2 de agosto
1:25 h.

—¿Qué? ¿El cigarrito de después?

Miguel miró a Dani, que le tendió un cigarro. Lo rechazó con un movimiento de cabeza y miró a la luna.

—No seas cabrón. Además, sabes que no fumo.

Dani se encogió de hombros y procedió a encenderse el suyo. Exhaló el humo y, como hiciera su amigo, contempló el cielo.

—Y ahora, ¿qué?

Miguel hizo un par de inspiraciones antes de atusarse el cabello. Cuando se enfrentó a su amigo, había desesperación en sus ojos.

Y todo un mar de dudas.

—¿Por casualidad has mirado tu correo? —fue su respuesta.

Dani asintió y, como Miguel, se puso sumamente serio.

—Por eso mismo te preguntaba.

Miguel sufrió un visible escalofrío.

—No tengo ni puta idea de qué hacer, amigo.

Este silbó.

—Ya decía yo… El hecho de que te lo estés planteando, dice mucho del cariz que han tomado las cosas. Así que, ya no sois *solo* amigos, ¿me equivoco?

Miguel negó con la cabeza.

—Nunca lo hemos sido, Dani. Me enamoré de ella en cuanto me acusó de querer matarla.



CAPÍTULO 19

IN THE NAME OF LOVE
I wanna testify,
Scream in the holy light,
You bring me back to life
and it's all in the name of love.
(Quiero testificar,
gritar a la luz sagrada,
tú me traes de vuelta a la vida
y es todo en el nombre del amor).
Martin Garris feat Bebe Rexha

Instastories @Chaileagbhò
Playa El Escanu, Lastres.
7:05 h.

«Morning, Lassies.
Hoy quiero compartir este hermoso amanecer, el más bonito que he visto nunca. Es tan… revitalizante. Tan esclarecedor…»

Gina subió la *story* y miró al frente, donde cielo y mar se hacían uno. El sol pugnaba por abrirse paso entre densas nubes, hasta que al fin estas se rindieron a su ataque y la luz bañó el agua.

La escocesa no mentía a sus seguidoras al decir que aquel era el amanecer más bello que había visto en su vida, por más de un motivo.

Cierto era que la playa de Achmelvich era una de las más bonitas de las *Highlands*, y que se había bebido muchos amaneceres allí, todos equiparables al que veía ahora, pero tal vez para Gina este le superaba por las emociones que sentía en ese momento.

Se sentía libre.

Como nunca antes se había sentido, y como probablemente nunca más volvería a sentirse. Libre de miedos, de complejos, de dudas… Como si se hubiera librado de una mochila con demasiadas piedras, algunas ni siquiera de su propiedad.

Libre de incertidumbres y de barreras, con fuerza para afrontar todo lo que le viniera, bueno o malo, y con ganas de gritar lo feliz que se sentía.

Y todo por amor.

Sí, ¿para qué negarlo?

Gina, después de pasar una noche maravillosa en brazos de Miguel, en la que con cada nuevo encuentro se manifestaba una nueva revelación, sentía muchas ganas de gritar al mundo lo enamorada que estaba y lo feliz que le hacía ese sentimiento.

Aunque su historia de amor no llegara a ningún puerto.

Solo eso: amar de forma incondicional y un poquito privada.

Porque pese a que se había quitado un peso de encima al reconocer y admitir sus sentimientos hacia Miguel, nunca se declararía. ¿Por miedo a perderlo? Bueno, tal vez. ¿Por no querer presionarle? También.

Pero, sobre todas las cosas, porque no quería estropear con palabras lo que estaban viviendo en ese momento.

En ese hoy. En ese ahora.

Mañana Dios diría, pero de momento ella disfrutaría de él, de sus besos, de su forma de amar tan dulce y alocada al mismo tiempo, de sus risas e incluso de sus demonios.

Dejaría que fuera su corazón, su alma y sus ojos quienes hablaran. Se declararía con cada gemido y cada jadeo que él le arrancase con sus pícaras caricias. Dejaría ver cuán de entregada estaba a él, cuánto lo quería.

Sin palabras, porque su alma se encargaría de gritarlo.

Esperaba que él no estuviera sordo…

—Hola.

Gina pegó un respingo y abrió los ojos ante la interrupción, pero al reconocer a Miguel sonrió de oreja a oreja.

Sonrisa que se le borró cuando vio que la miraba con cautela.

—¿Pasa algo?

Miguel carraspeó y se dejó caer a su lado.

—No, no, todo bien. Solo estaba preocupado. Te… has ido sin decir nada.

Gina sonrió y le acarició el brazo.

—Estabas dormido y yo necesitaba pensar. Además, le dije a Sofía que estaría aquí.

—Sí, fue ella quien me lo dijo. Por un momento pensé que habías huido.

—¿De qué? ¿De ti?

—Fui un poco… insistente —reconoció él.

Gina rio por lo bajo.

—Bueno, ya sabía dónde me metía. Sé que el tres es tu número fetiche —dijo entre risas pícaras.

Miguel, sonrojado, le depositó un beso en la mano que acariciaba su brazo y la miró con una pizca de inquietud.

—Oye, Gina, risas aparte. ¿Te… arrepientes?

Gina parpadeó un par de veces antes de agitar la cabeza y soltar una suave risa.

—¿Arrepentirme? ¿De la mejor noche de mi vida?

Miguel enrojeció por el cumplido, pero luego soltó el aire de golpe, como si lo hubiera

estado reteniendo.

Como si se hubiera quitado una carga.

—Me asustaba el hecho de que… Fue todo tan deprisa… No te di tiempo a pensar ni a que lo habláramos.

—Bueno, Miguel, es que en ese momento yo no quería pensar. Y sinceramente prefería usar la lengua en otras cosas.

—Ya vi, ya —se guaseó él por lo bajo y un pelín tímido y maravillado. Fingió estremecerse y rio, pero luego se puso serio—. Me refiero a… Manu.

Al escuchar ese nombre, Gina se puso rígida.

—Ups —exclamó, porque esa era la primera vez que pensó en su…

Ex.

Sí, desde luego, ya era oficial. Tal vez no para él, o para el resto del mundo, pero para ella dejó de ser su novio en el mismo momento en que aceptó sus sentimientos por Miguel.

Tal vez mucho antes, mientras esperaba aquel tren en Santa Justa que la llevaría al Paraíso.

Miguel debió de malinterpretar su reacción, porque se hizo pequeñito, miró a la arena y su voz sonó triste.

—Y ahí viene el arrepentimiento.

Gina le apretó el brazo y le obligó a mirarla.

—Te equivocas. No estoy en absoluto arrepentida. —Como él la miró como si no la creyera, Gina se armó de paciencia—. Mira, Miguel, no sé en qué punto estamos tú y yo ni adonde nos llevará o no todo esto. Solo sé que me entregué a ti porque quería hacerlo… las tres veces—dijo con una mueca pícara, pero al ver que él no sonreía, dejó las bromas a un lado—. Soy una chica muy tradicional, y no me acuesto con el primero que llega o con el que me pone un poco caliente.

—Un poco… —le escuchó mascullar, desinflado.

—Muy, muy caliente —corrigió ella—. Independientemente del grado de excitación, que fue muy alto, mi corazón es otro cantar, y si ese no entra en escena no hay nada que hacer.

Miguel la miró, sorprendido.

—Tu corazón.

Gina le cogió la mano, se puso de rodillas frente a él y lo miró a los ojos.

—Este. —Reforzó sus palabras llevándole la mano al pecho—. Este que late desbocado tan solo con el sonido de tu voz. Aunque me saques de mis casillas y me pinches. Aunque a veces seas un borde; este, Miguel.

Miguel la miró fijamente a los ojos, como si necesitara ver en ellos la verdad de sus palabras.

—¿Y Manu?

Gina negó con la cabeza.

—Él no está ahora.

—Pero estará —aventuró.

Gina suspiró y dejó caer la mirada.

—No tengo respuestas para lo que sucederá en un futuro. Sé lo que tengo ahora. Lo que quiero ahora.

Como él siguió sin creerla, o quizás porque su respuesta dejaba muchas cosas en el aire, Gina lo besó.

¿Fue aquel beso una declaración? Sí, del todo.

¿Lo tomó Miguel así? Gina lo ignoraba.

Lo que sí supo fue que el modo en que él le devolvió el beso, a la desesperada, como si necesitara detener el tiempo y si tuviera que aprovechar al máximo el presente, fue su forma de abrirse a ella, de decirle sin palabras sus sentimientos.

Pronto les pudo la pasión, y tan cegados estaban, tan entregados a sus sentimientos, que no pensaron dónde estaban.

Bah, ¿qué más daba? Ahí solo importaban ellos, besarse como si no hubiera un mañana, buscar la piel bajo la ropa, pegarse tanto el uno al otro para que ni un grano de arena se interpusiera entre ellos.

Libres, desatados, locos de un amor que exigía ser festejado con un baile tan antiguo como el mundo…

—¡Idos a un hotel!

Fue Gina quien, sobresaltada por la interrupción, retiró su boca de la de Miguel para mirar al intruso.

Miguel debía de saber quién era, porque gruñó y trató de buscar la boca de Gina de nuevo, pero esta se sentía demasiado turbada y lo empujó para quitársele de encima.

—Esto… eh… Hola, Dani.

Enojado, y con un rugido que delataba su frustración sexual, Miguel al fin la liberó. Gina no tardó en recomponerse la ropa mientras se levantaba.

Miguel la siguió y se sacudió la arena, mientras lanzaba miradas iracundas a Dani.

—Hay que ver lo que te gusta joder a la gente.

—Para cuando me lo hacías tú a mí —le replicó su amigo de la facultad con una enorme sonrisa traviesa.

Sofía hizo un revuelo de ojos y miró a Gina. Había una sincera disculpa en sus ojos.

—Sé que necesitabas privacidad, pero al no verte se volvió un poco loco y tuve que decirle que habías venido aquí.

—No te preocupes, está bien —la tranquilizó Gina, que, como hiciera segundos antes Miguel, se limpió la arena del trasero.

No protestó cuando Miguel la ayudó.

—Y también siento haberos interrumpido —se guaseó—, pero el asunto se estaba tornando un poco…

—Pornográfico —concluyó Dani por ella.

—Tampoco era para tanto —se excusó Miguel sin dejar de limpiar la espalda de Gina.

—¡Uy que no! Unos viejitos estaban diciendo de llamar a la policía.

—¡Anda y no inventes! —regañó Sofía tirando de él—. Y vamos a desayunar, que tengo hambre.

—¿Venís? —invitó Dani—. ¿O vais a seguir dando el espectáculo?

—¡Que lo dejes ya! —insistió Sofía.

Sin éxito, porque su novio seguía y seguía sin parar.

¿A Gina le importaron sus chanzas? Ni una pizca.

A Miguel, a juzgar por el brillo pícaro de sus ojos violetas, tampoco.

Restaurante Hotel Miramar
Lastres

9:45 h.

—He hablado con Sofía.

Miguel pegó un respingo por las palabras de su amigo, y sus ojos se desviaron a la entrada del restaurante, donde las chicas estaban entrando para ir al baño.

Ellos se encontraban desayunando en la terraza del restaurante, con vistas al mar y la brisa del mar meciendo sus cabellos.

Y probablemente Miguel hubiera disfrutado enormemente del espectáculo, pero se sentía un poco distraído y muy pero que muy asustado.

Tal debía de ser el pánico que mostró, que Dani le sonrió con tristeza.

—Tranquilo. Le he dicho que no diga nada.

Un poco más tranquilo, aunque no del todo, Miguel lanzó un suspiro y miró a los ojos de su amigo.

—Gracias. —Como Dani restó importancia con un ademan de la mano y siguió echando aceite a su tostada de tomate, Miguel se inclinó un poco hacia él—. ¿Y qué ha dicho?

—Que está conmigo —recitó. Lo dijo con la naturalidad del que sabe la respuesta de antemano, tal era la confianza y el amor que sentían el uno por el otro.

—Entonces, ¿lo vas a aceptar?

Dani lo miró fijamente.

—¿Lo dudas? —Frunció el ceño y pegó un respingo antes de agrandar los ojos—. No me digas que tú no…

Miguel parpadeó. Aturdido, miró hacia la puerta del restaurante.

Era absurdo, pero Miguel se acercó más a Dani y terminó susurrando.

—No sé qué hacer. De verdad que no sé qué hacer.

—Es una oportunidad de oro —le advirtió Dani.

Miguel señaló con el pulgar la puerta del restaurante, donde segundos antes habían desaparecido Gina y Sofía.

—Ella sí que es una oportunidad de oro. —Meneó la cabeza con pesar—. La mejor oportunidad que se me ha presentado jamás.

—Amigo, no sé si eres consciente, pero acabas de renunciar al trabajo de tu vida.

—No sé. Lo que tengo claro es que he elegido a la mujer de mi vida.

Dani no añadió nada más, y no porque las chicas ya volvían del aseo, sino porque todo quedó dicho.

Porque Dani supo, a ciencia cierta, que su amigo acababa de tomar una decisión.

¿Hizo algo para convencerle de lo contrario?

Ni por asomo.

Emuló lo mismo que años atrás hizo Miguel cuando Dani pasó por algo parecido: apoyarle con una palmada en la espalda.



CAPÍTULO 20

IN THE END
I tried so hard and got so far
But in the end, it doesn't even matter
I had to fall to lose it all
But in the end, it doesn't even matter
(Lo intenté tan duro y llegué tan lejos,
pero al final, ni siquiera importa.
Tuve que caer para perderlo todo,
pero al final, ni siquiera importa).
Linkin Park (Techno remix)

Instastories @Chaileagbhò
Casa Alonso
Miércoles 5 de agosto
18:25 h.

«Lassies, yo no sé qué duele más; que te partan el corazón, o ser tú quien lo parta».

Anteriormente…

¿Qué decir de los días sucesivos a la *rave*? Que fueron los mejores de su vida era quedarse muy corta.

Gina se encontraba en el mismo cielo, en un edén en el que hasta el momento había tenido prohibida la entrada, pero que Miguel, muy astuto él, se las había ingeniado para colarla por una puerta secreta.

Secreta, sí, porque ni a Gina ni a Miguel les apetecía que la *güela,* que de tonta no tenía ni un pelo, les moliera a palos con la chancleta.

De ese modo, los amantes se veían obligados a encontrarse a escondidas y a disimular frente a los ancianos. Ahora, luego… Daba igual dónde amarse; un pajar, una cuadra o en el coche a la vuelta de comprar el pan en el Mercadona de Pola.

Por descontado, Miguel respetó la casa, pero el muy truhan se las apañaba para que pudieran encontrar un momento de privacidad, y aunque ninguno dijo nada, Gina sospechó que Bermudo se había convertido en su cómplice y entretenía a Rosa para evitar que los pillase haciendo cosas *indebidas* y *pecaminosas*.

Muuuy pecaminosas, pese a no contar con la libertad con la que habían gozado los días anteriores a su regreso a la casa familiar.

La idea inicial de Miguel había sido volver el domingo, pero al final se quedaron a comer con Dani y con Sofía para despedirse con tranquilidad. Las lágrimas de Gina fueron realmente sinceras, tal fue el afecto que tomó a la pareja que prácticamente acababa de conocer. Incluso intercambiaron los teléfonos para mantener el contacto, amén de una invitación a Aigantaigh.

Más tarde, Miguel, o su *Colega,* igual daba, se empeñó en ir al campamento, y como se les hizo de noche, no les quedó más remedio que pernoctar allí.

—Valiente excusa te has buscado —escuchó decir al abuelo cuando Miguel le llamó para avisarle, pero como lo dijo en un tono divertido, Gina comprendió que les iba a echar un capote.

Ya de regreso el lunes por la mañana, la escocesa tuvo miedo de que la vuelta a la rutina acabara con su particular *luna de miel,* pero nada más lejos de la realidad.

Cada momento compartido, cada confidencia y cada caricia robada los unió muchísimo más.

Sí, era un auténtico paraíso.

Por desgracia, como en todos los paraísos siempre había serpientes dispuestas a joderte la existencia tentándote con una apetitosa manzana.

O con una conversación que no debía de ser escuchada tras las puertas.

Fue el miércoles por la tarde, cuando por culpa de una tormenta Bermudo y ella tuvieron que regresar del *prau* mucho antes de lo que tenían por costumbre.

El anciano se quedó regazado, Gina sospechó que para fumarse un puro, algo que tenía terminantemente prohibido, así que la joven entró con sigilo a la casa con la esperanza de que no la vieran y así evitar responder a la pregunta de dónde se había quedado el *güelu*.

Casi suspiró de alivio cuando escuchó a Miguel y a Rosa en el salón, pues tenía vía libre para subir al piso superior sin ser vista.

Hubiera corrido, pero como ya se conocía la casa y sabía lo traicionero que era un escalón en concreto, subió de puntillas y con cuidado de hacer el mínimo sonido posible.

Entonces se detuvo de golpe.

Y no porque llegara al citado peldaño, que también, sino porque escuchó una confesión de Miguel que la dejó atónita:

—Por ella, *güela*. He rechazado el trabajo por ella.

Gina parpadeó. Sus párpados fue lo único capaz de mover, pues se había quedado petrificada, tanto por la noticia, como por el temor de ser descubierta escuchando conversaciones ajenas.

Sin embargo, no era ajena en absoluto, pues estaba convencida de que esa *Ella* era ella misma, así que tranquilizada su conciencia, se quedó un momento más para ver si obtenía más información y no sacar conclusiones precipitadas ni caer en malentendidos.

Un minuto después, obtuvo lo que necesitaba.

Temerosa de ser descubierta, regresó con el mismo cuidado con el que había entrado a la puerta principal y, tras dar un portazo de aviso, fue hasta el salón.

Esbozar una sonrisa le supuso un esfuerzo titánico.

—¡Meca! —exclamó la abuela con asombro—, ¿ya terminasteis?

Gina señaló su chubasquero, aún mojado.

—Nos ha caído la del calamar —informó.

Miguel rompió a reír y se levantó para acercarse a ella.

—Se dice la del pulpo. ¿Ves cómo todavía te queda mucho por aprender? —Se giró a la abuela y le guiñó un ojo—. Presume de saber español mejor que un nativo.

Gina sonrió con timidez, pero no respondió. De reojo miró a la abuela, que tenía un gesto de preocupación que no le gustó.

—Mejor me voy a cambiar.

Tal vez fue demasiado seca, más de lo que tenía por costumbre, porque abuela y nieto se pusieron serios y fruncieron el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel agarrándola del brazo cuando hizo amago de huir despavorida al piso superior.

—Sí, sí —quiso tranquilizarle—. Solo que estoy empapada y voy a darme una ducha.

Miguel se quedó conforme con su explicación y la acompañó hasta las escaleras.

—Oye —susurró tomándole la mano—, que si quieres, enredo a la *güela* con cualquier cosa y me meto en la ducha contigo.

Gina rio, sonrojada, pero le amonestó con un ligero empujón.

—No quiero probar su chancla, gracias. Luego nos vemos.

—¿Cuándo? —susurró, apremiante.

A la escocesa le encantaba cuando él demandaba sus besos y sus caricias con ese aire desesperado… en circunstancias normales.

Ese día, al verle tan ansioso, algo se le quebró por dentro.

Porque ella le iba a dar la mayor hostia que le habían dado en la vida: iba a dejarlo.

Si había algo que Gina echaba en cara a Manu, y por lo que le había cogido un poquito de manía, había sido por la falta de interés y de respeto que había mostrado hacia su trabajo, llegando incluso a exigir en alguna ocasión que lo dejase por él.

Siendo así, sabiendo lo importante que es para una persona sentirse plena con su profesión, ¿cómo podía permitir que Miguel rechazara un trabajo por ella?

«Llevas años esperando este momento. Años trabajando con Dani en el proyecto», había dicho la abuela.

«La amo», había sido su simple y emotiva respuesta.

Y aunque la confesión le había llegado al alma, esta no brinco de felicidad. ¿Cómo hacerlo, cuando él tenía que renunciar a algo para estar con ella?

¿Y por qué narices tendría que hacerlo?

Pues tan sencillo porque la amaba tanto que era incapaz de pedirle que fuera ella quien lo dejase todo para irse con él.

No, Miguel nunca haría algo así. Alguien que ama de verdad, de forma incondicional, pura y sin egoísmo, nunca pediría un sacrificio así; sería él quien se sacrificase.

Justo lo que estaba haciendo.

Pero Gina lo amaba del mismo modo y ni podía ni debía ni quería permitirlo.

Solo era cuestión de tiempo encontrar una solución, un término medio en el que ambos

estuvieran conformes, encontrar el modo de seguir juntos sin que en un futuro, en una discusión por cualquier tontería, se echase en cara a lo que se tuvo que renunciar para que la relación funcionase.

Tiempo, tiempo… algo que no tenían, porque según escuchó, tenía una semana máximo para dar una respuesta.

Gina lo pensó con la mente fría, o al menos lo más objetivamente que pudo. Pensó en confesarle que lo sabía todo, que aceptase el trabajo, que ella lo esperaría… ¡Vaya si lo esperaría!

Pero Miguel no aceptaría esa propuesta, más sabiendo el tiempo que había perdido ella con Manu, así que a Gina no le quedaba más remedio que presionarlo.

Obligarle a que aceptara el trabajo, daba igual el modo, ni lo que luego ella sufriría.

Pero ¿cómo? ¿Con chantaje? ¿Con promesas? ¿Con amenazas?

Fue curioso que encontrara la solución en una llamada que ya no esperaba, pero que era necesaria para cerrar ciclos.

Atónita, y mientras se cambiaba la ropa empapada, Gina miró el nombre que apareció en la pantalla de su móvil: Manu.

—¿Hola? —dijo en un susurro.

—Hola, Gina —saludó el sevillano. Lo hizo en un tono de voz cansado, arrepentido.

Tal vez temeroso de lo que Gina pudiera decirle.

—Fui a tu casa —casi escupió ella.

Así, de golpe, porque no tenía tiempo ni ganas de enfrascarse en saludos, evasivas y trivialidades.

—Lo sé. Me lo dijo mi madre… Gina, tenemos que hablar. Tengo mucho que explicarte.

—Sí —fue su escueta respuesta.

Del otro lado de la línea se escuchó un suspiro de cansancio. Luego, un sollozo de desolación.

—Por favor, Gina, no estés enfadada conmigo.

Gina quiso echarse a reír. ¿Enfadada? No. Uno está enfadado cuando algo le importa.

Cuando le da igual, no se enfada. Solo… le hace gracia lo patético de la situación.

—No estoy enfadada. —Manu hizo un sonido que sonó a Victoria. A Gina le entraron ganas de vomitar—. Pero sí, me debes muuuchas explicaciones.

—¿Todavía estás en Asturias?

Gina pegó un respingo y parpadeó con verdadero pasmo.

—¿Cómo sabes que estoy en Asturias?

Un segundo de silencio. Dos. Tres. Cuatro…

—Lo vi en tu insta.

La escocesa entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Cómo, si tú no tienes?

Silencio. Un segundo. Dos. Tres…

—Por el insta de un amigo.

Gina se tocó la frente y se mordió la lengua para no decir lo que pensaba; que sabía que era mentira. Que ahora comprendía que la había engañado, que sí tenía redes sociales pero que la había bloqueado. Que negaba su existencia. Su relación.

Y que todo eso a ella ya no le importaba.

En vez de eso, calló, y Manu aprovechó para seguir con un discurso que se veía a leguas que se había aprendido de memoria.

—Mañana tengo que viajar a Madrid, así que podemos vernos allí, en Atocha. Si sales pronto, si tomas el tren en Oviedo a las ocho estarás sobre las doce aquí, antes de la comida de reunión de trabajo que tengo programada para la una…

Gina ahora ya no se abstuvo de controlar su risa. Rio, grande, fuerte y con verdadera incredulidad.

¿Así que ese era el tiempo que su relación se merecía?, ¿que *ella* merecía? ¿Una puta hora de mierda para salvar una relación que ya ni existía, al menos para ella?

—¿Gina? —preguntó Manu—. ¿Estás bien?

Como si pudiera verla, Gina negó con la cabeza.

No, no estaba bien. Pero no por él ni por sus mentiras, sino porque, sin quererlo, acababa de encontrar la excusa perfecta para hacer que Miguel aceptase el trabajo de su vida.

Luego ya vería ella cómo recuperarlo… Si podía.

Y si no podía, al menos no habría contribuido a hacerle infeliz por no haber seguido sus sueños.

En cualquier caso, dolía como mil demonios, porque le partiría el corazón.

El suyo ya estaba hecho añicos.

—A las doce en Atocha.

Y colgó.

Porque no tenía nada que decir, ni nada que escuchar.

Aquella cita no era más que una excusa para dejar al verdadero amor de su vida, que en el piso inferior aguardaba, ignorante, a que ella bajase para hacerle trampas al parchís.

Tardó un rato en bajar, y no porque tuviera miedo a enfrentarse a Miguel, sino porque tenía que pensar, y mucho.

Y serenarse.

Mucho.

Luego, solo se plantó en el salón y se sentó frente al tablero para jugar la partida más difícil de su vida.

Gina no supo quién fue el primero en darse cuenta de que algo le sucedía.

Tal vez la *güela*, que los miraba alternativamente con preocupación al presentir la tensión en el ambiente. O el *güelu*, que debió ver algo raro en sus ojos porque buscaba a cada segundo su mirada, como si quisiera leer en su interior.

O Miguel, cuando después de un par de trampas ella no le regañó.

—Vale, ¿qué pasa? —soltó el asturiano a bocajarro, cruzándose de brazos.

Gina, que entendió que no tenía caso fingir que no sabía a lo que se refería, soltó un suspiro y miró a los abuelos.

¿Para buscar su apoyo? Quizás. ¿Para no tener que enfrentarse a la mirada violeta de Miguel cuando le rompiera el corazón?

Oh, sí.

—Mañana voy a Madrid —fue su sincera respuesta.

¿Para qué adornarlo? Las malas noticias no había forma de endulzarlas. Se sueltan, y ya.

Miguel alzó las cejas y se echó hacia atrás.

—¿A Madrid?

Gina asintió. Lo miró durante un segundo, pero rápidamente apartó la mirada, que clavó en el tablero del parchís.

—Tengo… una cita.

Miguel se desinfló de forma visible, pues dejó caer los hombros y su mirada se tornó…

¿aterrorizada?

—¿Con…?

Gina asintió.

—Me llamó hace un rato. Quiere que hablemos.

—¿De qué? —casi gritó Miguel.

La escocesa sabía que estaba enfadado, sí, pero también acojonado.

—Era algo que tarde o temprano tenía que pasar, Miguel. Es mi… novio.

Miguel compuso un gesto de sorpresa, que al instante se tornó en otro de desprecio.

«Tal mejor así», se dijo Gina. Cuanto más la aborreciera, más ganas le entrarían de aceptar el trabajo para huir lejos muy lejos de ella.

Ufff, pero cómo dolía eso…

—Perdona, tal vez me haya confundido. Llámame loco, pero pensaba que tu novio era yo. Digo, como es a mí a quien le comes la polla…

—¡Miguel! —regañó la *güela*.

Gina enrojeció de vergüenza, pero no quiso amonestarle por ser tan vulgar y tan explícito. Sabía que su total falta de educación, decoro y saber estar era debido al dolor que estaba sintiendo.

—Se lo debo, Miguel —replicó Gina con firmeza—. Creo que después de seis años de relación, qué menos que dejarle que se explique.

—¿Que explique, qué, Gina? ¿Que te ha mentido desde el minuto uno? ¿O que durante seis años no has sido más que la chica que le ha calentado la cama?

—¡Ya está bien, Miguel! —intervino el *güelu*—. No voy a permitir que la ofendas.

Miguel lo miró de hito en hito, como si no pudiera creer que su abuelo se pusiera de parte de ella.

En realidad, Gina estaba tan asombrada como él.

—¡Se va a ir con otro! —se excusó el joven señalándola.

—Voy a ir a tener una conversación con el que, hasta entonces, es mi novio. Se lo debo. ¡Me lo debo!

Miguel la miró como si estuviera viendo a otra persona; una arpía que le estaba rompiendo el corazón.

—¿Y luego?

—No lo sé. Pero tengo que escucharle. Todo el mundo merece el beneficio de la duda y tener una segunda oportunidad —confesó con sinceridad.

Miguel hizo aspavientos.

—O sea… A ver si me aclaro. Porque lo mismo estoy confundido, pero ¿estás diciendo que dependiendo de lo razonable que sea su explicación, tú seguirás o no con él? —dijo con ironía y entrecomillando la palabra razonable.

Gina se pasó una mano por el rostro con cansancio.

—No. Estoy diciendo que mañana voy a tener una charla y que no sé en qué derivará todo. Lo único que tengo claro es que mañana mismo regresaré a Aigantaigh.

Los abuelos protestaron desilusionados, pero no dijeron nada.

Miguel tampoco, aunque parecía tener muchas cosas que decir.

Probablemente, nada bueno.

—Puedes quedarte el tiempo que sea necesario —dijo doña Rosa poniéndose en pie.

Gina la miró, agradecida, aunque presentía que había bajado muchos puntos a los ojos de los ancianos.

Después de todo, acababa de destrozar las ilusiones de su nieto preferido.

—Gracias, *güela*, pero vine con un propósito, que era hablar con Manu. Después de eso, ya no hay motivo por el que alargar mi estancia. Además, me necesitan en Aigantaigh.

—Que no hay motivo… —masculló Miguel entre dientes y mirándola con verdadero odio.

«¡Ay, patán, si supieras que tus dardos envenenados no me hacen mal! ¿No ves que ya no tengo corazón? Te lo entregué cuando vi más allá de tus incoherencias».

—Bueno, no adelantemos acontecimientos —trató de mediar el abuelo—. La guaja, si quiere seguir adelante, primero debe pasar página, ¿no?

Gina asintió.

Miguel, no.

—El *güelu* tiene razón —dijo la abuela a su nieto—. Además tan solo van a tener una charla, fío.

Miguel agitó la cabeza, desolado y herido.

Cuando clavó sus ojos en Gina, había una clara advertencia, que no tardó en manifestar.

—No, de lo que se trata aquí, lo que importa, es que elija. Aquí. Ahora. Manu o yo.

Gina retuvo el aire y se llevó una mano al pecho.

—¿Me estás dando un ultimátum? ¿Estás diciendo que si voy a esa cita, lo que fuera que hubiese entre nosotros, habrá terminado?

—Sí.

Gina apretó los labios, tanto que se convirtieron en una delgada línea. Sus mejillas se sonrojaron y las aletas de su nariz se dilataron.

—Solo voy a tener una conversación con él —susurró. Y aunque no quiso que pareciera una excusa, sonó así.

Miguel se cuadró y la miró desde arriba. Lo hizo con rabia, desprecio, dolor… Mucho dolor.

—Que te den por culo, Gina —dijo, con lágrimas en los ojos y saliendo disparado.

Su abuelo no tardó en seguirle.

Gina saltó de la silla y corrió hacia el pequeño aseo de la planta baja. Cayó de rodillas frente al inodoro y vomitó. Lo hizo a la desesperada, mezclando su vómito con las lágrimas, entre espasmos de dolor y tristeza.

Y soledad.

Soledad que se disipó cuando unas manos pequeñas y arrugadas la tocaron. Una, para sostener su cabello. Otra, para acariciar su espalda.

—Venga, venga, échalo todo —pidió Rosa sin dejar de ofrecerle consuelo.

Al fin las náuseas desaparecieron y pudo apartarse del inodoro, pero no levantarse, por lo que se quedó allí sentada, sollozando y preguntándose si habría hecho bien.

—¿*Tas* mejor?

Gina negó con la cabeza, y aunque le resultó muy difícil, se obligó a mirar a los ojos a la anciana.

No vio desprecio, ni censura ni regaño. Solo unos ojos que la miraban con compasión y preocupación.

—Es mentira, ¿verdad?

Al principio Gina la miró sin comprender, pero luego suspiró.

—No. Es cierto que Manu me ha llamado y que tengo una cita con él.

La anciana hizo un sonido gutural, pero luego se aclaró la garganta.

—Pero no es cierto que necesites tener esa charla.

Gina se mordió el labio y se preguntó cuánto sabría la anciana y qué habría deducido.

Por un segundo estuvo a punto de confesarle la verdad, sobre lo que había escuchado y la decisión que había tomado al respecto, pero ¿para qué?

La *güela* no iba a guardarle el secreto.

Uy, no. Doña Rosa iría corriendo a buscar a su nieto para arreglarle el corazón.

Tiempo. Solo era cuestión de tiempo.

Y ayuda divina.

—Solo te preguntaré una cosa, *fía*. ¿Le quieres?

Gina sonrió, porque la anciana no necesitó precisar a quién se refería. Y aunque sabía que lo mejor era dar la callada por respuesta, dijo:

—Más que el Mandaloriano a *baby* Yoda.

Cuadra Alonso
3:00 h.

Hay noches malas, y malas noches.

Esta era de la segunda categoría. Noches de vueltas en una cama de paja, de no poder pegar ojo, de desear dormir y no despertar. O peor, de despertar y descubrir que estás en una pesadilla, pero despierto.

Malas noches, de esas de llorar, de gritar, de levantarte y de volver a acostarte, derrotado al darte cuenta de que nada está en tus manos, que todo escapa de tu control.

Malas noches de rugir de dolor, rabia e impotencia, de peleas contigo mismo en las que siempre sales perdedor.

Una mala noche en la que ni siquiera el *Colega* se atrevió a hacer acto de presencia. En circunstancias normales, le odiaba con todas sus fuerzas, pero esa noche le necesitaba como foco de distracción. Al menos, cuando él aparecía acaparaba toda su atención y Miguel ya no podía pensar en nada que no fuera en sus exigencias.

A saber dónde se había escondido ese hijoputa, dejándolo más solo con la una con sus ilusiones destrozadas y su corazón *partío*.

Mentira, no era una mala noche. Era la MALA NOCHE, con mayúsculas, la principal, pues nunca, jamás, se había sentido tan perdido, tan solo, tan destrozado.

Pero incluso en los peores momentos, el cuerpo dice basta, y al fin, no supo cómo ni cuándo ni porqué, el sueño llegó y le otorgó una tregua.

Fue una grandísima putada que Morfeo lo apresara en sus brazos durante tantas horas, porque cuando despertó era de día.

Y demasiado tarde.

Gina ya se había marchado.



CAPÍTULO 21

FRENTE A FRENTE
Solo quedan las ganas de llorar
al ver que nuestro amor se aleja.
Frente a frente bajamos la mirada,
pues ya no queda nada de qué hablar, nada.
Jeanette

Instastories @Chaileagbhò
Estación de Atocha
Jueves 6 de agosto
11:55 h.

«Morning, lassies.
¿Hace tan solo una semana que estaba en esta misma estación? Dios mío, si parece que fue hace siglos…
Sabía que este viaje me iba a cambiar, pero no sabía hasta qué punto.
Porque no, lassies. Yo no soy la misma de hace una semana. Os lo digo en…»

—Hola.

Gina pegó un visible brinco y se giró a mirar a su interlocutor. Durante un segundo se sintió aliviada al reconocer a Manu, pues era miedosa por naturaleza y ya había tenido que sufrir las tonterías seductoras de un personajillo y el intento de estafa de otro.

—Me has asustado —regañó.

Manu tenía las manos en los bolsillos, la cabeza baja en señal de sumisión y cautela en sus ojos oscuros. Aguardaba que se repusiera del susto y a que fuera ella la que diera el primer paso.

Gina no quiso ponérselo fácil.

Una vez superada la primera impresión, lo miró con detenimiento. Quiso odiarle, pero no pudo. No supo por qué, pero sentía que no debía odiarle. No aún. No cuando todavía tenían algo en común, aunque solo fueran los recuerdos.

Manu, al ver que ella no hacía amago de acercarse a él, suspiró de decepción, pero tampoco se acercó a ella.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Apenas cinco minutos. El tren ha llegado a su hora.

—El mío también. El AVE es una maravilla y…

Gina agitó la cabeza.

—¿Vamos a hablar de trenes? —interrumpió con desprecio.

Manu bajó la mirada al suelo y cambió el peso de un pie al otro. Al verlo así, rendido, vulnerable y acobardado, Gina vio lo que nunca antes había querido reconocer: era un inmaduro.

Y un poquito narcisista.

—No, supongo que no… —Alzó la vista para mirarla, pero apartó la vista y miró por encima de su cabeza—. Si quieres, tomamos algo allí, en aquel bar.

Gina giró la cabeza y miró a la planta superior, desde donde se veía un bar. Estaba prácticamente vacío, ideal para una cita anti-romántica.

Con un simple gesto de asentimiento, se dirigió hacia unas pequeñas escaleras mecánicas para subir a la cafetería. Manu no tardó en seguirla, pero cuando hizo intento de agarrar su mano, ella se lo impidió sin disimulos.

Por dentro sonrió de satisfacción al ver el gesto de perro apaleado de Manu.

Oye, que una cosa era ser buena, y otra tonta.

No volvieron a hablar hasta que ocuparon una mesa y el camarero vino a tomarles nota.

—Un café con leche para mí un té Earl Grey para mi…

—No —interrumpió sin consideración la escocesa. ¡Menudo atrevimiento, pedir por ella! Luego cayó en la cuenta de que siempre había sido así, que él siempre había creído saber lo que ella necesitaba—. Para mí, café solo con hielo y dos de azúcar, por favor.

Gina fue consciente del gesto sarcástico del camarero. Tal vez presintió las malas vibras de la mesa. O tal vez ella fue demasiado tajante.

—Vaya —exclamó Manu, en verdad sorprendido—. No sabía que te gustaba el café.

—Hasta hace una semana, yo tampoco. —Sonrió con afecto—. Me han corrompido los abuelos de Rocío.

—Has cambiado —soltó sin mirarla.

—No sabes hasta qué punto.

Alarmado, Manu ahora sí la miró. Había pánico en sus ojos. Tanto, que Gina se preguntó si él seguía sintiendo algo por ella.

Lo dudaba. Y, en cualquier caso, ya no importaba.

Hubo todo un largo minuto de silencio, donde ni uno ni otra supieron qué hacer ni qué decir, solo permanecer sentados frente a frente con muchas cosas por decir, pero poca iniciativa de empezar la conversación que lo cambiaría todo.

Fue Gina quién, recordando la llamada anterior, inició el temido tema.

—No es por meter prisa, pero solo tenemos una hora antes de tu comida de empresa.

Manu hizo un disimulado gesto de desagrado, pero asintió y la miró a los ojos.

—No sé por dónde empezar, Gina.

—¿Por qué me mentiste? —soltó a bocajarro.

Manu asintió y se movió inquieto en la silla.

—Bueno, que soy rico, ya lo sabes.

—Y que, por lo tanto, me has engañado.

Manu no se molestó en negarlo. Solo asintió con pesar.

—Y lo lamento, pero si me dejas explicarte, sabrás por qué no te dije la verdad.

Gina hizo un ademán con la mano.

A ver qué nueva mentira se inventaba…

—Gracias a que los ingleses desaprueban las corridas de toros, y que por lo tanto son ajenos al mundillo, nadie allí, en Escocia, supo quién era yo en realidad: el heredero de la ganadería Torralba.

Gina frunció el ceño cuando él se quedó callado. Como, además, se puso rojo, la muchacha enarcó una ceja con recelo.

—Define ganadería.

—Taurina. Vamos, lo que vienen siendo toros de lidia.

—¡De lidia! —casi gritó Gina.

—¿Ves? Por eso no quise decirte nada. Sabía que te ibas a poner histérica y…

Gina levantó la mano para detenerlo.

—No soy tan hipócrita, Manu. No lo apruebo, pero no puedo reprocharlo, pues nosotros destinamos las vacas a la industria cárnica.

Manu, que debió presentir que por ahí no tenía argumentos, resopló.

—En cualquier caso, con lo que amas a los animales, sé que te puede crear conflicto, así que en un principio decidí no decirte se nada y luego se me hizo bola. Ya no me atreví a confesarlo y te pido disculpas por ello.

—Vale, lo puedo llegar a entender. Pero ¿tan superficial me crees, tan interesada, que me ocultaste tus orígenes? Porque incluso llegaste a insinuar que eras más pobre que las ratas.

Manu volvió a sonrojarse. Sí, eran muchas las mentiras a las que debía enfrentarse.

—Mira, Gina, aquí en España gozo de cierta popularidad. No importa dónde vaya; siempre hay alguien que me reconoce, alguien que quiere una foto por simple postureo, o un fotógrafo que quiere sacarse una buena tajada con una foto robada en una situación comprometida. Por eso no te llevé a ningún hotel reconocido en Sevilla, porque me conocen en todos.

—Por eso, y porque tenías que seguir con tu papel de pobre —recordó ella con amargura.

Manu asintió, pero luego resopló.

—En Escocia no era así. Era uno más, alguien libre para hacer lo que quisiera. Libre para tener una relación con una chica anónima sin ponerla en el foco mediático. Por eso no te dije nada. No quería que te sintieras incómoda por mi fama ni por mi dinero.

—Que es mucho.

—Mucho —coincidió.

—Más que el que tiene Colin.

—Mucho más —respondió Manu sin vacilar.

Gina aprovechó que el camarero llegó con sus bebidas para reflexionar sobre lo dicho. Tal y como Manu lo había expuesto, tenía mucha razón al querer protegerla.

Pero todavía había mucho que escarbar. Apenas sí habían llegado a rasgar la superficie del verdadero problema: la falta de confianza.

Y de amor. Al menos, por su parte.

—¿Por eso fuiste a las *Highlands*, huyendo de la fama?

Manu removió su café y ladeó la cabeza.

—Mmm… Sí y no. Verás, nuestro negocio está un tanto anticuado, así que mi padre decidió

que lo mejor era que yo, además de gestión de empresas, del mundo de la tauromaquia y de la ganadería, aprendiese informática e inglés. —Manu chasqueó la lengua con desprecio—. Los americanos pueden poner el grito en el cielo en cuanto a la lidia se refiere, pero cuando ven que pueden sacar provecho se tragan sus prejuicios y sus discursos animalistas. De hecho, es con ellos con quien tengo la reunión.

—Pues como no hablen ellos español, van apañados —dijo Gina por lo bajo.

Manu la miró, perplejo.

—¿Insinúas que no hablo bien inglés?

—Digo que tu inglés es muy básico, Manu. Parece que has olvidado que yo aprendí español precisamente porque tú no hacías muchos esfuerzos por aprender nuestro idioma.

—No, la cosa no fue así. Yo hablo inglés perfectamente, pero entre tu acento, y que metes palabras en gaélico, la mayor parte del tiempo no te entendía una mierda.

Gina gruñó por lo bajo, pero como tampoco era plan de iniciar una discusión sobre ese particular, lo dejó pasar.

—Vale, hasta ahora, todo tiene sentido, pero tengo dos preguntas: la primera ¿por qué te fuiste? La verdad, Manu. Porque vi a tu madre y no tenía pinta de mujer desvalida a la que le han puesto los cuernos.

—Bueno, no. A mi madre se la suda los cuernos que le ponga mi padre, siempre y cuando no los haga públicos. Eso sería una total falta de respeto. —Gina hizo un revuelo de ojos, pero sí; la madre de Manu parecía ser del tipo de mujer hipócrita que soporta todo lo que le hagan con tal de que no le arrebaten su estatus—. Y tuve que regresar porque acabé la carrera de informática y mi padre estimó que ya llevaba tiempo suficiente en Inglaterra como para manejarme con el inglés, así que me cortó el grifo y no me quedó más remedio que volver.

Gina parpadeó.

—Es decir; que como papá dejó de pagarte, no te quedó más remedio que regresar a casa. —Manu no dijo nada, pero se sonrojó. Gina también, pero no por vergüenza: fue por pura rabia —. Y eso, ¿en qué lugar me deja a mí?

Manu se revolvió y, aterrado, tomó sus manos sobre la mesa.

—Yo te quiero, Gina. Con locura.

—Pero…

Manu, abatido, dejó caer la cabeza.

—Se… esperan otras cosas de mí.

La escocesa sonrió al ver por dónde iban los tiros. Era una sonrisa triste, porque ya no importaba.

Tal vez, una semana atrás, esta confesión le hubiera destrozado.

Ahora ya no. Ahora le daba absolutamente igual.

—Como que te cases con una persona en concreto —aventuró ella.

Supo que había dado en el clavo cuando él la miró con asombro.

—¿Lo sabías? ¿Has leído algo sobre ello?

—No. Pero eres un libro abierto. Al menos, ahora que te sientes acorralado. ¿Quién es ella? —quiso saber, solo por curiosidad.

Manu se movió inquieto en la silla.

—La hija del socio de mi padre. Ellos quieren obligarnos a casarnos, pero te juro que no tengo nada con ella… Nunca te he sido infiel —dijo con apremio.

Tanto, que olía la mentira a leguas.

Gina cerró los ojos y sonrió con amargura.

—No se puede ser infiel cuando no se tiene nada, Manu.

El sevillano agrandó un poco los ojos y se inclinó un poco más hacia ella.

—Pero nosotros sí tenemos algo, Gina. Nos queremos. Y buscaré el modo de estar juntos…

Gina rio por lo bajo. Lo hizo con dolor, tristeza y un poquito de desprecio.

—¿Por qué?

—¡Porque te quiero, coño! Gina, te quiero más que a mi vida. No sabes el infierno que ha sido este último año; no poder decirte la verdad, tener que ocultarte a mi familia por miedo a que tomaran represalias contra ti, estar lejos de ti. —Manu se restregó el rostro con las manos. Cuando las apartó, había lágrimas en sus ojos. «Así lloran los cocodrilos», pensó—. Y ya no puedo más. Yo solo sé que te quiero y que quiero estar contigo.

¿Estaba siendo sincero? Tal vez. La desesperación y el dolor de sus ojos mostraban que sí. ¿Servía de algo? No.

Ya no.

—Manu, vamos a poner las cartas sobre la mesa. Y aunque sea por esta vez, quiero que seas sincero: ¿qué es lo peor que te puede pasar si no obedeces, si te enfrentas a tu padre y le dices que no te quieres casar con la hija de tu socio, pero que en cambio me has elegido a mí?

Manu gruñó.

—Que me desheredase —confesó.

—¿Y?

Manu la miró sin comprender, pero luego se puso lívido.

—No puedes hacerme esto, Gina. No puedes ponerme en esa tesitura. No puedes obligarme a elegir entre un legado familiar y nuestro amor.

Gina se limpió la comisura de la boca con la servilleta y la depositó muy suavemente sobre la mesa.

Cuando miró a los ojos a Manu, había paz en los suyos.

Y amor. Todo el amor que sentía por Miguel, pues este la había elegido a ella, y no a una suculenta herencia.

—Bueno, pues veo que ya has elegido —dijo poniéndose en pie.

Manu, aterrado, le tomó el brazo para detenerla.

—No, espera. Solo te pido tiempo. Solo… ¡dame tiempo, Gina! ¡Te quiero! ¡No puedo perderte!

Gina miró al techo y sonrió. Era una sonrisa triste, que fue acompañada por una lágrima. Se puso en pie y lo miró con dolor.

—Te lo voy a poner muy fácil, Manu. Vine solo para cerrar ciclos, pero lo nuestro hace tiempo que está muerto.

—No —rugió Manu poniéndose en pie y tomándola por la cintura—. No puedo perderte. Me niego. Hallaré el modo de estar juntos.

Por un segundo Gina quiso decirle que había conocido a alguien que sí estaba dispuesto a sacrificarse por ella, y que ella también estaba dispuesta a sacrificarse por él. Que, de hecho, lo hizo, so pena de que ahora la odiase.

Que ya no le amaba a él. Que amaba a otro, por encima de obligaciones familiares, de convenciones sociales, de su trabajo… de sí misma.

Pero no dijo nada, porque al margen de Miguel, quería que Manu supiese que ella, y solo ella, era la que había tomado la decisión.

Que pese a lo que sucediese con Miguel, ella ya no quería estar con Manu.

Y entonces, todo salió.

Allí, frente a frente al que había sido su novio, Gina lo vio todo; los desplantes, los desprecios. Su egoísmo desmesurado. Su mal disimulado narcisismo.

Las mentiras.

Y la verdad: no la quería en absoluto. Solo le estaban arrebatando uno de sus juguetes favoritos.

—Ya me perdiste, Manu. Lo hiciste cada vez que me hacías sentir vergüenza por mis pecas. Cada vez que te enfadabas porque no quería dejar la vaquería para ir a una fiesta. Cada vez que restabas importancia a mi trabajo. Cada vez que te quejabas de lo pequeños que son mis pechos, de lo grande que soy para ser mujer, de mi pelo naranja hecho un desastre, de mí en general. Tanto te quejabas, que me pregunto si te gusté alguna vez o si solo era la tía a la que echar mano cuando te entraba un calentón. —Alzó la mano para detener la protesta de Manu, indicando así que no necesitaba oír de él ni una palabra más. Ella, en cambio, tenía muchas que decir aún—. Me perdiste cada vez que pedías por mí sin consultarme antes, pensando que una ensalada me iba mejor que un chuletón Angus porque mi tripa apuntaba maneras. Cuando te fuiste a España sin darme explicaciones. Cuando me mentiste. Cuando me… ocultaste a tu familia. Me ninguneaste hasta tal punto, que ya no queda nada… Nada, Manu. Adiós. Te deseo lo mejor del mundo.

Y se marchó.

Lo hizo despacio, sabiendo que él no iba a retenerla, pues ya casi era la una de la tarde y tenía algo más importante que tratar que una relación de la que no quedaban más que las ganas de llorar.

Y eso hizo: llorar.

Porque las despedidas siempre son amargas y hay que echar alguna que otra lagrimilla.

Prau Alonso
Viernes 7 de agosto
10:00 h.

—Me parte el alma verle así.

Bermudo miró a su esposa y luego al frente, donde sentado en el suelo y apoyado en el manzano se hallaba su nieto, mirando a la nada, pálido, ojeroso y tal vez un poco más delgado.

—¿Hoy tampoco ha comido nada? —preguntó el anciano.

Doña Rosa negó con la cabeza. Había preocupación y un ruego en sus ojos cuando miró al anciano.

—Me preocupa que se vaya al otro lado del mundo en ese estado. Tal vez, si llamamos a la guaja…

Bermudo negó con vehemencia.

—No.

Fue tan categórico, que doña Rosa le tomó del brazo.

—No vayas a tomarla contra ella. Gina le quiere. Lo sé. Solo que está confundida. *Ye* normal que, después de seis años, se sienta confundida y piense que le debe algo al otro.

Bermudo alzó las cejas, sorprendido.

—Yo no vi eso.

La esposa frunció el ceño.

—¿No? ¿Y qué viste?

—Pues vi a una muchacha rota de dolor. Vi que no contraatacó, que permitió que Miguel la humillara, que le dijera palabras feas. Vi que con cada mirada de odio que nuestro nieto le dirigía, ella se moría un poco más. Vi que… —Bermudo calló de golpe y miró a su esposa con los ojos agrandados—. *Muyer*, cuando Gina regresó del *prau*, ¿qué estaba haciendo Miguel?

—Pues estábamos en el salón. Él me estaba confesando que iba a renunciar al… —Con un grito de asombro, doña Rosa se llevó una mano al pecho—. Nos escuchó. Ella… se ha sacrificado por él.

Bermudo asintió, pero luego gruñó.

—Maldita la manía de escuchar tras las puertas —masculló, furioso—. En fin, que siempre me toca a mí ir arreglando corazones rotos.

Sin dar más explicaciones, el abuelo salió a buscar a su nieto.

Miguel seguía en el mismo sitio, inmóvil. Casi muerto.

—¿Y qué? ¿Ya lo tienes todo listo? —soltó cuando llegó a su lado.

Miguel se encogió de hombros sin mirarle.

—Tampoco necesito mucho más. Algo de ropa, mi equipo de fotografía y ya.

—El pasaporte lo tienes, ¿no?

—Que sííí —respondió con cansancio.

—¿Cuándo tienes planeado marcharte?

—Pues no sé. Tengo que arreglar un par de trámites antes, desmantelar el campamento y un millón de cosas más, así que no he querido arriesgar a reservar vuelo hasta tenerlo todo a punto y… Espera, me llaman —pidió cuando sintió vibrar su móvil en el bolsillo del pantalón. Vio quien le llamaba y frunció el ceño—. ¿Qué pasa, tío?… No, todavía estoy en casa de los *güelus*… —Agrandó los ojos y se giró a mirar a su abuelo—. ¿Por qué?… Pero eso podemos hacerlo desde aquí, ¿no?… ¡¿En Londres?! Pues sí que son rigurosos con el papeleo… Pues no, no me hace ni puta gracia ir allí, pero qué remedio… ¿Mañana? ¿Pero no dices que hasta el lunes no tenemos cita en las oficinas de la sede en Londres?… Ya, pues es que resulta que estoy un poquito jodido y lo que menos me apetece es ir de *pubs* y… Vete a la mierda… Pues claro que quiero que me pilles un vuelo, ¿o acaso tengo otra opción? Pues lo dicho, mañana nos vemos en Oviedo… Que sííí, pesado. Luego me dices la hora.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Bermudo a ver su gesto disgustado tras colgar la llamada.

—Sí. Que por lo visto tenemos que hacer una prueba de nivel de inglés para entrar en Nueva Zelanda. A estas alturas… Además, tenemos una reunión en la sede en Londres el lunes.

—¡Oh, pero eso es maravilloso! —exclamó el abuelo, a quien le faltó poco para aplaudir.

—¿Qué es lo maravilloso? —protestó el nieto.

—Pues que así puedes pasarte a despedirte de tu hermana y de tu sobrino. Hazte cargo que vas a estar más de tres años sin verlos…

Miguel lo miró como si estuviera loco.

—¿Qué? —bufó—. Ni loco. No quiero encontrarme con… *esa*.

—¿Por *esa* te refieres a la mujer, la única mujer, que ha hecho que tu corazón lata? —preguntó con afecto.

Miguel se puso de golpe en pie para hacer frente al abuelo.

—Por *esa* que me lo ha roto —dijo entre dientes—. Por esa hija de la gran…

El tortazo no se hizo esperar.

El primero que le dieran en su vida, pero el más necesario.

Así lo vio Bermudo. Así lo entendió también Miguel, porque, con lágrimas en los ojos, se llevó una mano allí donde empezaba a ponerse rojo y miró a su abuelo con un ruego en los ojos: que lo salvase de sí mismo.

Bermudo gruñó y agitó la cabeza.

—No vuelvas a insultarla. Ella no se lo merece.

—¿Y yo sí? ¿Yo merezco este tormento por el que estoy pasando, *güelu*? ¿Acaso no ves que me ha destrozado la vida, que ha aniquilado mis esperanzas?

—Veo, sí. Veo muchas cosas, muchas más de las debería y de las que me gustaría. Veo más que hablo, por eso no me pierdo en lo insustancial… Escucha y no interrumpas a tus mayores cuando hablan —le advirtió. Le golpeó en el pecho con un dedo y lo miró fijamente a los ojos—. Sí, vi cómo dos enemigos se hicieron amigos y luego amantes. Vi cómo dos personas dejaron a un lado sus prejuicios y se molestaron en mirarse a los ojos. Vi a dos jóvenes asustados por no saber cómo enfrentarse a sus sentimientos. Y luego los vi rendidos a ellos, aceptando su amor como se tiene que aceptar; con calma, alegría y un poquito de miedo también. —Suspiró con cansancio y miró al suelo un segundo antes de seguir—. También vi a una muchacha que bajó las escaleras con los hombros caídos, el paso lento y cansado y el dolor en sus ojos, pero también vi determinación pese a la derrota. Vi que había tomado una decisión, y que no iba a dar su brazo a torcer. Y vi a mi nieto, un patán que no se molestó en ver más allá de su ombligo, de su dolor, de su ego y de los celos. Vi a mi nieto convertido en un cretino que no se molestó en escuchar, ni en analizar la situación, ni en averiguar por qué estaba ella actuando así. Vi a un *babayu* que solo tenía en mente una cosa: o él, o yo. Y así no se va a ningún lado, Miguel.

El joven lo miró de hito en hito, los ojos fuera de sus órbitas y la mandíbula un poco desencajada.

—Eligió irse.

—Eligió tener una conversación con él porque lo necesitaba. Ella, Miguel. No tú, no Manu; ella. Gina se eligió a sí misma, quizás por primera vez en su vida.

Miguel parpadeó y miró a su alrededor, perdido.

Al verlo así, Bermudo le tomó por los brazos y buscó su mirada.

—¿Quieres saber qué más vi? Vi a *al mi* nieto salir corriendo del pajar a la mañana siguiente, buscándola por toda la casa, por el *prau*, por la cuadra… Y vi a mi nieto caer de rodillas al darse cuenta de que ella se había marchado y que ya era demasiado tarde para arreglar las cosas.

Miguel tragó saliva y apartó la mirada cuando las primeras lágrimas empezaron a correr por su rostro.

—Mira, *fíu*, puede que ahora el dolor, la rabia y la impotencia te impidan ver las cosas con objetividad, pero dentro de un tiempo, cuando todo se calme, solo vas a pensar en una cosa: ¿por qué no hice nada? ¿Por qué la dejé marchar sin más, sin pelear? —Miguel lo miró de golpe, sorbió y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, más que dispuesto a escuchar a su abuelo—. La vida te está dando la oportunidad de verla, de hablar con ella, de aclarar lo sucedido.

—¿Y si lo ha elegido a él?

—Pues al menos ya sabrás a qué atenerte. Pero hablad como personas civilizadas. No a gritos, ni con insultos ni palabras malsonantes. Eso estuvo muy feo, exponerla de esa forma.

—Lo sé.

Bermudo sonrió y le acarició la mejilla.

—Anda y ve a verla. Hablad como amigos, sin exigencias. Y habla bonito, con el corazón en la mano, con entrega, con la pureza del amor incondicional. Tal vez no logres nada, pero al menos harás que el último recuerdo que tengas de Gina no sea el de ella rompiéndote el corazón, sino la dulce despedida de un amor que fue bonito mientras duró. Debes despedirte de ella, Miguel. Solo así lograrás sanar.

Miguel asintió y miró al frente. Suspiró entrecortadamente y sonrió al abuelo.

—Tienes razón. Además, el *Colega* la echa terriblemente de menos y… ¡ups!

Bermudo sonrió y le palmeó el hombro.

—Por *Colega* te refieres a la voz de tu cabeza que te obliga a repetir las cosas, ¿no?

Al saberse pillado, Miguel lo admitió sin más. Además, ¿para qué negar lo evidente?

—Al TOC, sí. Gina sostiene que tú también lo tienes.

—Yo no sé cómo se llama eso. En mi época, solo eran manías. A veces un poco molestas y desquiciantes—reconoció—, salvo para tu abuela.

Miguel inspiró y cerró los ojos con fuerza.

—Como Gina —confesó—. Ha sido la única persona en el mundo que supo de mi problema y lo aceptó sin más.

—¿Lo ves, *fíu*? Si ella fue capaz de ver más allá de tus rarezas, ¿por qué no puedes tú ver más allá de sus incoherencias?

—¿Incoherencias? —preguntó un tanto perdido.

—Como catedrales. Piensa, Miguel —pidió golpeándole la frente con un dedo huesudo—. ¿Qué pudo pasar para que una chica, de golpe y porrazo, decida abandonar al amor de su vida?

—Pues que le llamó su novio —respondió como si su abuelo fuera bobo.

—Tú la conoces bien, así que dime una cosa; ¿crees que quiere a su novio?

—No —respondió sin dudar.

El abuelo sonrió.

—¿*Entos*? ¿No *ye* un poco incoherente que lo haya elegido a él? —Se acercó a él y lo miró significativamente—. ¿Qué pudo ver? ¿Qué pudo *escuchar*?

Miguel parpadeó y frunció el ceño.

El abuelo decidió ayudarle un poquito más, porque la obstinación, el ego herido y el dolor le impedían ver las cosas con claridad.

De normal su nieto era un chico muy listo, pero esa mañana estaba un poco obtuso.

—Yo no sé lo que eso significa, y la *güela* tampoco, pero ¿sabes qué le respondió Gina cuando la *güela* le preguntó si te quería?

—¿Qué? —dijo en un hilo de voz.

—Pues algo así como que más que el bandolero a un niño, a un *baby*.

Al principio Miguel lo miró sin comprender, pero entonces agrandó mucho los ojos.

—Mandaloriano —susurró emocionado.

—¿Mande?

Miguel rompió a reír, feliz por primera vez en muchas horas.

—Mandaloriano, no bandolero. Es un personaje de la serie que vimos. Y el niño es *baby* Yoda y… —El corazón de Miguel comenzó a latir, tan fuerte que le cortó la respiración, cuando descubrió lo que había sucedido en realidad—. Dios mío, *güelu*… Nos escuchó. Escuchó cuando le conté a la *güela* que había renunciado al proyecto de Nueva Zelanda… por ella… Y Gina…

—Se sacrificó —concluyó Bermudo al ver que su nieto tenía un nudo en la garganta.

Durante unos segundos Miguel no pudo articular palabra por la impresión, pero entonces

empezó a hacer aspavientos.

—Joder, *güelu*. Soy un gilipollas… Lo tenía delante de mis ojos y casi la pierdo por…

—*Babayu* —le ayudó el anciano con una enorme sonrisa.

Y lágrimas de dicha en sus ojos, pues había logrado su objetivo. Lo supo cuando Miguel, después de pelearse consigo mismo durante todo un minuto, se plantó frente a él y anunció:

—Me voy, *güelu*.

—¿A dónde? —gritó el anciano, porque su nieto había echado a correr.

—¡A buscar al Mandaloriano!



CAPÍTULO 22

VIELLEICHT, VIELLEICHT
Und vielleicht, vielleicht, vielleicht
denkst du auch mal an mich?
Gib uns zeit, gib uns zeit
bevor meine Welt in dir zerbricht.
(Y tal vez, tal vez, tal vez,
¿alguna vez piensas en mí?
Danos tiempo, danos tiempo
antes de que mi mundo se desmorone dentro de ti.)
JBS & MilleniumKids

Instastories @Chaileagbhò
Pub de Aigantaigh
Sábado 8 de agosto
20:55 h.

«Madre mía, lassies, qué pesados están mis hermanos. No los aguanto, en serio. Si lo llego a saber, no me vengo directamente a Aigantaigh, porque menudo tercer grado al que me están sometiendo.

A ver si entienden de una vez que ya soy mayorcita y que puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana sin tener que dar explicaciones.

Que sí, que sé que lo hacen por mí, que se preocupan y blablablá, pero es que telita lo controladores que pueden llegar a ser.

Que ya no soy la tonta de antes que se dejaba mangonear y pensaba en los demás antes que en mí misma…

Uy, no. Ya te digo yo a ti que no…

Por cierto, ¡mirad qué fiestón tenemos en Aigantaigh!

Si estáis por la zona, os animo a que vengáis».

—Oye, Gina, ¿seguro que quieres que pinche esto? —preguntó Jeremy, el joven encargado del pub.

—Pues claro. Me encanta esta música.

—Como quieras, pero tus hermanos van a protestar.

—Que se fastidien, que siempre son ellos los que eligen la música y estoy hasta el gorro del *folck metal* —gruñó.

Tomó dos jarras de cerveza y fue a sentarse junto a Laura y Rocío, aunque el pub estaba tan abarrotado que en un par de ocasiones casi derrama las bebidas.

—Uf, me ha costado un montón llegar. Toma, Laura, esta es para ti.

—Lo que daría yo por tomarme una —suspiró Rocío cambiando al niño de un brazo a otro.

Gina lo miró con amor y le hizo una mueca. El pequeño Bruce lanzó una carcajada y le echó los brazos.

No se pudo resistir y se lo quitó a la madre.

Esta, a cambio, le robó la cerveza.

—¡Eh, que estás dando el pecho! —regañó Laura entre risas.

—Para tu información, el ácido fólico es bueno para la lactancia. —Miró sobre su hombro y suspiró aliviada antes de darle otro trago—. Aprovecho antes de que venga el energúmeno de mi marido y me joda la fiesta.

—Pues sí, porque está de un controlador que no hay quien le aguante —coincidió Gina.

—Mujer, es que está preocupadísimo por ti —medió Laura—. Nosotras no hemos querido decir nada y estaban un poco perdidos.

—No, la que estaba perdida era yo —dijo Rocío—, sobre todo cuando mi hermano me confesó que se había enamorado de ti.

Sobre ese particular ya habían hablado, pues tan pronto como llegó la noche anterior, las chicas se encerraron con ella en el cuarto para que las pusiera al día.

Fue… liberador. Lloró con ellas, pero también rio. Les contó que dejar a Manu había sido lo más fácil del mundo. Que dejar a Miguel, lo peor. Que, en cualquier caso, ambas cosas fueron necesarias.

Y, como siempre, obtuvo el total e incondicional apoyo de sus mejores amigas.

Gina suspiró cuando Rocío dio un nuevo trago, el que casi remató el contenido de la jarra.

—Al final te la has bebido entera, Rocío. Anda y ve a por otra —le pidió.

—Uy, no, que con el tiempo que llevo sin beber, se me está empezando a subir a la cabeza. Y eso que solo le he dado un trago.

—Líbrenos el Señor de tus tragos —se guaseó Laura.

—Además —intervino Gina—, no es para ti. Es para mí. Ah —añadió cuando Rocío se levantó—, y si por si se te ocurre darle un *sorbo* a escondidas, abstente de hacerlo tan deprisa. Es la cerveza de Rob y ya sabemos cómo se las gasta.

—Que me lo digan a mí —coincidió Laura entre risas.

Rocío hizo una mueca al recordarlo mientras iba a por las bebidas. En esta ocasión, un refresco para ella y una cerveza para Gina.

Todas sabían que por el camino iba a robarle a Gina un *sorbito de nada*.

Ya servidas, y como la noche anterior les había explicado solo lo importante, A Gina le tocó contarles todo lo demás: sus impresiones sobre la tierrina, las risas del parchís y lo adorables que eran los abuelos y los amigos de Miguel, Dani y Sofía.

Les estaba contando lo de la actuación cuando por la ventana del *pub* vio algo que la dejó sin respiración; un Tucson negro de una empresa de alquiler de vehículos.

Pero… aquello no era posible. No podía ser que el conductor fuera…

No. Estaba ya oscuro. Y Miguel nunca, jamás, conduciría de noche.

Ni siquiera por ella.

¡Qué fácil es soñar despierto! ¡Y qué demoledor al mismo tiempo!

Así que Gina aniquiló las esperanzas y se obligó a pensar con objetividad.

Era sábado y habían organizado una fiesta y, como ya era habitual, acudían en tropel de aldeas vecinas; Rob y Laura estaban haciendo un trabajo estupendo con las redes sociales, hasta el punto de que el *pub* se llenaba todos los fines de semana.

Gina recordó que había escuchado a la recepcionista decir que todavía esperaban recibir nuevos huéspedes, y no era tan anormal que estos optasen por vehículos de alquiler para moverse libremente por las *highlands*, así que se conformó con esa explicación y siguió conversando con sus amigas.

Pero, por más que quiso, no pudo quitárselo de la cabeza y siguió mirando a la puerta, a la espera de que en cualquier momento se abriera y apareciera…

Pues no. Miguel no apareció, pero sí su hermano Colin, seguido de Rob, de Bruce y de George.

Como el *laird* la miró con desagrado —todavía estaba enfadado porque no había querido responder a su interrogatorio—, Gina apartó la vista y bebió un trago de cerveza.

Iba a continuar hablando sobre la *rave* a la que asistió, cuando de pronto Rocío se puso pálida. Y mira que ella ya era blanca de por sí.

—No te creo… Lo sabía. ¡Lo sabía! —gritó saltando de la silla y corriendo hacia…

Miguel.

Gina parpadeó con incredulidad al verlo en la puerta del *pub* mientras se dejaba besar y abrazar por su hermana mayor, pero sin dejar de mirarla a ella.

¡Dios, cuánto lo amó! ¡Qué guapo y qué alto lo vio!¡Qué putas ganas de ir a su lado!

Pero estaba tan impactada con su llegada, que se quedó inmóvil, algo del todo contrario a lo que le apetecía hacer: echar a correr hacia él, apartar sin consideración a Rocío, y abrazarle hasta que tuvieran que despegarla de él.

Al fin Rocío comprendió que no era su momento, porque le soltó y fue hasta la mesa para llevarse al pequeño Bruce y a Laura y así dejarles a solas.

No, Rocío ese día de tonta no tuvo ni un pelo.

—Hola, Mando —fue su extraño saludo.

Gina pegó un respingo al oír ese nombre; en la serie *The Mandalorian* se referían así a Din Djarin, el verdadero nombre del protagonista de la serie.

Como no supo las intenciones que tuvo Miguel al llamarla así, Gina aguardó en silencio.

Bah, tampoco hubiera podido decir gran cosa, pues estaba total y absolutamente descolocada.

Y emocionada.

Y aterrada…

Miguel se sentó y titubeó durante un par de segundos, pero se recompuso y abrió su pequeña mochila, de donde sacó una bolsa.

—Vi esto en el aeropuerto y me acordé de ti… Borra eso. Me acuerdo de ti a cada segundo —confesó a bocajarro.

El corazón de Gina se saltó un par de segundos, pero, cual autómata, su cuerpo reaccionó y

aceptó el regalo.

—No tendrías que haberte molestado —dijo en baja voz desenvolviendo el paquete. Cuando descubrió lo que era, pegó un grito de dicha—. ¡Es *baby* Yoda!

—¿Te gusta? —preguntó él. Y aunque trató de disimularlo con un carraspeo, Gina detectó la emoción en su voz.

—Me *presta* —dijo en asturiano con una sonrisa y semblante maravillado.

Apretó al muñeco contra sí, fuerte fuerte. Con las mismas ganas con las que le hubiera gustado abrazar a Miguel.

Y así se fuera el mundo a la mierda, que a ella le daría absolutamente igual.

Esas ganas se las guardó para luego, cuando tuviese fuerzas para reaccionar.

Miguel asintió, satisfecho con la reacción de Gina. Miró con ternura al muñeco y luego a los ojos cerúleos de Gina.

No dijo nada, pero no hizo falta: su mirada violeta se encargó de gritar sin palabras la confesión que tanto tiempo llevaba queriendo ser revelada.

—¿Q-qúe haces aquí? —tartamudeó Gina. Sus ojos fueron hasta la ventana, desde donde se apreciaba la oscuridad del exterior—. Y… ¿has conducido de noche?

—Sí —confesó.

Gina agrandó los ojos con pasmo.

—¿Por qué? —susurró.

Miguel le regaló una sonrisa tímida.

—La respuesta a todas tus preguntas, presentes y futuras, tienen una respuesta en común: porque te quiero.

Gina se sintió emocionada… Al principio. Luego, sintió pánico.

—Pero no tenías que estar aquí. Tenías que estar de camino a Nueva Ze…

—¡Gina! —escuchó gritar a alguien.

Un personaje que apareció de forma teatral en el pub, abriendo la puerta de golpe, los ojos desencajados, la ropa arrugada y semblante desquiciado.

Alguien que, al verla, no dudó y corrió a su lado.

—¿Manu? —preguntó Gina solo para cerciorarse.

Aquello le pareció del todo surrealista.

La sorpresa de Miguel también fue evidente, pues incluso pegó un respingo al escuchar el nombre.

—Lamento presentarme así —estaba diciendo su exnovio tan pronto como llegó hasta ella. Ignoró al hombre que estaba sentado frente a Gina y tomó una silla para sentarse al lado de Gina, a quien le agarró la mano y la miró con desesperación—, pero tenemos que hablar.

Gina se quedó petrificada, pero entonces sus ojos volaron a Miguel.

Tal vez este debió de sacar conclusiones precipitadas, porque después de mirar con odio a Manu, dejó caer los hombros, la cabeza y la mirada y se levantó como si se le fuera la vida en ello.

Luego, en silencio y sin atreverse a mirarla, derrotado como nunca antes le había visto, ni siquiera días atrás cuando le partió el corazón, Miguel los dejó a solas.

Ella le siguió con los ojos, incapaz de reaccionar, hasta que sintió en sus manos el apretón de Manu para captar su atención.

—Gina, escúchame. Déjame ser el primero que hable; he venido porque no… no puedo vivir sin ti. Te quiero, y no quiero perderte. Por favor, por favor, ¡mírame! —pidió cuando se dio cuenta de que ella tenía los ojos fijos en un punto en concreto: en un hombre derrotado que se

enfrentaba a cuatro *highlanders* que lo retenían pese a su empeño de salir corriendo.

De huir.

De marcharse por donde había venido.

Con el corazón palpitante, Gina vio la escena mientras Manu hablaba sobre no sabía qué de futuro, de la solución perfecta para no tener que renunciar ni a su herencia ni a ella, de términos medios y de acuerdos con sus padres para seguir estudiando inglés y así poder seguir con ella a escondidas en Escocia y…

En ningún momento, Gina lo miró. Solo tenía ojos para Miguel.

—¡Cállate, cállate! —exigió cuando su cháchara le resultó irritante.

Manu la miró sorprendido, pero, desesperado, se levantó de golpe.

—¿Así me tratas, después de todo lo que he sacrificado por ti? ¿Sabes lo que me he tenido que inventar para venir a buscarte?

Gina ahogó una risa descreída, que se le borró cuando Manu se puso de rodillas y le ofreció un anillo.

Ella había soñado mucho con ese instante. Muchísimo. Lo había deseado tanto, que por un momento se quedó inmóvil. Pero entonces recordó lo que tenía en la mano: el peluche de *baby* Yoda, que la miraba con esa carita de amor incondicional.

Ignorando a Manu, se giró a mirar a Miguel, pero este se había librado de sus hermanos y se encaminaba hacia la puerta.

El *pub* estaba demasiado lleno como para que a ella le diera tiempo a llegar, así que fue corriendo a la barra.

—¡Jeremy! —llamó al encargado—. ¡Pon la pista número cinco! ¡Ahora!

Tal debía de ser su gesto de desesperación, que Jeremy no dudó y dejó de llenar una jarra de cerveza para hacer lo que le pidió.

Gina corrió a la pista y allí se quedó a la espera de que la canción sonase.

Tal vez así lo retuviese.

Tal vez así él entendiese.

Tal vez, tal vez…

Pub Aigantaigh
21:15 h.

Tal vez lo hermanos de Gina sabían algo al respecto de su relación. Tal vez Gina les contó algo, o tal vez habían sido su hermana y Laura las que les habían puesto al día.

En cualquier caso, los highlanders sabían. ¿Hasta qué punto? Miguel lo ignoraba, pero tan pronto como se bajó del Tucson y corrió hacia el *pub*, cuatro moles le salieron al paso antes de que pudiera llegar a la puerta.

Miguel pudo quitárselos de encima con la promesa de responder a todas y cada una de sus preguntas más tarde. Que, incluso, le pondría la car a Bruce para que le reventara la boca si así gustaba, y que si el rubio quería partirle las piernas, pues venga, adelante, pero después.

Pero en ese preciso instante, lo único que Miguel quería era ver a Gina.

Y la vio, al fin, pero no como había imaginado, ya que el *otro* llegó y le arrebató la oportunidad de explicarse, de pedirle perdón.

De rogarle que lo amara…

Así que ¿qué hacer? Retirarse elegantemente y dejar que ella decidiera con quien estar.

Ahora solo quería salir de allí. Ir corriendo con sus amigos, Dani y Sofía, que se habían quedado haciendo el *check-in* en recepción. Sí, sus amigos le protegerían de sí mismo mientras el mundo a su alrededor se derrumbaba.

Pero no pudo huir, porque, como antes, los hermanos de Gina le cortaron el paso.

—¿Pero qué haces? ¿Dónde coño vas? —le gritó su cuñado Colin.

—Donde no vea cómo Gina tira su vida por la borda.

—*Glaikit*, con más razón —regañó Bruce—. Si de verdad la quieres, tienes que hacer algo. Pelea por ella como un hombre.

Miguel negó con la cabeza.

—No todo se resuelve a base de golpes, Bruce. No está en mis manos.

—Eso es cierto —apuntó Rob, el primo—. Es decisión de ella.

—Ella no sabe ni lo que quiere —dijo George, el mellizo de Gina—. Es tan buena, que lo mismo piensa que le debe algo al cretino ese.

—Pero ella ya eligió antes. Lo hablamos, chicos. Coincidimos en que nunca la habíamos visto como cuando estuvo en Asturias con Miguel, así de feliz y enamorada —añadió Colin. Y lo dijo con tanto pesar, que Miguel supo que su cuñado abogaba por él. De hecho, en sus ojos negros había un ruego: que hiciese algo.

Tal vez tuviera razón. Tal vez Gina necesitaba un empujoncito, un toque de atención…

No, él no debía interceder. Él solo aguardaría, y luego… que fuera lo que Dios quisiera.

Y lo que quiso Dios fue darle a Gina lo que había esperado durante mucho tiempo: una pedida de mano.

Todo su mundo se tambaleó cuando la vio con los ojos agrandados y la boca desencajada mientras Manu se arrodillaba y le entregaba un anillo.

El español cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar esa imagen, ya del todo derrotado, las fuerzas perdidas, las esperanzas aniquiladas.

Como siempre que las cosas escapaban de su control, el *Colega* hizo acto de presencia, pero no para exigirle cualquier tontería, como ir a comprobar si había cerrado el coche, hacerle agacharse hasta tres veces para revisar que tenía los cordones bien atados o cualquier otra gilipollez como colocar un cuadro torcido. No, en esta ocasión su demanda fue muy precisa, como por ejemplo obligarle a ver la decisión de Gina, o lo que era lo mismo: ser testigo de su propia destrucción.

Porque tenía claro lo que ella iba a responder. De hecho, él la había empujado a ello al comportarse como un imbécil.

Tal vez si él no la hubiese insultado… Tal vez si no la hubiese mandado a tomar por culo… Tal vez si la hubiese escuchado, si no la hubiese presionado… Tal vez…

Y entonces, cuando al fin logró ignorar al *Colega*, tal y como hizo conduciendo de camino a Aigantaich, y tras esquivar a los hermanos de Gina para salir corriendo del *pub*, sonó su canción favorita.

La canción que lo decidió todo.

Inmóvil, incapaz de reaccionar, Miguel se quedó allí, frente a la puerta del *pub*, temiendo darse la vuelta por lo que se pudiera encontrar.

Pero lo hizo.

Y lo que se encontró fue a Gina en medio de la pista, abrazando al peluche de *baby* Yoda y mirándolo con emoción. Y amor.

¡Joder, había en sus ojos todo un océano de amor!

Como un autómata, y sin apartar la vista, Miguel caminó hasta ella, sin importarle a quién se llevaba por delante ni quién se interponía en su camino; él avanzaba hacia Gina con determinación y con un único propósito: abrazarla y no soltarla nunca más.

Llegó justo en el momento que la canción rompió, las lágrimas de Gina ya eran incontrolables y su sonrisa de bienvenida era lo más hermoso que él había visto jamás.

Fue como llegar a casa, porque así se sintió, en el hogar: *aig ant aigh*.

Frente a frente, y sin dejar de mirarse, empezaron a bailar al mismo tiempo, hasta que las ansias les pudo y se pegaron el uno al otro y sus labios se buscaron hasta encontrarse.

Y fue justo ahí cuando crearon un vínculo que ya nada ni nadie podría romper.



CAPÍTULO 23

RUNNING UP THAT HILL
And if I only could
I'd make a deal with God
And I'd get him to swap our places.
(Y si yo tan solo pudiera
hacer un trato con Dios
le haría intercambiar nuestros roles).
Kim Petras version

Instastories @Chaileagbhò
Pub de Aigantaigh
Domingo 9 de agosto
0:25 h.

«Lassies, qué tontas somos las personas. Cómo nos dejamos llevar por malentendidos, egos y prejuicios.

Cómo podemos perderlo todo por una tontería.

A Dios gracias, yo estoy ya curada de espanto, así que por si las moscas, y para no perder al amor de mi vida, me guardé un as en la manga.

Claro, que en esta ocasión a él no le ha importado que yo haya hecho trampas…»

Antes…

Gina supo que debía cortar el beso cuando las manos de Miguel se empeñaron en amasar su trasero, cuando incluso sintió su erección.

Consciente de dónde estaban y lo que podían llegar a hacer sus hermanos al verlos en esa tesitura, Gina dejó de besarle.

Miguel protestó y buscó su boca de nuevo.

—Ahora no —pidió, zalamera.

—Ahora sí —exigió Miguel, apretándola más contra él y apresando su boca de nuevo.

—Ahora no —se escuchó una voz, apartándole de malas maneras.

Miguel debió de ver la advertencia en los ojos de Colin, porque al fin desistió de besarla.

No así de buscar su contacto, porque apresó la mano de Gina y ya no la soltó.

Como ya habían dado un buen espectáculo delante de todo el *pub*, Colin, con un movimiento de cabeza, les pidió que los siguiera y los condujo a un rincón apartado, donde los esperaban los demás.

Allí estaban todos, su familia y sus amigas, que reían de júbilo y felicitaban a la pareja, pese a las ganas que Gina tenía de salir corriendo para demostrarse todo el amor que sentían el uno por el otro, libres ya de prejuicios, orgullos, malentendidos y verdades ocultas.

Había mucho que hablar, mucho que confesar y mucho que aclarar, pero por el momento solo disfrutaron de la familia y los amigos.

Gina gritó de júbilo cuando aparecieron los mejores amigos de Miguel. A Dani le dio un fuerte abrazo que provocó un gruñido en Miguel. A Sofía solo la miró con todo el afecto que sentía por ella.

—Hola, Sofi. Me alegro mucho de verte.

La morena correspondió a su saludo con una preciosa sonrisa, pero entonces hizo un gesto con la boca.

—A la mierda —dijo acercándose a ella y dándole un breve y escueto abrazo.

Gina quiso llorar, porque era mucho más de lo que una persona con la condición de Sofía podía ofrecer.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó después de hacer las oportunas presentaciones. Miró en concreto a Sofía, a quien le dedicó una mirada especulativa—. ¿Acaso…?

—Shhh —cortó esta llevándose un dedo a los labios primero, haciendo el gesto de cerrar una cremallera imaginaria después.

Agradecida, pero confusa, Gina insistió en su pregunta, hasta que Dani le respondió que habían ido por unos trámites. Su guiño de ojos le dijo a qué trámites se refería.

Como Miguel lo miró ceñudo, advirtiéndole que guardara silencio, Gina comprendió que era el momento de tener una larga charla, así que le agarró la mano y se despidió de los demás.

—Chicos, nos vemos luego, que voy a instalar a Miguel y…

—Hay un problema con eso —advirtió Dani—. Solo hemos conseguido una habitación, y gracias a una cancelación de última hora.

Gina lo miró de arriba abajo.

—No veo problema. La habitación es para ti y para Sofía.

—¿Y Miguel? —señaló Bruce, los ojos entrecerrados en una clara advertencia.

Como si su hermano fuera bobo, que lo era, Gina resopló.

—Miguel tiene privilegio en el castillo. Dormirá conmigo.

Cuatro *highlanders* se pusieron a gritar, oponiéndose en firme a semejante absurdo.

Dos españolas les pusieron en su lugar.

Y como todos parecían tener mucho que opinar al respecto, y dado que Gina no estaba por la labor de que se inmiscuyeran en sus asuntos, tomó a Miguel de la mano y lo sacó de allí a la carrera.

Así, jadeantes por el esfuerzo y por las risas, llegaron a la habitación de Gina, pero tras cerrar la puerta empezaron a besarse y a acariciarse sobre la ropa, con las ganas retenidas de las últimas horas.

Esta vez fue Miguel quien detuvo el beso, para disgusto de Gina.

—Espera, pecosa, espera. Tenemos que hablar primero.

A Gina no le molestó que la llamara así. Era lo mismo que si la llamaba preciosa, divina, maravillosa…

Sus manos cobraron vida propia y tocaron a Miguel, que tras un gemido frustrado detuvo su avance cuando se acercaron peligrosamente a su…

—Para. En serio, tenemos que hablar.

Desilusionada, Gina suspiró, pero aceptó y se apartó un par de pasos de él, solo para evitar volver a caer en la tentación.

—Está bien: empezaré yo —dijo Gina—. Sé que te debo una disculpa y una explicación por lo que hice…

—Sé lo que hiciste y por qué —interrumpió Miguel con una sonrisa de ternura—. Te sacrificaste.

Gina agrandó mucho los ojos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te lo dijo Sofía?

Miguel hizo un gesto contrariado.

—¿Sofía? ¿Qué sabe ella?

Gina parpadeó.

—Pues… todo. —Como Miguel alzó las cejas, Gina frunció el ceño—. Espera, espera… Entonces, ¿ella no te ha dicho nada?

—Ni mú —respondió Miguel.

—Pero, si es así, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Y cómo sabes que me sacrifiqué? Ohhh —exclamó, desinflada de golpe—. No has vuelto por mí. Has venido a ver a Rocío y…

Miguel interrumpió sus palabras con un beso que lo decía todo.

—Pues claro que he venido por ti —dijo tras besarla—. Te lo dije en el *pub*: te quiero.

Tomó su mano y la condujo a la cama, donde se sentó y esperó a que ella hiciera lo propio.

—Déjame que te cuente cómo fueron las cosas; te odie. Te odie precisamente porque te quería y veía cómo estabas destruyendo mi mundo. Pero luego pensé que no solo habías tirado mi vida por la borda, sino que tú estabas a punto de hacerlo con la tuya. Pero mi ego y mis celos me impidieron verlo así. —Sonrió con afecto y se acarició la mejilla—. A Dios gracias, ahí estaba el abuelo para sacarme de mi error. Él me obligó a ver las cosas con objetividad, y así fue como llegamos a la conclusión de lo que había pasado en realidad: escuchaste cuando le dije a la *güela* que había renunciado al proyecto de Nueva Zelanda por ti.

Gina solo asintió y miró al suelo. Miguel tomó su barbilla y la miró con amor después de depositarle un suave y dulce beso en los labios.

—Me puse en tu lugar, Gina, y comprendí que me estabas dejando ir, que en cierta forma, al dejarme, al hacer que te odiara estabas presionándome para que aceptara el trabajo.

—Tenía que hacerlo, Miguel —expresó ella con fervor tomando sus manos—. No podía dejar que aquello por lo que tanto habías trabajado, el proyecto de tu vida, según te dijo la *güela*, quedara solo en eso: en un sueño. No podía permitirlo. No por mí.

—¡Precisamente por ti! —gritó Miguel con pesar—. ¿Acaso no ves que tú eres lo más importante para mí?

—Lo sé. Sé que me amas, como yo te amo a ti, pero no podemos empezar algo rompiéndonos un poquito por dentro, porque a la larga te arrepentirías y eso destrozaría nuestra relación. Sabes que sería así.

Miguel asintió.

—Sí, pero podrías haber hablado conmigo antes de quedar como una arpía… y antes de que yo quedara como un capullo.

—¿Para qué, Miguel? Tú ya habías tomado una decisión y ninguna de las muchas soluciones que se me ocurrieron las ibas a aceptar. Sabía que no me ibas a pedir que te esperara, precisamente porque yo venía de una relación a distancia y fue la espera la que la mató. No era eso lo que querías para mí.

—No. Nunca te pediría algo así. Yo no soy como… él.

—Y eso lo sé. Tu renuncia es la prueba de ello.

Durante varios segundos se quedaron callados, hasta que Miguel la miró de reojo.

—Tuve miedo de que volvieras a verlo, Gina. Tuve verdadero pavor de que al verle cara a cara, lo que habías sentido por él en el pasado renaciera. Por eso me comporté así, y te pido perdón. El abuelo me hizo ver que era lo que necesitabas. Lo que no entiendo es qué hace aquí.

—Pues tan sencillo como que le han quitado un juguete y eso no le gusta.

—Pero te ha pedido la mano.

Gina rio con amargura.

—Claro, después de que yo rechazara la propuesta de ser su novia a tiempo parcial, es decir, mientras esté en Escocia. —Hizo un revuelo de ojos antes de agitar la cabeza para sacarlo de su mente. De su vida hacía tiempo que ya lo había echado, desde que aceptó lo que sentía por Miguel—. Pero era necesario que cortara con él. Tenía que pasar página.

Miguel cabeceó y la abrazó durante un par de segundos. Luego, al apartarse, la miró con preocupación.

—Todavía no he firmado, Gina. Todavía estamos a tiempo de…

—¡No! —gritó esta—. Tú vas a ir a Nueva Zelanda. Vas a aceptar ese trabajo y…

—¿Y nosotros?

—Bueno —replicó Gina, con una sonrisa enigmática—. La solución está delante de tus narices.

Miguel la miró sin comprender, así que vagó la vista por la habitación, aunque intuyó que ella hablaba en sentido figurado y no literal.

Reparó entonces en el equipaje que ella había llevado a Asturias, pero le extrañó ver dos maletas.

—No recordaba que llevases tanto equipaje a Asturias. Solo llevaste una maleta.

—¿Cómo lo sabes?

—Coño, porque fui yo quien colocó tu ropa.

Gina gritó indignada.

—¡Fuiste tú!

—Sí —confesó, contrito—. El *Colega* me obligó.

—Valiente excusa tienes tú con el *Colega* —regañó Gina, que se tapó los ojos—. ¡No puedo creer que enredases entre mis braguitas!

—Tampoco es para tanto, vaquera —regañó él, aunque sonrojado—. Ahora, también te digo que estoy como loco por verte puesta con las de Betty Boop.

A modo de protesta, Gina le golpeó en el hombro, pero luego le robó un rápido beso.

—Lo harás. Si tanto te gustan, me las llevaré.

—¿A dónde?

Gina resopló. Sí estaba obtuso, sí.

—Piensa un poquito, anda.

Miguel la miró sin comprender, pero entonces volvió rápidamente la vista hasta las maletas.

Luego, a Gina.

Y de nuevo a las maletas.

—No puede ser que sea lo que estoy imaginando —advirtió, levantándose de golpe.

Con una sonrisa, Gina se levantó y le echó los brazos al cuello.

—Mira, Miguel, el sueño de mi vida es ser veterinaria. Y eso lo puedo ser aquí o… en Nueva Zelanda.

Miguel parpadeó con incredulidad.

—Pero… Tú tienes tu vida aquí. Tu trabajo. Con tu familia y…

—Y mi familia puede apañárselas sin mí. Yo, en cambio, no sé vivir sin ti. Ni quiero hacerlo.

—Pero…

—Fue la única solución que encontré, Miguel —se excusó al ver la duda de Miguel. Tal vez se había extralimitado—. Claro, que todavía estamos a tiempo de… dejarlo aquí.

—¡¿Qué?! —exclamó él con incredulidad y atrayéndola hacia sí—. Ni de coña. Ahora que puedo hacer dos de mis sueños realidad, ni loco voy a *dejarlo aquí* —concluyó en falsete, como si esa idea fuese lo más tonto del mundo.

Que lo era.

Gina rio antes de darle un sonoro beso en los labios.

—Pues gracias a Dios, porque ya estaba todo planeado y solo quedaba la firma.

Miguel, todavía sin creerlo, arrugó la frente.

—Pero ¿qué firma?

—La del lunes. A instancia mía, Dani incluyó en el proyecto un veterinario particular y la empresa adjudicataria del proyecto no ha puesto objeciones.

—¿Cuándo?

—El miércoles, antes de la discusión.

Miguel se apartó, asombrado.

—¿Ya lo tenías todo planeado?... Claro, por eso has dicho antes que Sofía lo sabía todo. Pero… ¿y si yo me hubiera enfadado hasta el punto de negarme a que vinieras con nosotros?

Gina negó con la cabeza.

—Ni pensarlo, Miguel. Sé que me amas. Tengo total y absoluta confianza en tu amor por mi. Claro, que también cabía la posibilidad de que, como el patán que eres, al principio me rechazaras, pero mira, tenía tres años por delante para reconquistarte. Además… —Con una sonrisa traviesa, Gina volvió a echarle los brazos al cuello y lo miró con amor—. ¿Acaso pensabas que iba a dejar a mi *baby* Yoda en manos de los imperiales?

Miguel, tras mirarla con auténtico amor, echó la cabeza atrás y rompió a reír.

Justo entonces la puerta se abrió de golpe y vieron a Colin.

—Las puertas se quedan abiertas —advirtió antes de desaparecer.

Tras él, apareció Rocío con el pequeño Bruce en brazos.

—Disculpadle, es un cretino de cuidado —dijo antes de cerrar la puerta. Por si las moscas, la volvió a abrir y advirtió—: Yo que vosotros, cerraría con pestillo. Los otros vienen para acá.

Y eso hicieron.

Y luego, solo amarse.

Solo entregarse.

Porque todo estaba ya dicho y era hora de que sus cuerpos, sus corazones y sus almas se expresasen.



EPÍLOGO

ANYTHING TO SAVE YOU
There's so much for us at stake
So I'll do I'll do
Whatever it takes
To save you.
(Hay mucho en juego para nosotros,
así que haré, haré
cualquier cosa
para salvarte).
Club Danger

Canal de Youtube Chaileag bhò
Te Anau, Nueva Zelanda
Mayo del 2023
19:30 h.

«Guid nicht, lassies. Como sabéis por el título, al fin me he animado con el TAG de 'Respondiendo a preguntas de mis seguidores', pero con un toque diferente para hacerlo más divertido, pues yo no tengo ni idea de las preguntas, puesto que ha sido Sofía quien las ha seleccionado. Y creedme, cuando Sofía está por medio, se puede esperar cualquier cosa, así que vamos allá… Miedo me da, os lo juro…

Primera pregunta, de Lady Isabella: ¿Cómo empezaste a maquillarte? Ah, esta es fácil. Fue mi cuñada (por partida doble) Rocío quien me introdujo en este mundo, y aunque al principio era ella quien me maquillaba, con el tiempo y la práctica descubrí que podía hacerlo yo sola. Y sin ánimo de menospreciar el trabajo de Rocío, puedo decir que la he superado. Ahora que no nos escucha, creo que se ha quedado un pelín anticuada, la Xana.

Segunda pregunta, de Chloe8457_: Si solo te van a ver animales, ¿te merece la pena tanto trabajo? Uy, caray con la preguntita… Pues a ver… No, cuando voy a trabajar, no suelo maquillarme. Es luego, por las tardes, cuando me pongo enfrente del espejo y dejo salir mi creatividad. Lo cierto es que me relaja mucho, aunque luego nadie más que vosotras, mis seguidoras, vea el trabajo. Ay, si os dijera la cantidad de veces que me he tirado las horas

muertas maquillándome para luego, tan pronto como termino de editar el video, voy corriendo a desmaquillarme. Pero en serio, me merece mucho la pena.

Tercera pregunta de Beyourself: ¿No crees que con tanto maquillaje solo tratas de ocultar tus defectos, que es una forma de tapar tus inseguridades? En serio, Sofi, te pasas… ¿Has elegido, las preguntas que tiran hate, o qué? Pues mira, no, porque, como dije, en mi día a día apenas uso maquillaje. Solo una crema hidratante y bálsamo labial, ya que al estar tanto tiempo en la intemperie se me suelen agrietar los labios. Repito que para mí el maquillaje es una forma de expresarme, pero no voy maquillada 24/7. Y sí, tengo defectos, a montones, e inseguridades para dar y regalar. Pero, ¿quién nos los tiene? ¿Y qué hay de malo en ello?

La siguiente pregunta la hace Mimi. ¿A tu novio le importa que vayas tan maquillada?»

Gina sonrió de oreja a oreja.

—Miguel, mira lo que te preguntan.

El español se acercó al escritorio de Gina y chasqueó la lengua.

—¿Estás grabando? —Como Gina asintió Miguel miró directamente a la cámara—. Pues importarme, lo que se dice importarme, no mucho. Además, lo hace a modo de *hobby*, así que mientras tenga el culo pegado a esta silla, no va por ahí desordenándolo todo… ¡Auch!

Gina, después de pellizcarle a modo de regañina, se cruzó de brazos y lo miró enfurruñada.

—¡Yo no soy desordenada! Es que tú eres muuuy quisquilloso; que si los cepillos de dientes hay que dejarlos de tal manera, que si las tijeras van en ese cajón, que si blablablá… ¡Desquiciante!

—Ya, pero mi método funciona y el tuyo no, reconócelo.

Ni en un millón de años haría Gina algo por el estilo. ¡Con lo que se le inflaba el ego cuando le daba la razón!

—¿Te has tomado la pastilla? —cambió radicalmente de tema.

—Sí, señora —respondió cuadrándose al detectar su tono autoritario.

—Buen chico.

Miguel compuso un gesto lascivo.

—De bueno nada. Ven aquí y te demuestro lo malo que puedo llegar a ser.

—Uy, no, que todavía tengo que terminar de grabar y… ¡Miguel! —gritó cuando este la levantó en volandas como si no pesara gran cosa.

Y eso que ella era una chica… grande.

No estaba gorda, y en realidad en los últimos meses incluso había adelgazado por el cambio de dieta, pero no dejaba de ser una *highlander*, o lo que era lo mismo: de constitución grande.

Pero eso no parecía molestar a Miguel, ni impedir que la tomara a menudo en brazos, pues él era más alto que ella y muy musculoso.

—¿Miguel, qué? —preguntó este traviesamente después de depositarla en la cama y echarse a su lado.

Picarón, metió la mano dentro de su falda y subió hasta encontrar la fuente de sus deseos.

—Te advierto que la cámara sigue grabando —dijo ella entre risas y gemidos.

Las caricias de Miguel estaban haciendo su efecto.

Pero al oír sus palabras, se detuvo y la miró asustado.

—Hostias, no estarás haciendo un directo.

Gina rio y le echó los brazos al cuello cuando Miguel empezó a retirarse.

—Pues no.

—Bien…

Gina dejó que besara y mordisqueara su cuello, pero sus ojos se toparon con el reloj.

—Para, que no tenemos tiempo. Hemos quedado con Dani y Sofía a las siete y faltan solo quince minutos.

Miguel al principio ignoró sus palabras, pero luego se levantó de golpe.

Gina sonrió al verle abrir los cajones con premura; Miguel odiaba ser impuntual, y más cuando tenían actuación.

En el tiempo que llevaban trabajando en el parque nacional *Fiorland*, en Nueva Zelanda, todos se habían aclimatado bastante bien, llegando incluso a tener mucha amistad con la población *maori*. Tanta, que al saber a lo que se dedicaban en su tiempo libre les habían pedido que participaran en el festival que se celebraba ese mismo día; de ahí los nervios de Miguel.

—Deja de abrir y cerrar cajones y dime qué buscas.

—El *kilt* —respondió Miguel. Se detuvo y, con las manos en las caderas, miró el desorden que tenían en el armario—. ¿Ves? Así no se puede vivir.

Gina se levantó, y después de un suspiro, se acercó y sacó la prenda. Se la ofreció triunfal y le guiñó un ojo.

—Si preguntaras primero…

—Si no fueras tan caótica…

—Hay una lógica y un orden en mi caos —presumió ella—. Además, ¿para qué quieres el *kilt*? Estamos en Nueva Zelanda, no en las *highlands*.

—Para la actuación, como en Asturias. Además, ¿qué tiene que ver?

Gina agrandó los ojos.

—Pues que deberías vestirte como los maoríes, ¿no? Es más, Sofía y yo hablamos de haceros un maquillaje simulando sus tatuajes y…

—¡Ni hablar! —exclamó Miguel, entre indignado y aterrado—. Eso sería apropiación cultural y de muy mala educación.

Fue el turno de gritar de Gina, que lo miró con verdadero desagrado.

—¡Serás… patán!

—Patán no. Nosotros no somos maoríes ni neozelandeses. Y por mucho que admire y me encante su cultura, por mucho que me flipe la danza maorí Haka, jamás me atrevería a imitarla… —La miró de arriba abajo y bufó—. Ni que fuera maorí…

Gina señaló el *kilt* que había empezado a ponerse su novio.

—¿Y un highlander sí?—se mofó.

Miguel la miró ceñudo.

—Pues claro que lo soy.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo, carcayú?

Miguel sonrió por el mote y se acercó ella. La tomó por la cintura y sonrió junto a sus labios.

—Desde que entregué mi corazón a una chica de las *highlands*.

Gina rio, pero luego la risa quedó olvidada cuando Miguel apresó sus labios.

La escocesa suspiró, pero se dejó besar y luego ya no pudo pensar en nada que no fuera en Miguel besándola, acariciándola, amándola, a sabiendas que, como continuasen, iban a llegar tarde a la cita con Dani y Sofía.

Por eso, y a regañadientes, terminaron de vestirse.

—Por cierto, tengo un regalo para ti.

Traviesa, Gina miró su entrepierna.

—Ya me conozco yo tus regalos.

Miguel chasqueó la lengua.

—No van por ahí los tiros, pecosa. —La miró con un brillo en los ojos y anunció—: me han pasado la tercera temporada de The Mandalorian.

Gina agrandó los ojos al principio, pero luego dio saltitos de alegría.

—¡Ay, ay, me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo!

Miguel, al escuchar sus palabras, comenzó a gruñir, porque, hasta donde él sabía, trataba de hacerle feliz a cada momento.

Pero, coño, es que no podía competir con Grogu, que era, según descubrieron en la temporada dos, el verdadero nombre de *baby* Yoda…

Esa batalla la tenía más que perdida.

—¿Qué te parece que mañana hagamos una maratón y nos veamos todas las temporadas?

—Pues que me parece la idea más maravillosa del mundo —coincidió Gina. Y entonces, nerviosa, y sabiendo que el momento había llegado, preguntó—: ¿y a ti qué te parece que pongamos Grogu a nuestro hijo?

Miguel rio con malicia.

—Pues que eres una friki de cuidado. Pero me encanta.

Gina suspiró entrecortadamente.

—Pues decidido.

Miguel sonrió, un poco perdido, pero luego frunció el ceño.

A continuación, la mandíbula se le desencajó y se apartó de ella.

—No me jodas… ¿vamos a tener un…?

Gina se llevó las manos al vientre y sonrió de oreja a oreja.

—Nuestro *baby* Yoda particular. Aunque espero que sea un poquito menos orejón. Y menos verde —bromeó, indecisa de pronto al verle descolocado.

Miguel parpadeó.

Luego, después de un grito de dicha que se escuchó en toda la isla, empezó a reír y a llorar y a saltar, hasta que cayó de rodillas ante ella para besar su barriguita.

—Hay que ver lo que son las cosas, Miguel —dijo acariciándole el cabello con ternura—. Con lo mal que nos caímos al principio...

Miguel depositó un nuevo beso antes de levantarse para tomar su rostro entre las manos.

La mirada violeta que le regaló era de amor en estado punto.

—Yo te caí mal a ti. Tú en cambio… Supe, en cuanto te vi, que ibas a ser quien me librara de mi soledad. Mi salvadora…

Sabiendo que iban a llegar tarde a la cita con Dani y Sofía, empezaron a besarse.

Fue curioso, al *Colega* no pareció importarle esta impuntualidad.

A Miguel y a Gina, menos.

[1] Gaélico. Trad: La chica de las vacas. Vaquera.

[2] Gaélico. Trad: Gruñón, de mala leche.

[3] Gaélico. Trad: Sí.

[4] Gaélico. Trad: Idiota.

[5] Gaélico. Trad: ¡Hasta pronto! ¡Nos vemos!

[6] Bable. Trad: Abuelo.

[7] Homes (Bable). Trad: Hombres.

[8] *You are going to be left on the shelf*. Se corresponde con el refrán español: quedarse a vestir Santos.

[9] Prestigiosos premios de la marca de cosméticos NYX ©, por el cual se animaba a los canales de Youtube dedicados al maquillaje a participar enviándoles un video con sus mejores creaciones. El ganador, además de un premio en metálico de 10.000$, conseguía un viaje a Los Ángeles. El último certamen que se celebró fue en 2019.

[10] Asturiano. Trad: Descarado.

[11] El glotón (Gulo gulo), también llamado carcayú, es un mamífero carnívoro de la familia Mustelidae y única especie viviente de su género. Es un animal muy fornido, de pelaje rojizo, con muy mal genio y musculoso. Cuando este animal ya no quiere seguir comiendo, rocía su comida con un fluido oloroso y la entierra para comerla más tarde. Esto permite que nadie se acerque a su comida, y hace más fácil el proceso de encontrarla luego. Además utiliza esta misma esencia para marcar su territorio y por eso se les ha dado el sobrenombre de oso mofeta o gato repugnante.

[12] Babayu. Asturiano. Trad: Tonto.

[13] En el universo de Star Wars ©(George Lucas), Yoda es un maestro jedi de una especie desconocida. En la serie The Mandalorian ©, aparece una criatura de su misma especie, popularmente conocido entre los fans como Baby Yoda. En la segunda temporada se conoció su nombre: Grogu.

[14] David Frederick Attenborough (Londres, Inglaterra, 8 de mayo de 1926) es un científico británico, uno de los divulgadores naturalistas más conocidos de la televisión. Considerado uno de los pioneros en documentales sobre la naturaleza, ha escrito y presentado ocho series, e hizo posible que se vea prácticamente cualquier aspecto de la vida en la Tierra.

[15] Joker; personaje de ficción, perteneciente a DC Comics y el archienemigo de Batman.

[16] Vileda © Conocida marca de productos de limpieza. Son famosas sus bayetas.

[17] Muc (Gaélico). Trad: Cerdo, cochino.

[18] Mallachd. Gaélico escoces. Trad: ¡Maldición!

Acerca del autor

LAURA NUÑO

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.
Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.
Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla.
Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.
Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.
Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.
Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.
Por ello...
¡GRACIAS!

Laura Nuño (Lala para vosotros)
@lalanuno_
www.lalanuno.com

PREMIOS
Premio Cazadoras del Romance 2015: Oro a la mejor Protagonista femenina (Highlander tenías que ser)
Premio Cazadoras del Romance 2015: Bronce al mejor Protagonista masculino (Highlander tenías que ser)
Premio Chick-lit 2015 a la mejor portada (Highlander tenías que ser)
Premio CoraSón 2015 a La mejor Pelea (Highlander Tenías que ser)
Premio Púrpura de Honor en los premios Púrpura Romántica.
Ganadora en la categoría de Romance Histórico del II Premio Leer y Leer de Vestales y Escribe Romántica.
Mención Especial en el II Certamen de Novela Romántica HQÑ (Entre dos bandos)
Mejor Novela en los premios Más valoradas de Otro Romance Más 2014. (Al otro lado de la pared)
Premio Púrpura Romántica al Mejor Ebook 2014 (Entre dos bandos)
Premio Rosas al Mejor Romance Paranormal Nacional 2014 (Mi Bestia)
Autora Más Valorada en los premios Más valoradas de Otro Romance Más 2014.
Premio Tres plumas al Mejor Romance Paranormal Nacional 2013 (Mi Custodio)
Premio Amor fú al Mejor Chick Lit 2013 (Clarita y su mundo de Yupi)

Libros en esta serie

AIGANTAIGH

HIGHLANDER TENÍAS QUE SER

ANDA Y QUE TE DEN, HIGHLANDER

NI QUE FUERAS UN HIGHLANDER

Libros de este autor

PÁGINA DE AUTOR EN AMAZON